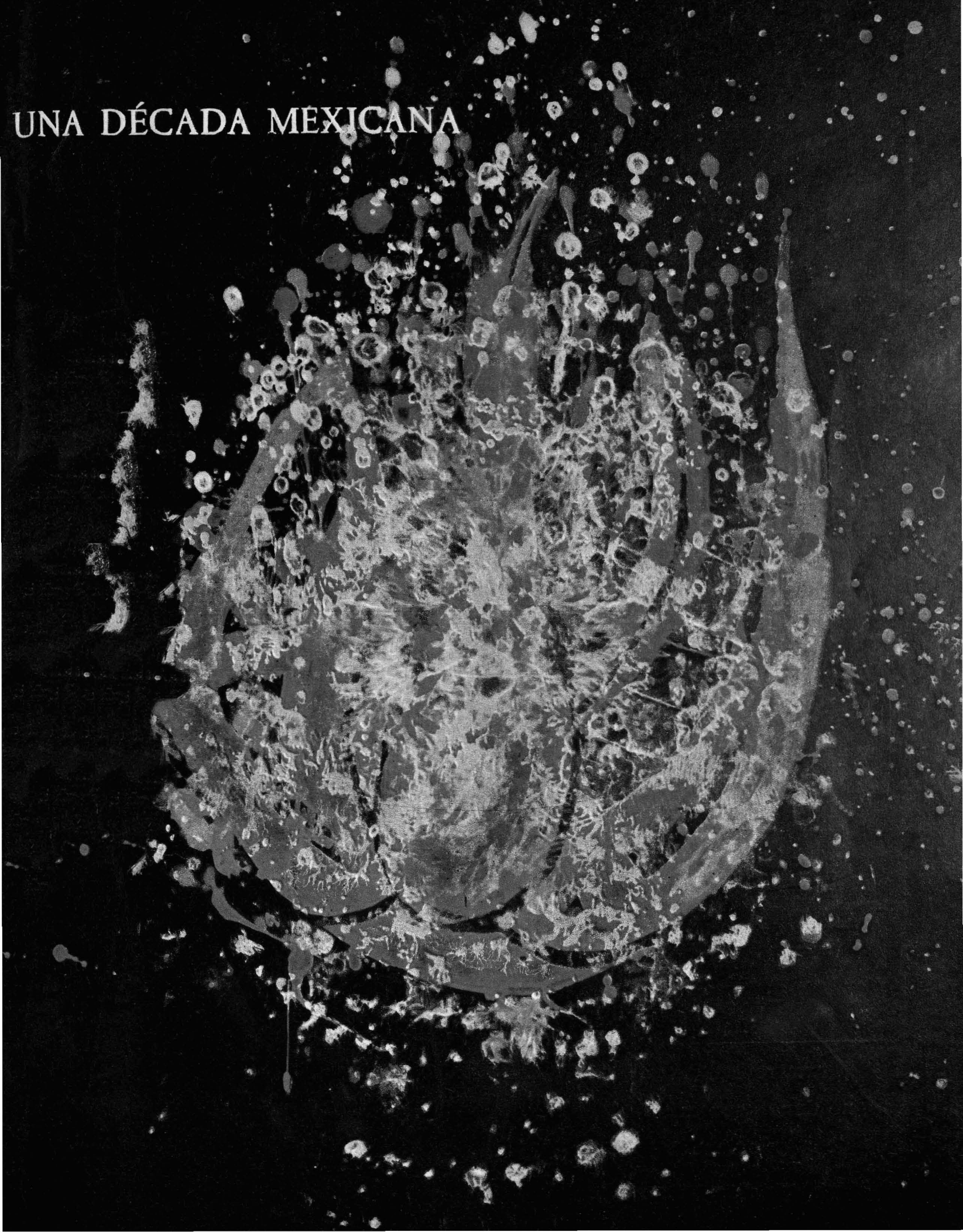


REVISTA DE LA

UNIVERSIDAD DE MEXICO

SEPTIEMBRE 1963

UNA DÉCADA MEXICANA



Volumen XVIII, Número 1

México, septiembre de 1963

Ejemplar \$ 5.00

S U M A R I O

UNIVERSIDAD NACIONAL
DE MÉXICO

Rector

Doctor Ignacio Chávez

Secretario General:

Doctor Roberto L. Mantilla Molina

REVISTA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

Director:

Jaime García Terrés

Redacción: *

*Alberto Dallal**Juan García Ponce**Juan Vicente Melo**José Emilio Pacheco**Carlos Valdés*

La Revista no se hace responsable de los originales que no hayan sido solicitados.

REVISTA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

Torre de la Rectoría, 10º piso, Ciudad Universitaria, México 20, D.F.

Tel. 48-65-00

Ext. 123 y 124

Toda solicitud de suscripciones debe dirigirse a:

Tacuba 5, 2º piso

México 1, D. F.

Tel. 21-30-95

Precio del ejemplar \$ 3.00

Suscripción anual „ 30.00

Extranjero Dls. 5.00

Franquicia postal por acuerdo presidencial del 10 de octubre de 1945, publicado en el D. Of. del 28 de noviembre del mismo año

PATROCINADORES

BANCO NACIONAL DE COMERCIO EXTERIOR, S. A.—UNIÓN NACIONAL DE PRODUCTORES DE AZÚCAR, S. A.—FINANCIERA NACIONAL AZUCARERA, S. A.—INGENIEROS CIVILES ASOCIADOS, S. A.—(ICA).—NACIONAL FINANCIERA, S. A.—BANCO DE MÉXICO, S. A.

Esta revista

no tiene agentes
de suscripciones

LA FERIA DE LOS DÍAS

Jaime García Terrés

FELICIDAD EN HERÁT

Octavio Paz

RECUERDOS PREPARATORIANOS

Alfonso Reyes

NUESTRO PROBLEMA AGRARIO

Diego López Rosado

LA SANTA DE LOS HONGOS

Fernando Benítez

EL DIBUJO EN MÉXICO

Leonora Carrington, Pedro Coronel, Gironella, Roger von Gunten, Vicente Rojo, Juan Soriano, Héctor Xavier, Zanabria

GOTA SERENA

Agustín Yáñez

PASCUA FLORIDA

*Rubén Bonifaz Nuño*EL MITO NÁHUATL DE LOS ORÍGENES
DE LA CULTURA*Miguel León-Portilla*

TRÁNSITO

Rosario Castellanos

LOS HIJOS DE JONES

Luis Óscar Sánchez

MÉXICO VISTO POR LOS EXTRANJEROS

Carlos Valdés

PORTADA ESPECIAL

Rufino Tamayo

* De 1953 a 1960 fue coordinador de esta revista Enrique González Casanova. Juan Martín fue jefe de redacción de 1955 a 1958. Emmanuel Carballo fue secretario de redacción por breve tiempo. Miguel Prieto y Vicente Rojo actuaron como directores artísticos, durante los primeros años de esta nueva época.

La feria de los días

HACE DIEZ AÑOS...

Hace diez años precisos, al asumir quien esto escribe la dirección de la *Revista de la Universidad de México*, se planteó una cuestión fundamental: ¿Convenía preservar el nombre y el carácter de la publicación, cuyo nacimiento databa de muy atrás, o bien resultaba preferible cambiarlo todo —título, rumbos, apariencia—, e iniciar, más que una nueva etapa, una empresa nueva, sin ligas explícitas con el pasado? Decidimos, al fin, una solución intermedia. Sería la misma revista, el nombre tradicional se conservaría; no deseábamos sumarnos al afán, tan difundido entre nosotros, de asociar un necesario cambio de personas con la caprichosa cancelación de los esfuerzos iniciados por las anteriores. Pero lo demás sí habría de modificarse, acordándose a las siempre renovadas necesidades de nuestro ambiente y a las modalidades de su interpretación por nosotros.

¿Qué grado de originalidad positiva hemos aportado en el curso de estos diez años? ¿Cuál es el balance que arrojan nuestras labores? ¿Hemos acertado, o nos hemos equivocado, al proponernos hacer de estas páginas una contribución, flexible en los temas, pero rigurosa en la selección, a la cultura general de México? He aquí varias de las preguntas que se imponen una década después. Su



respuesta, sin embargo, no es de mi competencia; cada uno de nuestros lectores tendrá que formularla según su particular criterio.

Sólo puedo decir, por mi parte, que cuantos hemos aceptado la responsabilidad de semejantes trabajos, hemos procurado desempeñarlos con plena honradez y clara conciencia. Obstáculos, hemos encontrado muchos. Las satisfacciones tampoco han sido escasas. Ni éstas ni aquéllas nos han desviado de la misión que hemos creído tener frente a nosotros; de nuestro leal saber y entender las realidades que nos conciernen. En veces combatidos a diestra

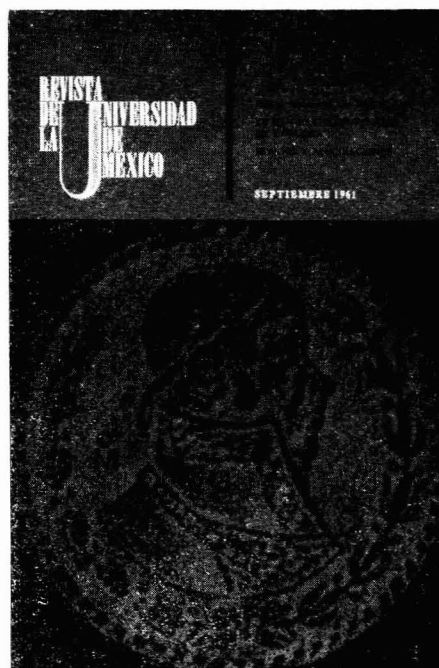
y siniestra (aunque sobre todo a diestra), nos hemos mantenido fieles a nuestra concepción de la faena.

No nos ha movido, ni nos mueve, una opinión única sobre las cosas. Gustosos hemos alojado plurales modos de pensar, dentro de un exclusivo celo por la honestidad intelectual, la solidez crítica y la superación de cualquier especie de baja o demagogia.

Justo es, de otro lado, consignar aquí nuestra deuda con las autoridades máximas de la Universidad que nos patrocina, de las cuales no hemos recibido nunca la más leve presión o restricción. Las dos administraciones universitarias que han correspondido a la época presente de la revista, han subrayado el respeto ejemplar a la libertad de expresión que ella pretende simbolizar. De tal suerte, a nadie más que al director y a sus auxiliares inmediatos cabe imputar los eventuales e inevitables errores de la publicación, así como el señalamiento básico de su camino.

Las gracias, finalmente, a nuestros colaboradores mexicanos y extranjeros. Sin esa contribución ininterrumpida, fértil, generosa, habría sido vano el resto; en su "grata compañía" hemos navegado hasta hoy con fortuna y entusiasmo.

—J. G. T.



Felicidad en Herát

A Carlos Pellicer

Vine aquí
Como escribo estas líneas,
Sin idea fija:
Una mezquita azul y verde,
Seis minaretes truncos,
Dos o tres tumbas,
Memorias de un poeta santo,
Los nombres de Timur y su linaje.
Encontré al viento de los cien días.
Todas las noches las cubrió de arena.
Acosó mi frente, me quemó los párpados.
La madrugada:

Dispersión de pájaros
Y ese rumor de agua entre piedras
Que son los pasos campesinos.
(Pero el agua sabía a polvo.)
Murmullos en el llano,
Apariciones
Desapariciones,
Ocres torbellinos
Insustanciales como mis pensamientos.
Vueltas y vueltas
En un cuarto de hotel o en las colinas,
Tierras color camello —y siempre
Los mismos rostros que se desmoronan:
¿El viento, el señor de las ruinas,
Es mi único maestro?

(Erosiones:

Es menos el que busca más.)

En la tumba del santo,

Hondo en el árbol seco,

Clavé un clavo,

No,

Como los otros, contra el mal de ojo:

Contra mí mismo.

(Algo dije:

Palabras que se lleva el viento.)

Al fin, pactaron las alturas.

Sin cambiar de lugar

Caminaron los chopos.

Sol en los azulejos

Súbitas primaveras.

En el Jardín de las Señoras

Subí a la cúpula turquesa.

Minaretes tatuados de signos:

La escritura cúfica, más allá de la letra,

Se volvió transparente.

No tuve la visión sin imágenes,

No vi girar las formas hasta desvanecerse

En claridad inmóvil,

El ser ya sin sustancia del sufí.

No bebí plenitud en el vacío

Ni tuve los cinco poderes del Bodisatva.

Vi un cielo azul y todos los azules,

Del blanco al verde

Todo el abanico de los álamos

Y sobre el pino, más aire que cuerpo,

El mirlo blanquinegro.

Vi al mundo reposar en sí mismo.

Vi las apariencias.

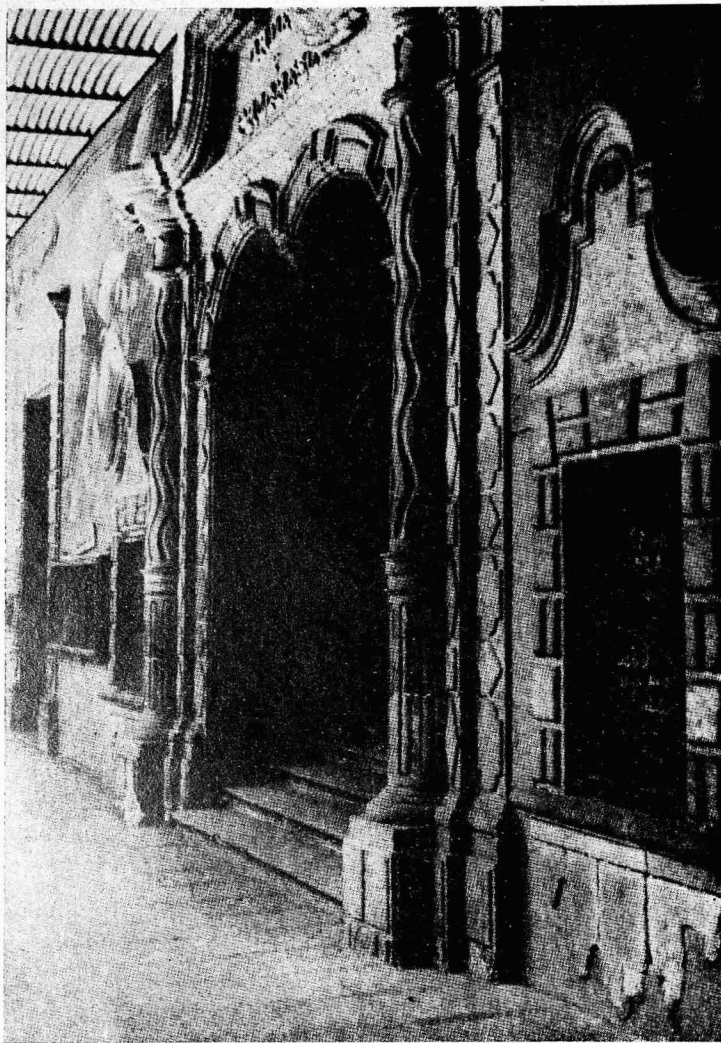
Y llamé a esa media hora:

Perfección de lo Finito.

Herát, a 15 de junio de 1963

Recuerdos preparatorianos

Por Alfonso REYES



San Ildefonso. Arranque de la escalera principal

I

Allá en mis días, la enseñanza de las letras en la Escuela Preparatoria se había reducido a un mínimo oprobioso y ridículo. Ya nadie sabía cómo enseñar la literatura, y los programas no consentían verdaderos cursos de historia literaria. El caro maestro Sánchez Mármol se permitía algunas discretas incursiones en la preceptiva, y más bien obraba por radiación atmosférica y aura personal. No era menor, naturalmente, la fascinación del inolvidable Luis G. Urbina, quien llegó a adquirir una verdadera maestría en la cátedra y ha dejado de ello excelentes testimonios; pero, en el instante a que me contraigo, nada más se quitaba la clase de encima con cierta graciosa desgana. El propio Salado Álvarez, escritor de fuste, hacía que los muchachos le leyeran, a la bochornosa hora de la siesta, algún drama de Galdós que le aburría hojear a solas. De repente, entró en el cuadro Manuel G. Revilla. Nuestro primer encuentro fue trágico. Daba su primera clase. Yo estaba algo distraído y conversaba en voz baja. Me ordenó que abandonase el aula. Me salvó un clamor general de protesta:

—Bien —me dijo—, quédese en su sitio, puesto que lo piden sus compañeros; pero dígame cuál es la primera condición de un diálogo.

—Que las palabras de cada personaje correspondan a su carácter —contesté.

—Me alegro de no haberlo expulsado, pero en adelante guarde usted el silencio debido.

Le di las gracias y obedecí.

Habría sido mi profesor sólo una semana. Pero seguí siempre conversando con él y consultándole mis dudas los años siguientes, por los corredores de San Ildefonso. Conservo de él un recuerdo excelente.

Tenía vocación de maestro. No he olvidado su afabilidad ni sus acertados consejos. Respeto su memoria. Estimo en mu-

cho sus contribuciones a la cultura, a la historia de las artes de México. Me hizo conocer buenos libros. Me descubrió algunos rincones de la vida de nuestras letras. Por él averigüé que el gramático Rafael Ángel de la Peña se lanzaba ya a un alegato en pro de la *j* de México, cuando conoció la opinión contraria del Ministro Baranda, y corrió a la imprenta a retocar sus pruebas y a mudar el sentido de sus conclusiones: triunfó otra vez la *x*.

Las “estudiantadas” que aquí refiero no pretenden desacatarlo ni menos inquietar sus cenizas. Son recuerdos jocosos de aquella desaprensiva juventud, y quisiera que a través de ellos se trasluzca el cariño con que evoco al maestro Revilla.

Era miope y muy calvo. Los muchachos comenzaron por llamarle “el pelón Revilla”, y al fin lo apodaron “el pelón Rodilla”. Pero lo respetaban, sentían al maestro. Su dictamen era infalible. Su sinceridad rayaba en la impertinencia, a nadie engañaba:

—Si tiene usted afición a las letras, lea, cultívese, hágase un hombre erudito y de buen gusto —le decía a Fulano en plena clase—, pero déjese de hacer versos, que no lo llama Dios por ese camino.

A Mengano le prestaba ejemplares de su propia biblioteca particular, “para que no siguiera hablando de las cosas sin enterarse”. Y a Perencejo le gritaba desde su pupitre:

—¡Cuidado con la pedantería, muchacho! ¡No me cite usted a Schopenhauer para decirnos lo que todos sabemos!

Y se llevaba las manos a la cabeza, como si de veras la exorcización del filósofo pesimista lo escandalizara en labios de un adolescente.

Era profesor de Lengua Nacional. Así llamaban los flamantes programas oficiales a la asignatura, acaso por sortear el escollo de la palabra “española” o “castellana”, y revelando una oscura rencilla de coloniales emancipados.

Tuvo la suerte de hacer un corto viaje a España. Publicó sus observaciones, sin disimular su candoroso asombro ante el buen castellano que se hablaba en Castilla. Eso de que un golfillo madrileño le llamara al "garage" el "gará", le parecía, y con razón, una prueba del buen sentido idiomático para adoptar, transformándolo, el neologismo.

Yo tenía pocos años. También me gustaba burlarme, como a todos. No era ello desafecto, no. Tampoco era insolencia. Era travesura de chico, y nada más. "Hace, en fin, la edad su oficio", explicaba nuestro Ruiz de Alarcón para disculpar las liviandades de los mozos de Salamanca. La admiración de don Manuel por el castellano de Castilla se prestaba a la fácil sátira. Alguno de los compañeros de aula no pudo contenerse, y parodiando la conocida décima de Moratín sobre el lusitano que se pasmaba ante el francés de los muchachos de Francia ("Admiróse un portugués / al ver que, en su tierna infancia", etc.) se dejó salir esta humorada:

Se admiró el Pelón Rodilla
al ver que, en su tierna infancia,
los chicuelos de Castilla
usaran la concordancia.
"Es cosa que maravilla
—dijo con cierto mohín—,
que, en lo de hablar *gachupín*,
vulgo Lengua Nacional,
soy maestro y lo hago mal,
y aquí lo habla un chiquitín."

Un indiscreto se atrevió a llevarle la décima en un papelito muy bien doblado. Es la primera y única vez que lo oímos reír a carcajadas.

—Por aquí anda un Marcial en cierne —decía—. Porque yo creo, con Cavia, que lo correcto es decir "en cierne" y no "en ciernes". ¡A ver, que dé la cara! Quiero felicitarlo. Me ha parecido muy graciosa la jugarreta. ¡Lástima que sea a mis costillas! Pero yo también fui muchacho.

El Marcial "en cierne" no quiso descubrirse. Pronto echó por otros caminos. Se volvió abogado picapleitos. Luego fue demagogo, y lo hicieron diputado. Se enriqueció, se le olvidó la Lengua Nacional, se le olvidó hasta el alfabeto. La Musa iracunda de la Gramática ha plantado espinos en su tumba.

II

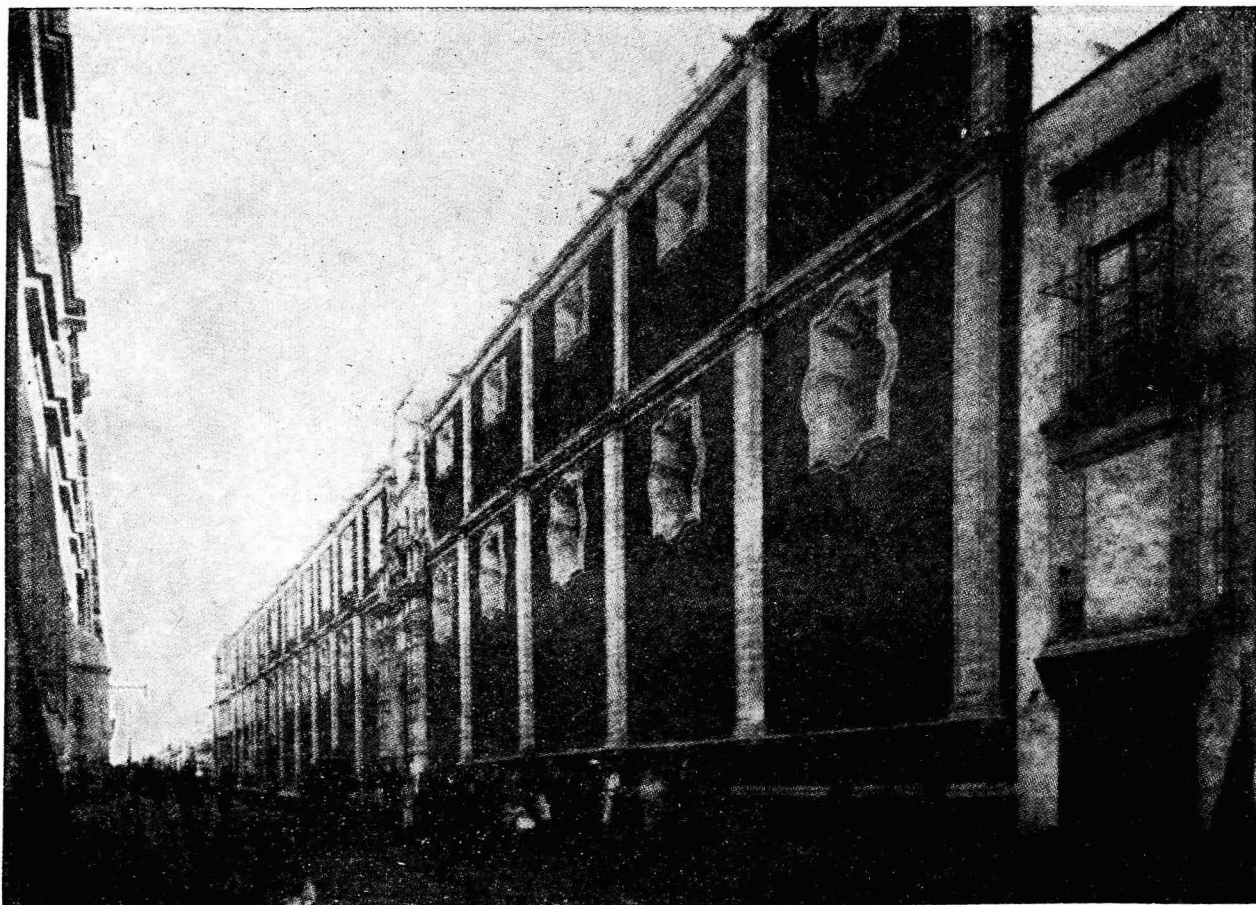
Bajo la férrea dirección del doctor José Terrés, hubo en el edificio de San Ildefonso una gran reforma. Los muros estaban embadurnados de cal, según la mala costumbre de la época. El doctor Terrés los mandó raspar en buena hora para descubrir otra vez las nobles piedras seculares. De paso, se abrieron antiguas ventanas clausuradas y tapiadas de tiempo atrás, se acondicionaron nuevas salas, dándoles luz y aire. ¡Oh dolor! Cayó el árbol magnífico que asombraba con sus frondas un rincón del primer patio, y desapareció "el banco de los flojos" que se guarecía a su penumbra, y era el refugio natural de los que escapaban a las clases.

Se encargó de la obra el arquitecto Manuel Torres Torija, mi profesor de matemáticas. A él, y antes, en el Colegio Civil de Monterrey, al ingeniero Porfirio Treviño Arreola, debo cuanto aprendí de esta ciencia. Porque algo llegué a aprender, en efecto, aunque hoy apenas acierto a despejar la incógnita en una ecuación de primer grado. Pero allá, en la subconciencia, se quedó el regusto, y en la conciencia, la disciplina adquirida, que tanto aprovecha para el ejercicio literario. Y creo que mis aficiones por los últimos saldos humanos y filosóficos de las matemáticas están confesados, por ahí, en algún capítulo de mi libro *El deslinde* y en no sé qué páginas sueltas.

Torres Torija dio una tarde, en el alféizar de una ventana recién descubierta, con una inscripción que, por lo visto, había dormido varios lustros en su sepultura. Era nada menos que la ilustre firma de don José Ives Limantour, fechada por los días en que era estudiante preparatoriano. La hizo sacar cuidadosamente, y fue a ofrecerla como obsequio al poderoso Secretario de Hacienda.

¡Lástima grande que la firma datase del día anterior! Si no me engaño, fue una falsificación de Mario Torroella, hoy conocido y admirado médico de niños. ¿Qué habrá dicho don José Ives?

Continuó la obra. Hubo que levantar y rehacer el piso de un corredor, y tender provisionalmente unas tablas para pasar sobre el abismo. Y un buen día, a la entrada de aquel puente inseguro o que, al menos, podía atemorizar a quien no tuviera de quince a veinte años, nos encontramos a un señor, espantado como animal huidizo caído en una trampa. No osaba mirarnos, escondía la cara, parecía tener miedo de los muchachos, se en-



San Ildefonso. Vista general de la fachada

jugaba nerviosamente el sudor, iba y venía con unos cortos pasitos. Quería cruzar el puente y no se atrevía. ¿Quién era, adónde iba, qué hacía en aquel sitio? Alguien se compadeció de él, lo tomó del brazo y lo llevó hasta el otro extremo, como se ayuda a los ciegos en las bocacalles. Y el señor desapareció, casi corriendo, por una puerta disimulada. Se filtró por las paredes, en suma.

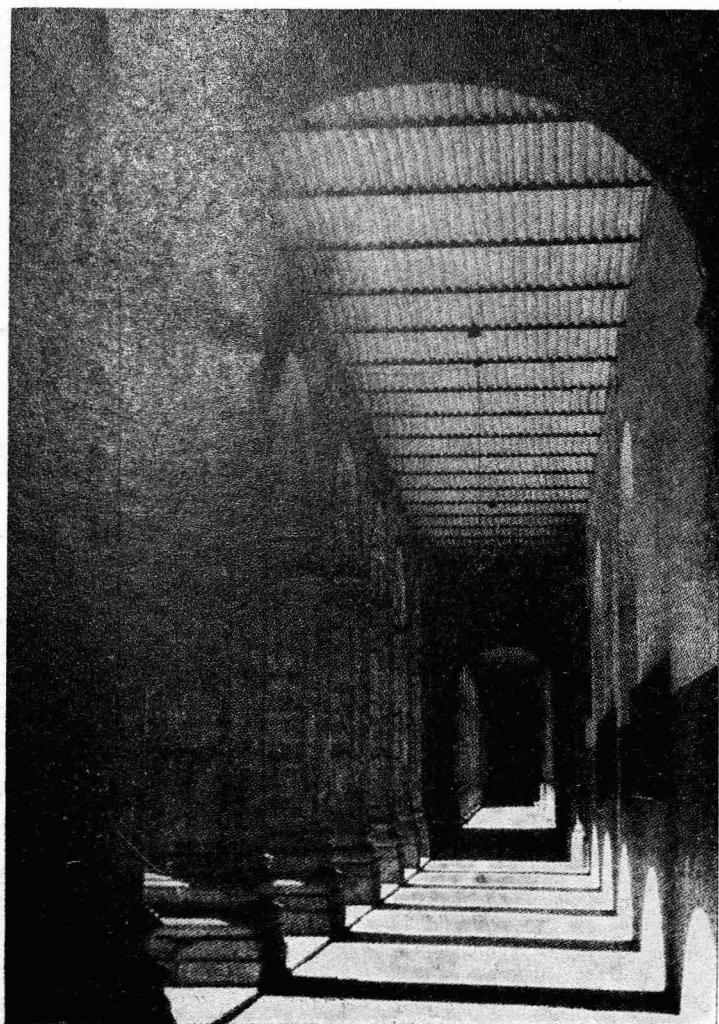
Pronto se reveló el misterio. ¡Aquél era nada menos que *Chicho* Prado, el ilustre matemático don Eduardo Prado! ¡Y vivía en algún departamento interior de la Preparatoria cuya existencia misma ignorábamos, alejado del mundo, embriagado de cifras, algo “chiflado” y estrellero, imagen del sabio que se cae al pozo por medir las paralajes! El Estado lo había recogido piadosamente, y me figuro que allí se extinguió en silencio, aunque ya vivía enterrado en vida.

Algún contemporáneo suyo me contó después que siempre había sido distraído y vagabundo de pensamiento; que, cuando aún frecuentaba el siglo, le acontecía ir escribiendo cálculos, fórmulas y garabatos por mitad de la calle; y que si veía venir algún coche, en vez de cruzar y buscar la acera, se ponía a correr frente a los caballos como las gallinas, sin abandonar su tarea.

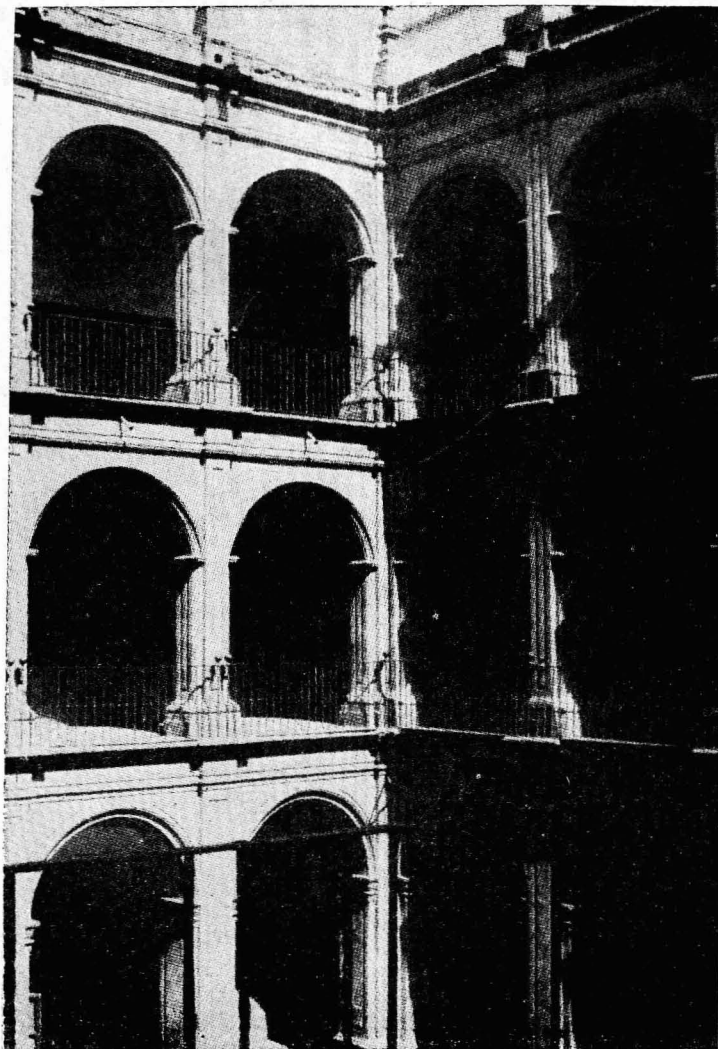
Lo que menos imaginábamos es que aún vivía, y que habitaba en nuestra casa de estudios. El inmenso Colegio de San Ildefonso tenía entrañas insospechadas. Sabíamos que por algún lado habitaba el Prefecto General con su familia. También Manuel Palacios Roji, protegido de don Justo Sierra. Y doña Loretito, la que cuidaba el tocador de las señoritas. Y Magaña, empleado de la escuela, con su hijo Ismael, luego conocido cantante. Y a veces, desde la ventana de un aula, descubríamos un patiecillo doméstico, ropa tendida, y —como en los versos de Díaz Mirón—

el tiesto con la planta que florece,
la jaula con el pájaro que trina.

Daría cualquier cosa por saber cómo vivía don *Chicho*, este fantasma, este hombre abstracto deshumanizado por la influencia mágica del algoritmo.



Los corredores de la planta baja



Patio interior del “Colegio Chico”

III

Otra reforma física afectó a la Preparatoria, pero ésta fue una reforma exterior. Frente a la Escuela, en San Ildefonso, esquina de la actual calle de la Argentina y entonces calle del Reloj, había un cuartel. Después, en ese mismo sitio, se edificó, por obra del arquitecto Etcheagaray, la actual Escuela de Leyes, lo que vino a intensificar el aire del barrio universitario. El abrir la entrada por la espalda, calle del Maestro Justo Sierra, y la construcción del gran anfiteatro decorado luego por Diego Rivera, son posteriores a mi paso por la Preparatoria.

Pero antes, en los días del cuartel, cuando el “Garambullo” se instalaba junto a la puerta a vender sus golosinas en su bandeja portátil de tijera, la calle solía poblarse de soldaderas que se sentaban por la acera preparatoriana.

Don Rafael Ángel de la Peña, el conocido gramático, a quien recuerdo como un viejecito de barba blanca, casi siempre enlevitado y tocado con el sombrero ceremonial que en México llamamos “sorbete”, dicen que tuvo la mala suerte de pisar la mano de una soldadera que esperaba pacientemente a su “Juan”, medio tumbada por el suelo. De aquella áspera boca comenzaron a salir sapos y culebras, y los muchachos se juntaron para oír la grito: “¡Viejo tal por cual, hijo de esto y de lo otro!”

Y don Rafael, descubriéndose cortésmente, le decía:

—¡Señorita, repréndame usted por mi involuntario descuido, de que le pido mil perdones; pero, en nombre del cielo, no destroe usted ni ofenda la lengua de Cervantes!

Todo va en gustos: don Miguel de Unamuno paseaba por los lavaderos de Salamanca, para que las “jabonatrices” —que dijo el comediógrafo del siglo de oro— lo injuriaran a su sabor. Le divertía oír las palabrotas, y seguía impassible su camino haciéndose el sordo.

Por su parte, los preparatorianos habían dado en provocar la cólera de las soldaderas llamándolas “¡Hipotenusa, paralaje, binomio de Newton!” y otros tecnicismos científicos por este tenor, que sacaban de quicio a las heroicas mujeres.

Nuestro problema agrario

Por Diego LÓPEZ ROSADO

1. El problema agrario

El análisis de los problemas que la agricultura plantea al país concede lugar preferente, por su importancia, al problema agrario.

La mayor proporción de la población del país económicamente activa se dedica a la agricultura. Este dato sirve de nuevo para tratar de la enorme importancia que en la vida económica de la nación tiene el problema de la propiedad de la tierra, ello explica la atención concedida en distintas épocas por los diversos gobernantes de México.

Varios autores, reputados conocedores del problema agrario de México, afirman que arranca de la Época Colonial cuando los españoles, al establecer el régimen de la encomienda, concentraron la tierra en manos de unos cuantos propietarios y dieron lugar en esta forma a la aparición del latifundio.

El clero, por medio de las donaciones que los particulares le hacían y de los préstamos con interés, logró incorporar lentamente la mayor parte de estas propiedades a la Iglesia, hasta llegar a convertirla en el primer latifundista de la Nueva España, ya que disponía de más de las tres cuartas partes de las tierras laborables.

Mientras tanto, los indios, legítimos propietarios de la tierra, fueron despojados de sus propiedades y vivieron en deplorables condiciones de miseria.

Para corregir la situación, se hicieron varios intentos que se establecieron en la Ley Lerdo y a partir de ella surgieron las Leyes de Reforma, en donde se estableció la nacionalización de los bienes del clero, sin indemnización. Juárez pretendió restar poder económico, político y militar al clero; separó la Iglesia del Estado, sostuvo la lucha en la cual el Partido Liberal derrotó al Partido Conservador y se puso en práctica la nacionalización de los bienes eclesiásticos.

Luego, con la Ley de 15 de diciembre de 1883, se fijó como base para la colonización del país, el deslinde y fraccionamiento de los terrenos baldíos, utilizándose compañías particulares para estos trabajos. La Ley de 26 de marzo de 1894 suprimió el límite en la extensión de las adquisiciones de tierras y eliminó la obligación impuesta de tenerlas cultivadas. Así se preparó, legalmente, la creación de los grandes latifundios de la época porfirista.

Nada se logró en beneficio de la gran masa campesina, a pesar de las buenas intenciones de los legisladores, pues los latifundistas cambiaron de nombre y de número. Antes de la Reforma era uno, "El clero" y ahora eran cincuenta que, de ninguna manera, eran el pueblo campesino. Por eso se justificó ante propios y extraños, con los planes políticos de los revolucionarios, el dar las tierras a los pueblos, quienes en otras épocas fueron víctimas de criminal despojo.

La Revolución, en lo que respecta al problema agrario, contiene los planes políticos surgidos durante el calor de la lucha armada; así los hermanos Flores Magón decían: "El Estado debe tomar a su cargo las tierras que no se cultiven" y proponían que fueran entregadas a quienes las cultivasen y quitarlas a quienes las dejaran abandonadas.

Francisco I. Madero, dirigiéndose a la opinión pública, lanzó su proclama del "Plan de San Luis" en 1910 y al respecto dijo:

"Abusando de la Ley de terrenos baldíos, numerosos pequeños propietarios, en su mayoría indígenas, han sido despojados de sus terrenos ya por acuerdos de la Secretaría de Fomento o por fallos de los tribunales de la República. Siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan arbitrario, se declaran sujetas a revisión tales disposiciones y fallos y se exigirá a los que los adquirieron de un modo tan inmoral, o a sus herederos, que los restituyan a sus primitivos propietarios..."

El Plan de San Luis no se consideró ser suficientemente enérgico y otros caudillos lo modificaron y lo presentaron como "Plan de Tacubaya", cuyo contenido, respecto a la propiedad de la tierra, es más claro y preciso. "El problema agrario en sus diversas modalidades es, en el fondo, la causa fundamental de la que derivan todos los males del país y de sus habitantes, y por eso se ha resuelto que las diversas soluciones de ese problema deben comenzar a ejecutarse y a realizarse lo mismo que los demás ideales de la Revolución en el momento mismo en que el triunfo se verifique, sin esperar más ni dilatar por motivo alguno, la ejecución de las soluciones del problema agrario que constituye el mejoramiento económico de los habitantes y el establecimiento definitivo del verdadero progreso."

El descontento en el campo vuelve a adquirir manifestaciones violentas ante el aplazamiento de la Reforma Agraria por el gobierno maderista. En 1911 Emiliano Zapata proclama el "Plan



"el problema de la propiedad de la tierra"



"imponer a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público"

de Ayala" cuyo contenido agrario se evidencia en los siguientes párrafos transcritos:

"Como parte adicional del Plan que invocamos, hacemos constar: que los terrenos, montes y aguas que hayan usurpado los hacendados, científicos o caciques a la sombra de la tiranía y justicia venal, entrarán en posesión de esos bienes inmuebles desde luego los pueblos o ciudadanos que tengan sus títulos correspondientes a estas propiedades, manteniendo a todo trance con las armas en la mano, la mencionada posesión, y los usurpadores que se consideren con derecho a ellos lo deducirán ante tribunales especiales que se establezcan al triunfo de la Revolución.

"En virtud de que la inmensa mayoría de los pueblos y ciudadanos mexicanos no son más dueños que del terreno que pisan, sufriendo los horrores de la miseria sin poder mejorar en nada su condición social ni poder dedicarse a la industria o a la agricultura por estar monopolizadas en unas cuantas manos las tierras, montes y aguas, por esta causa se expropiarán, previa indemnización de la tercera parte de esos monopolios... a fin de que los pueblos y ciudadanos de México obtengan ejidos, colonias, fundos legales para pueblos o campos de sembradura o de labor y se mejore en todo y para todo la falta de propiedad y bienestar de los mexicanos.

"Los hacendados, científicos o caciques que se opongan directa o indirectamente al presente Plan se nacionalizarán sus bienes, y las dos terceras partes, que a ellos les correspondan, se destinarán para indemnizaciones de guerra, pensiones para las viudas y huérfanos de las víctimas que sucumban en la lucha por este plan.

"Para ajustar los procedimientos respecto a los bienes antes mencionados, se aplicarán leyes de desamortización y nacionalización según convenga, pues norma y ejemplo pueden servir las puestas en vigor por el inmortal Juárez a los bienes eclesiásticos..."

Éste es el primer documento en donde se marca con perfecta claridad la tendencia que más adelante tendría la legislación agraria que en definitiva adoptó la Revolución.

Existe además otro documento importante que se produjo con motivo de la Convención Revolucionaria de Aguascalientes. El primer decreto sobre materia agraria fue emitido por el coronel Emiliano Zarabia, gobernador de San Luis Potosí, el 26 de abril de 1915, como consecuencia de la célebre Ley del 6 de enero del mismo año, expedida por el Primer Jefe de la Revolución Constitucionalista, Venustiano Carranza. Estos documentos tuvieron carácter permanente cuando se incluyeron en la Constitución emanada del Congreso que se reunió en

Querétaro y que fue promulgada el 5 de febrero de 1917, en el texto del Artículo 27.

Posteriormente fueron promulgadas, la Ley de Ejidos del 28 de diciembre de 1920, durante el gobierno del general Álvaro Obregón; la Ley de Tierras Ociosas, del 23 de junio de 1920, por Adolfo de la Huerta y el Reglamento Agrario, que se publicó el 10 de abril de 1922.

Los elementos más importantes del Artículo 27 constitucional se refieren a la propiedad de las tierras y aguas y pueden agruparse de la manera siguiente:

1º La Nación tendrá en todo tiempo el derecho de imponer a la propiedad privada las modalidades que dicte el interés público.

2º Los pueblos, rancherías y comunidades que carezcan de tierras y aguas, tendrán derecho a que se les dote de ellas.

3º Los Estados deben dictar leyes en las cuales se fije la máxima extensión que pueda poseer una sola persona o sociedad mexicana.

4º La pequeña propiedad se protege de una manera especial, procurando siempre su desarrollo.

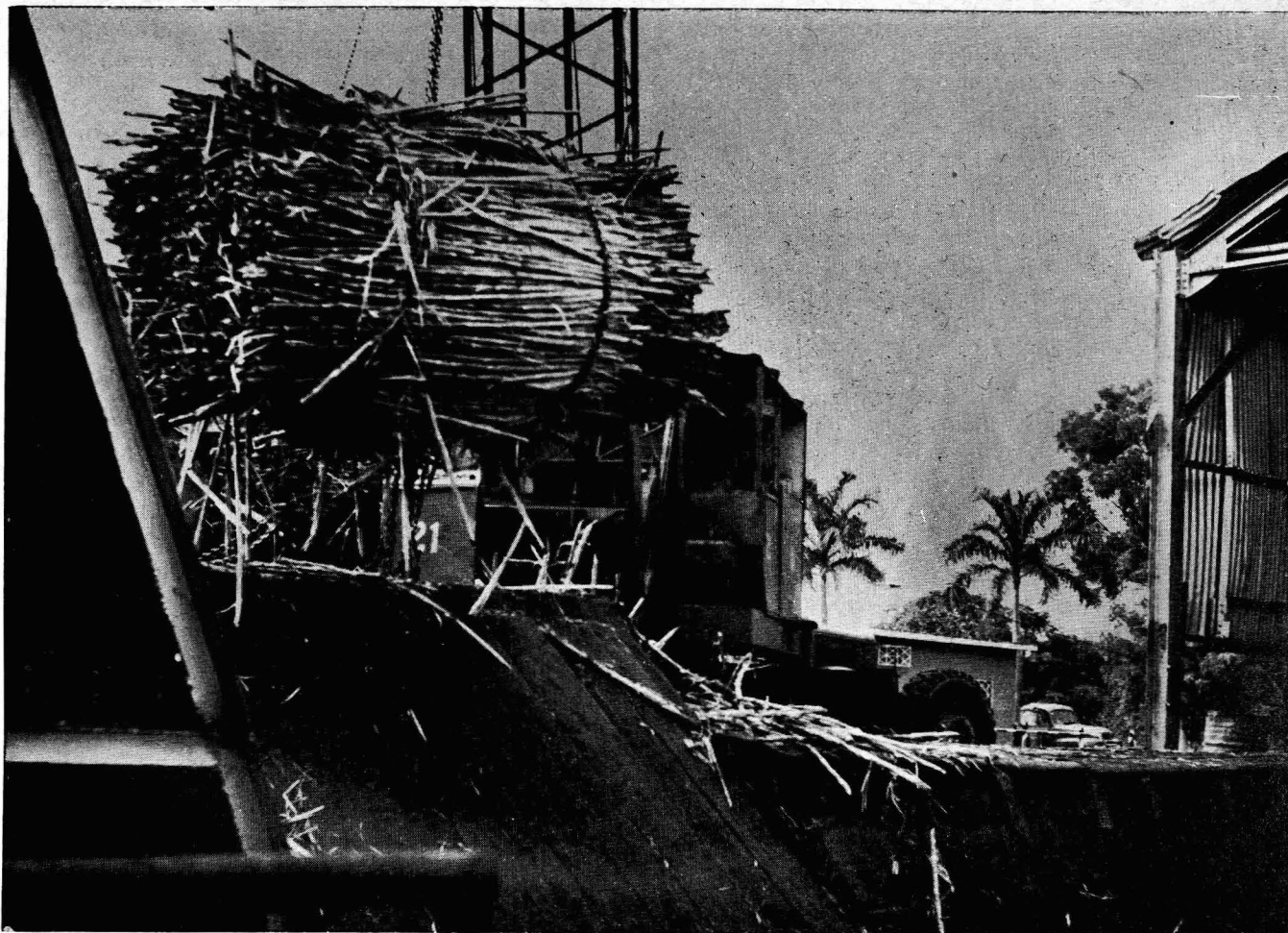
5º El Artículo 27 establece, por último, que las riquezas del suelo y del subsuelo pertenecen a la Nación.

Con el objeto de reglamentar las disposiciones contenidas en el Artículo 27, se expidió en el mes de marzo de 1934 el Código Agrario, que además contiene todas aquellas disposiciones que están relacionadas de una manera directa con el fraccionamiento, distribución y conservación de la tierra.

Aunque en un principio el reparto de tierras se hizo con lentitud, como puede observarse en el cuadro que a continuación agregamos, la aplicación de las leyes agrarias se ha venido incrementando sobre todo a partir del gobierno del general Cárdenas.

DOTACIONES AGRARIAS POR RÉGIMENES PRESIDENCIALES

Presidentes	Periodos	Miles Hs.	%
Carranza	1915-1920	132	0.3
De la Huerta	May. Nov.-1920	34	0.1
Obregón	1920-1924	971	2.0
Calles	1924-1928	3 088	6.4
Portes Gil	1928-1930	1 173	2.4
Ortiz Rubio	1930-1932	1 469	3.0
Rodríguez	1932-1934	799	1.7
Cárdenas	1934-1940	17 890	37.1
Ávila Camacho	1940-1946	5 519	11.5
Alemán	1946-1952	3 845	8.0
Ruiz Cortines	1952-1958	3 199	6.6
López Mateos	1958-1962	10 043	20.9
Total hasta el 31 de agosto de 1962:		48 162	100.0



"el estado puede colaborar con los campesinos"

El problema agrario de México se ha tratado de resolver por medio de dotaciones y restituciones. La dotación consiste en otorgar al campesino tierras del Estado o de los particulares a quienes se les expropia mediante indemnización, con el objeto de crear nuevos centros de población agrícola o para ampliar los ejidos existentes. La restitución significa la devolución de las tierras a los antiguos propietarios que fueron despojados ilegalmente, siempre y cuando presenten las pruebas necesarias que acrediten sus derechos.

Uno de los defectos de que adolece, a nuestro juicio, la aplicación de las leyes agrarias vigentes, es que las extensiones o superficies que deben tener las parcelas que se entregan a los campesinos son iguales en todo el territorio de la República, a pesar de la variación en su calidad y no se tiene en cuenta la densidad de la población, donde se lleva a cabo el reparto.

El Código Agrario establece que, si las tierras son de riego, la superficie entregada al campesino no debe exceder de 10 hectáreas; si son de temporal, de 20 hectáreas. Estas cantidades tienen valor en función de la calidad de las tierras y de la densidad de la población de donde se lleve al cabo el reparto. Por ejemplo, en la zona centro eran exageradas por la gran densidad de la población. Surge de nuevo el problema de recomodar la población que, una vez resuelto, permitiría realizar una distribución más atinada de la propiedad de la tierra.

El estudio del problema de la propiedad de la tierra, autoriza a pensar que si el número de dotaciones y restituciones que hasta la fecha se han hecho aumentó, quedan todavía problemas sin cuya solución el problema agrario está pendiente. El campesino, además de la tierra, debe tener a su alcance los medios necesarios para obtener los mayores resultados de ella; las obras de riego deben continuarse, debe disponerse de crédito abundante y barato que permita la compra de maquinaria, el uso de fertilizantes, etc.; es decir, se hace necesario el financiamiento y el emplear una mejor técnica de producción que aumente los rendimientos y convierta al agricultor independiente en dueño de la tierra que trabaja.

1. El crédito agrícola

El problema agrario no se resuelve dotando de tierras al campesino. Aunque éste sea el primer paso para su resolución, hay que proporcionar el crédito necesario.

El agricultor dispone en México de dos fuentes de crédito: la del Gobierno, que se le otorga a través de los organismos oficiales, y la de los bancos privados y particulares.

El crédito privado se mueve en atención al tipo de interés que obtiene y a la seguridad de las recuperaciones. Actualmente las necesidades del crédito de la agricultura se abastecen, en gran parte, por conducto de particulares, que sólo lo conceden a quienes presentan seguridades o garantías suficientes, por ejemplo, en los distritos de riego, donde las cosechas son más estables.

La banca privada lleva su crédito a la agricultura, con más frecuencia que antes de la Revolución; a pesar de la reforma agraria, prestó en 1960: \$2 032.6 millones. Esto se debe a que su principal objetivo está en el control de la cosecha, porque su venta constituye un negocio mayor que el préstamo del capital.

La agricultura de temporal no ofrece atractivos para el crédito privado, porque sus resultados son muy inseguros. La mayor parte de la agricultura pertenece a este tipo, se deduce que los beneficios del crédito no llegan a la inmensa mayoría de los campesinos. Por ello, encuentran un amplio campo de acción los agiotistas locales, quienes aprovechando la ausencia de otras fuentes de crédito, prestan a tipos de interés exagerados. El campesino es despojado del fruto de su trabajo y no tiene los medios necesarios para librarse de caer en manos de los prestamistas.

El Banco de México garantiza las inversiones del crédito privado en la agricultura, sobre todo en ciertos cultivos de importancia nacional como el maíz, pero los resultados de esta política no han sido apreciables.

Con el crédito oficial no se persigue el lucro, sino fomentar y proteger la agricultura, que representa la actividad fundamental de la Nación.

El Gobierno ha dado vida a dos instituciones cuyo capital es reducido en comparación con las necesidades campesinas. Por otra parte, la organización es demasiado compleja para los trámites de crédito y ello significa que el campesino cae en manos del prestamista, que se asegura la propiedad de las cosechas.

Si el burocratismo se suprimiera y el préstamo llegara a tiempo al campesino, sólo cubriría una pequeña parte de los costos de cultivo y habría necesidad de obtener cantidades adicionales que casi siempre facilita el prestamista. Llegado el momento de la cosecha, los particulares recuperan sus préstamos antes que los bancos y el banco sufre pérdidas anuales cuantiosas.

El crédito privado y el oficial son insuficientes para abastecer las necesidades de la agricultura. Urge reorganizar los métodos empleados, fijando los campos de operación para cada

clase de préstamo y evitar así la competencia. Por otra parte, los bancos oficiales deben recibir una mayor atención en su funcionamiento, un crédito barato, oportuno y a largo plazo, si quieren llenar el cometido que se les tiene encomendado. En 1960 los préstamos totales del Banco Ejidal fueron de \$1 230 millones y los del Banco Agrícola de \$526 millones, significando un total de \$1 756 millones.

En el mismo año de 1960 los bancos privados prestaron un total de 2 033.6 millones de pesos a los agricultores.

Poco se adelantaría en materia de crédito si los esfuerzos sólo se dedicaran a conseguir mayores capitales en condiciones aceptables de interés. Los campesinos deben aprender a utilizarlos en las mejores condiciones y con el máximo rendimiento posible. No pretendemos que el crédito de la agricultura deje de hacer buenos negocios, pero ellos no deben ser en contra de la economía estrecha de los agricultores.

2. Maquinaria agrícola

No debemos olvidar que aparte de los temas esbozados para resolver el problema agrario del país, existen otros, tan importantes como los anteriores: nos referimos a la maquinización de la agricultura y en términos generales al mejoramiento total de la técnica empleada en el trabajo agrícola.

La maquinización es indispensable para aumentar los rendimientos de la producción; sin embargo, sólo es útil en aquellos lugares que, por su extensión, permitan el uso de la maquinaria; donde la población no sea tan numerosa, que provoque el desempleo, donde el relieve y la naturaleza del suelo lo permitan y, por último, donde se disponga de capital suficiente para la compra de maquinaria.

El uso de las máquinas produce los resultados de ahorro siguientes:

Tractor. Barbecha cuatro hectáreas en un día, mientras el campesino, con un tiro de mulas, necesita tres días para barbechar una hectárea y si usa bueyes, el doble. En la siembra, el tractor cubre ocho hectáreas en un día, mientras que el campesino emplea dos días para cada hectárea. Otra ventaja que en la actualidad se ha discutido, es que el tractor con su arado de discos, profundiza hasta treinta centímetros y ello permite también profundizar a la raíz para elevar los rendimientos.

Combinada. Esta máquina corta, trilla y encostala. Con tres hombres para atenderla, hace el trabajo de ochenta y levanta treinta toneladas de trigo.

Cultivadora. De tres a cuatro rejas o palas, se utiliza para la

escarda de maíz o barbecho. En un día desarrolla el trabajo de tres yuntas; es decir, hace la misma cantidad de trabajo en una tercera parte del tiempo.

Guadañadora. Facilita el corte de forrajes verdes y supone gran economía. Atrás de ella va la rastra de picos recogiendo el corte.

Cosechadora. Tirada por un tractor, se usa para la cosecha de la papa. Una cadena sin fin dotada de palas, levanta la tierra con todo y papas. Economiza el trabajo de veinte hombres.

Desgranadora de maíz. En ocho horas desgrana cinco toneladas de maíz atendida por dos hombres. Un hombre sólo desgrana media tonelada en ocho horas.

Además de las mencionadas, existen otras máquinas de uso tan importante como el de las anteriores. Entre ellas encontramos: la trilladora, la sembradora, la rastra de picos, la moladora de elotes, etcétera.

El uso de maquinaria está supeditado, en principio, a la disponibilidad que el agricultor tenga de capital propio o del crédito que le haya sido otorgado. Un estudio del terreno y de su extensión debe preceder siempre. Se calcula que para la explotación con maquinaria agrícola, deben explotarse de veinte a cincuenta hectáreas.

Cuando los campesinos no tienen medios suficientes para comprar maquinaria agrícola, deben establecerse centrales de maquinaria que la exploten en forma de cooperativa. El Estado, comprendiendo la necesidad de la existencia de estas centrales, ha fomentado su establecimiento.

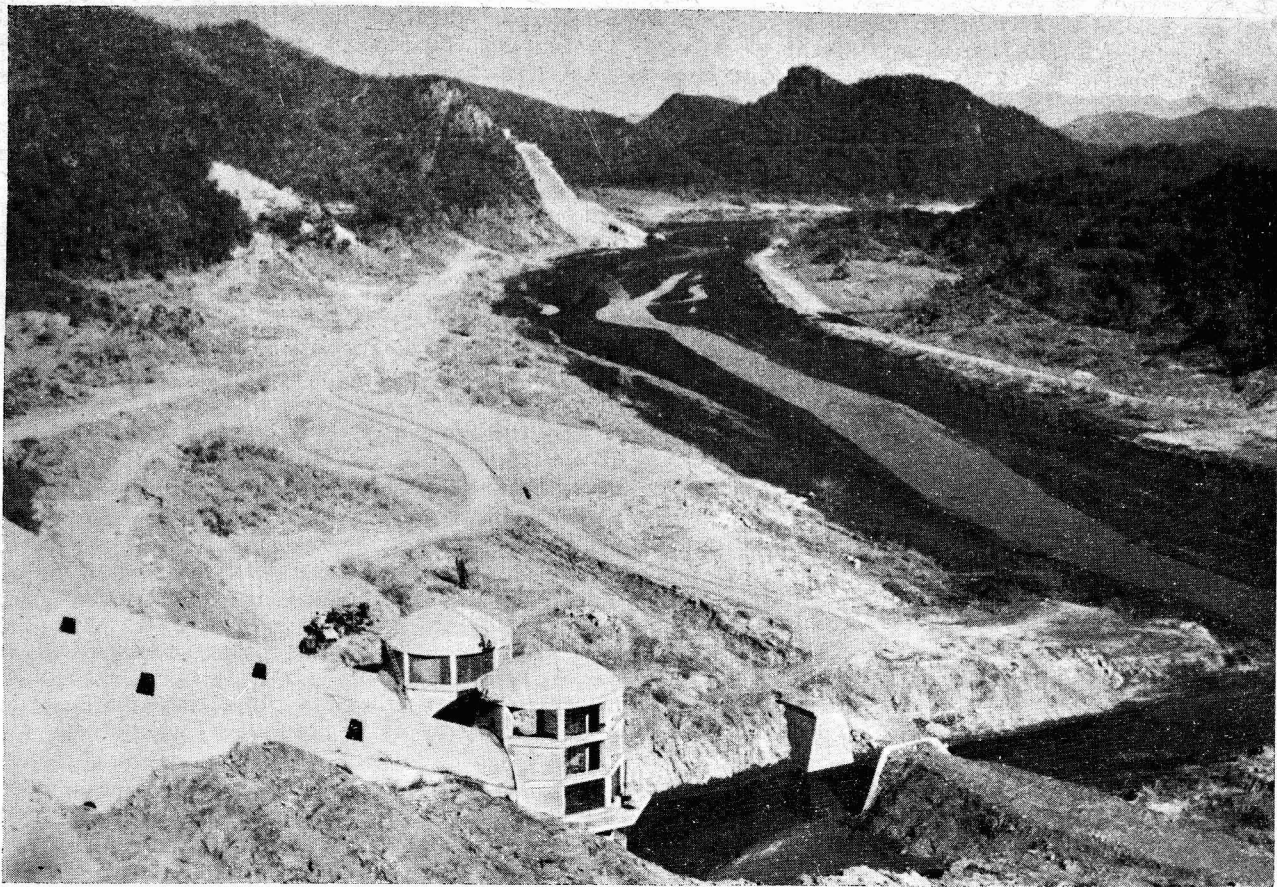
Las centrales de maquinaria agrícola facilitan al campesino la maquinaria necesaria para el barbecho, la siembra y la cosecha de las tierras, mediante el pago de una pequeña cantidad que incluye el gasto de combustibles y lubricantes, sueldo de la persona que maneja la máquina y una cantidad que se separa para amortizar la inversión hecha en la compra de la misma.

El Banco Nacional de Crédito Ejidal, dirige algunas centrales de maquinaria agrícola. En las regiones donde operan, los beneficios son visibles y la gente acude a ellas esperanzada y con entusiasmo; pero el número es insuficiente, pues si consideramos que las sociedades existentes hasta el 31 de diciembre de 1960 eran 4922 y albergaban 370 018 socios, se explica que conforme a los datos obtenidos del Banco Nacional de Crédito Ejidal, no se satisfaga la demanda que se presenta.

Para captar el significado de la maquinización de la agricultura en los sistemas ejidal y no ejidal, se confrontan cuadros con las estadísticas que corresponden a los censos de 1930, 1940 y 1950,



"resultados de ahorro por el uso de las máquinas"



“empezar por el incremento de las obras de irrigación”

MAQUINARIA AGRÍCOLA

Maquinaria	1930	1940	1950
Arados	903 788	1 651 237	2 262 978
Sembradoras	22 415	26 539	59 901
Rastras	—	34 065	65 280
Cultivadoras	—	69 189	174 516
Carros y carretas	106 163	126 433	175 498
Camiones	4 220	5 969	17 873
Tractores	3 875	4 549	22 711

En el programa agrícola dado a conocer por la Secretaría de Agricultura y Ganadería, en marzo de 1963, se incluyen las siguientes estimaciones sobre la fuerza de trabajo mecánico y animal, a disposición de nuestra agricultura.

	H.P.
60,000 Tractores (35 H.P. promedio)	2.100,000
35,000 Motores (50 H.P. promedio), para bombas de riego principalmente.	1.750,000
20,000 Camiones (100 Hp. cada uno)	2.000,000
3.200,000 Tiros animales (1.5 H.P. promedio)	4.800,000
Total aproximado	10.650,000

El establecimiento de las centrales agrícolas ha tenido que vencer muchos obstáculos para poner en marcha este plan de trabajo. Entre otros, la dificultad para obtener las máquinas, transportarlas, coordinar el abastecimiento de combustibles y lubricantes, establecer talleres para las reparaciones más urgentes, pero sobre todo adiestrar al personal que maneja el equipo, pues sucede que, en algunas comarcas, los tractores llevados para el establecimiento de la central son los primeros que el campesino conoce.

Las centrales que ha creado el Banco Nacional de Crédito Ejidal, no se dedican exclusivamente para el trabajo de los ejidatarios, sino que los pequeños agricultores acuden también a ellas para obtener trabajos a maquila.

El Banco tiene centrales en diferentes lugares de la República: Coahuila, Chihuahua, Durango, Guanajuato, Jalisco, Michoacán, Nayarit, Sinaloa, Sonora, Baja California, San Luis Potosí, Querétaro y Aguascalientes.

Una central de maquinaria agrícola puede ser establecida por particulares y por el Estado. De cualquier forma, se recupera

la inversión por el pago de las cuotas que los agricultores hacen a cambio del servicio que se les presta.

Cuando los campesinos cuentan con medios económicos, el Estado puede colaborar con ellos, facilitando técnicos que realicen los estudios de la maquinaria indicada para el lugar de que se trate, tomando en cuenta la extensión del terreno, la constitución del suelo, el tipo de cultivo apropiado de la region, etc.

Las condiciones físicas del suelo y del clima son primordiales para el uso de la maquinaria agrícola. Así, en lugares secos y lejanos de los centros productores de energía eléctrica, resulta antieconómico usar la maquinaria que se requiera para su funcionamiento. Las regiones pantanosas, propias para el cultivo del arroz, no pueden recibir tractores, trilladoras o segadoras mecánicas, ni tampoco implementos agrícolas pesados para la recolección. En las tropicales demasiado húmedas, se inutilizan rápidamente las máquinas que trabajan a la intemperie.

Cada región del país necesita de tipos especiales de maquinaria en atención a la naturaleza de sus suelos, para evitar que su aplicación no rinda o que constituya un fracaso económico para los campesinos.

3. Técnica agrícola

La técnica agrícola plantea numerosos aspectos que es necesario estudiar.

En cuanto a los suelos, deben seleccionarse los apropiados para cada tipo de cultivo y su condición puede mejorar y adaptarse usando para el caso diversos medios, como por ejemplo, las obras de drenaje cuando hay exceso de agua; el exceso de arena que se neutraliza con la mezcla de arcilla o de estiércol; la abundancia de cal es difícil de eliminar, pero se corrige parcialmente mediante el uso de materias orgánicas o cultivando plantas especialmente resistentes a ella. Cuando el elemento que se encuentra en demasia es arcilla, se corrige adicionando materias orgánicas por medio de la cal, la quema de los suelos, una mezcla de arena, etc., el exceso de humus se corrige, en cambio, con adiciones de cal.

Además de las medidas mencionadas, el agricultor puede recurrir al uso de abonos fertilizantes que si bien suponen un mayor gasto, compensan con creces por los mayores rendimientos que dan, como se verá por el análisis que de ellos haremos.

Los fertilizantes se clasifican en orgánicos e inorgánicos.

Entre los primeros se encuentran: el estiércol, la sangre, el hueso molido, la harina y los desechos de oleaginosas. El abono que se obtiene de los animales muertos en las plantas empacadoras, conocidos con el nombre de superfosfatos animalizados: el pescado, el guano, el abono verde, etcétera.

Entre los inorgánicos se encuentran: el nitrato de sodio o nitrato chileno, el superfosfato a base de fosforita, la potasa, la cal, la arcilla, la marga, que es tierra caliza con arcilla, el entarquinamiento o acarreo de los ríos. Se utilizan también algunos otros como la cianamida, el sulfato amónico y la grasa de las fundiciones, rica en ácido fosfórico y cal.

Todos los abonos tienden a dar nitrógeno, potasa, fósforo, calcio y, en general, lo que les falta a las tierras, pero deben aplicarse previo análisis.

El abono generalmente usado en México es el estiércol; se utiliza a razón de diez toneladas por hectárea anualmente, o treinta toneladas por tres años. Algunas tierras necesitan ciento cincuenta toneladas para cinco años y por ello los cultivos en ellas resultan incosteables.

Es importante que el agricultor posea vacas porque de ellas obtiene además de la leche, estiércol suficiente para abonar las tierras. Una vaca en establo (de 500 kg. de peso) produce al año quince toneladas entre estiércol y orín; este último es más rico, su contenido en sales minerales es:

94 kg. de potasa
79 kg. de nitrógeno
20 kg. de ácido fosfórico y
36 kg. de cal y magnesia.

Resulta interesante observar la cantidad de sales minerales necesarias en algunos cultivos, para juzgar la importancia de los abonos. El algodón necesita, para su desarrollo, 83 kg. de nitrógeno, la caña 120 kg. y el trigo 32 kg.

Para el uso de los abonos, es necesario completar el fertilizante orgánico con superfosfatos, haciendo combinaciones para obtener mayores rendimientos.

El cuadro siguiente compara los rendimientos que se obtienen en Francia cuando se usan abonos y cuando no.

	Sin abono	Con abono
Maíz para forraje	42 Ton.	70 Ton.
Remolacha	20 Ton.	32 Ton.
Trigo	780 Kg.	1,780 Kg.
Avena	18 Hl.	42 Hl.

En las tierras de buen cielo, es decir, donde hay lluvias suficientes, o en las que están bajo riego, es donde deben aplicarse los fertilizantes. En cambio, en las tierras con cielos malos, deben usarse los abonos o plantas leguminosas de cobertura, como chicharo de vaca, alfalfa, frijol, soya, etcétera.

El consumo de fertilizantes en el país aumenta a medida que las tierras obtienen humedad segura por riego. La producción nacional cubre un 53% de las necesidades del país, y se tiene que importar un 47% para satisfacer la demanda nacional, esto originó una salida aproximada de 468 millones de pesos en un plazo de 2 años.

Para dar una idea de lo producido en el país, la Nacional Financiera informa que la producción obtenida fue la siguiente:

PRODUCCIÓN NACIONAL DE FERTILIZANTES

Años	Sulfato de amonio.	Superfosfato simple.	Nitrato de amonio.	Amoníaco anhidro.	Abonos orgánicos.	Fórmulas especiales.	Otros
1957	99 287	84 587	—	21 060	2 362	73 534	11 409
1958	113 576	78 081	—	21 428	2 865	70 436	14 985
1959	143 490	95 410	10 210	21 594	2 294	94 314	13 713
1960	147 186	93 337	54 337	19 676	1 383	74 211	13 017
1961	152 519	104 031	70 967	38 344	991	76 194	10 292
1962	157 260	109 400	123 947	100 012	1 806	83 443	11 744

En 1962 se produjo por primera vez superfosfato triple por un total de 23,962 toneladas.

Si agregamos, a los elementos anteriores, la creación de suficientes estaciones termopluviométricas para facilitar los informes necesarios sobre el clima de la región, el campesino tendrá mayores elementos para determinar a cuál cultivo dedicar su atención. Junto con las estaciones termopluviométricas se deben establecer campos de experimentación agrícola en donde se realicen estudios sobre diversas clases de semillas: las variedades

tempranas para evitar las heladas que tan considerables mermas causan a la producción: las resistentes para la sequía y para ensayar en cada clase de suelos. Estos conocimientos deben tener una amplia difusión entre los campesinos, porque con frecuencia no saben seleccionar las semillas que requieren sus tierras y por sembrar las que tienen en la mano, incurren en el fracaso.

Los campesinos deben también desinfectar las semillas que utilizan, para evitar plagas y enfermedades que disminuyen sus cosechas. Las plagas deben ser objeto de una constante persecución por parte de los agricultores; el chahuiztle, el gusano rosado, el picudo, el barrenador, las plagas fungosas como el chamusco, el mal de Panamá, etcétera, son implacables. De una manera o de otra, cabe insistir en la necesidad de buscar solución a este problema.

No debemos olvidar, en este análisis del mejoramiento de la técnica agrícola, la rotación de cultivos que es necesaria para que la tierra descanse y recupere los elementos que, con la siembra de determinado tipo de cultivos, ha perdido.

Los conocimientos necesarios para que el campesino mejore su técnica, deben ser llevados al campo por los agrónomos. El establecimiento de pequeñas explotaciones en buenas tierras, pueden demostrar al campesino cuáles son los mejores medios de lograr que la tierra rinda y que el trabajo del hombre se aproveche. También deben insistir los ingenieros en explicar en dónde se encuentran los mejores mercados para colocar los productos en las condiciones más favorables, la manera más correcta de aplicar los fertilizantes, el uso de la maquinaria, los medios apropiados para combatir las plagas, etcétera.

Debe procurarse también dar las facilidades que estén al alcance del campesino y colaborar como un asesor en los aspectos de la producción, distribución y venta de los productos.

En resumen, se puede llegar en este importante capítulo de la economía del país a las siguientes

CONCLUSIONES:

1a. La agricultura es la actividad a la que se dedica la mayor parte de la población económicamente activa del país.

2a. Las condiciones en que se realizan los cultivos son deficientes, por lo que se alcanzan muy bajos rendimientos en la producción.

3a. Cualquier plan de mejoramiento de la agricultura debe empezar por el incremento de las obras de irrigación en aquellos lugares que ofrezcan las condiciones más apropiadas.

4a. Los principales cultivos agrícolas, en atención a la superficie cultivada, son: el maíz, el frijol, el trigo, el algodón, la caña de azúcar, el café, la cebada, el ajonjolí, el henequén y el garbanzo. Otros productos valiosos son: el arroz, el tomate y el plátano.

5a. Comparativamente con otros países, los rendimientos que se obtienen en estos productos son muy bajos.

6a. La producción agrícola, poco a poco, llega a abastecer el mercado interno de cereales y no se hace necesario recurrir a la importación para cubrir el déficit de la producción nacional. Algunos productos agrícolas tienen demanda en el exterior, como el algodón, el café, el plátano, el tomate, etcétera.

7a. El problema agrario de México se dirige principalmente a la dotación y restitución de tierras a los campesinos.

8a. Para completar la obra de la Reforma Agraria, es indispensable otorgar crédito barato y oportuno a los agricultores.

9a. Es urgente la maquinización de la agricultura y el mejoramiento de la técnica, empleando métodos modernos y apropiados.

10a. El establecimiento de estaciones termopluviométricas y de campos de experimentación agrícola, contribuirá poderosamente al mejoramiento de la técnica empleada en la agricultura.

BIBLIOGRAFÍA

Marcué Pardiñas, Manuel, *Problemas Agrícolas e Industriales de México*. Banco de Crédito Ejidal, S. A., *Informe Anual del Banco de Crédito Ejidal*, S. A. Banco de Crédito Ejidal, S. A., *Boletín Semanal del Banco de Crédito Ejidal*, S. A. Yáñez Pérez, Luis, *Mecanización de la Agricultura en México*. México, 1957. Silva Herzog, Jesús, *El Agrarismo Mexicano y la Reforma Agraria*. México, 1959. Ateneo Nacional Agronómico, *Ponencia ante el Congreso Agrario*. México, 1959. Ateneo Nacional Agronómico, *Problemas Agrícolas Actuales*. México, 1955. López Mateos, Adolfo, *Informe Presidencial*. México, 1961. Banco de México, S. A., *Informe Anual*. México, 1961. Nava Sánchez, Jorge, *Aspectos económicos de los fertilizantes en México*, México, 1961.

La santa de los hongos

Vida y misterio de María Sabina

Por Fernando BENÍTEZ

María Sabina es una mujer extraordinaria. Como a otros mexicanos notables, el reconocimiento no le ha venido de su patria, sino del extranjero. Roger Heim habla de la "personalidad poderosa" de María Sabina, y Gordon Wasson, su descubridor, la llama Señora y en su primer encuentro escribe de ella: "La Señora está en la plenitud de su poder y se comprende fácilmente por qué Guadalupe¹ nos dijo que era una Señora sin mancha, inmaculada, pues ella sola había logrado salvar a sus hijos de todas las espantables enfermedades que se abaten sobre la infancia en el país mazateco, y nunca se había deshonrado utilizando su poder con fines malévolos... nosotros hemos comprobado que se trata de una mujer de rara moral y de una espiritualidad elevada al consagrarse a su vocación, y una artista que domina las técnicas a su cargo. Se trata verdaderamente de una personalidad."

Por desgracia, el hecho de que María hable exclusivamente mazateco me ha impedido conocerla en toda su riqueza y su profundidad espirituales. No sin vencer una vieja desconfianza, accedió a contarme su vida en tres sesiones, y aunque tenía como traductora a la inteligente profesora Herlinda y esta mujer, nativa de Huautla, habla a la perfección el mazateco, pronto se reveló que no sólo era incapaz de traducir el pensamiento poético de María, sino que deformaba el sentido y la originalidad de su relato al pasarlo por el filtro de otra cultura y de otra sensibilidad.

Acompañada de su nieta o de un nietecito, María Sabina bajaba siempre por el cerro donde se apoya el hotel, lo cual me daba la impresión de que venía volando desde su remota cabaña. Descendía literalmente del tejado, desdeñando la puerta y la escalera, y como sus pies descalzos no hacían el menor ruido al pisar las tablas del corredor y se aparecía de pronto, sin anunciarse, de un modo enteramente fantasmal, no dejaba nunca de sorprenderme cuando decía cerca de mi oído con una voz muy suave:

—Dali.

Vida de una mujer Mazateca

Su bisabuelo Pedro Feliciano, su abuelo Juan Feliciano y su padre Santos Feliciano, fueron curanderos. No conoció a ninguno de los tres —el padre desapareció joven cuando María tenía cuatro años— de manera que no pudo aprovechar los conocimientos y las experiencias de sus antepasados.

La familia quedó muy pobre y la niña María Sabina, con su hermana mayor María Ana, debían pastorear un rebaño de cabras. El hombre las hacía buscar los muchos hongos que crecen en las faldas de los cerros y se los comían crudos, fueran comunes o alucinantes. Embriagadas, las dos niñas se hincaban y llorando le pedían al sol que las ayudara.

María, dejando la silla en que está sentada, se arrodilla en medio de la habitación y juntando las manos principia a orar fervorosamente. Se da cuenta de que las palabras son insuficientes y recurre a la acción para que yo tenga una idea precisa de lo que significó su encuentro con los hongos y el estado de religiosa inspiración en que la sumieron. Su rostro expresivo se ilumina reflejando la luz misteriosa de aquella primera embriaguez tan lejana en el tiempo y aún tan viva en su memoria.

—¿Por qué lloraba? —le pregunto.

—Lloraba de sentimiento. Lloraba al pensar en su miseria y en su desamparo.

—¿A partir de entonces comía hongos con frecuencia?

—Sí. Los hongos le daban valor para crecer, para luchar, para soportar las penas de la vida.

Tenía seis o siete años y ya cultivaba con un azadón la tierra de su padre, hilaba el algodón, tejía sus huipiles. Más tarde, aprendió a bordar, acarrea la leña y agua, vendía telas o las cambiaba por gallinas, ayudaba a moler el maíz y a buscar hongos y yerbas en el campo, es decir, trabajaba como todas las niñas indias levantándose antes de amanecer y no descansando un momento hasta la hora de acostarse.

A los catorce años la pidió en casamiento Serapio Martínez, un mercader ambulante que viajaba a Tecomavaca, a Tehuacán, a Córdoba, a Orizaba, cargando ollas, ropa y manta. En uno de esos viajes se lo llevaron a pelear los carrancistas o los zapatistas, no lo sabe bien, y volvió ocho meses después terciado de cartucheras, trayendo caballo y carabina, porque fue un soldado valiente.

María le dijo:

—Ya deja las armas. Sufro mucho y es necesario que vivas conmigo.

Serapio desertó. Anduvo comerciando fuera algún tiempo y la visitaba a escondidas. Nunca, en sus tiempos de comerciante o de soldado, se olvidó de enviarle algún dinero. María, por su parte, siguió trabajando y ayudando a los gastos de la casa.

Esta unión —los indios no se casaban entonces— duró seis años. Serapio contrajo la influenza española y agonizó diez días echado en un petate. En vano lo asistieron los mejores curanderos de Huautla. El muchacho "estaba como loco" y dos días antes de morir, los brujos sentenciaron: "No tiene remedio. Perderás a tu marido."

Pasados los cuarenta días del luto oficial mazateco, volvió a cultivar la tierra y a ocuparse de los tres hijos tenidos en su matrimonio: Catarino, María Herlinda y María Polonia. Naturalmente comió hongos para que le dieran conformidad y fuerzas para sostener a sus hijos. Vivió trece años viuda, cortando café en las fincas, bordando huipiles, realizando pequeños negocios. De tarde en tarde recurría a los hongos, pero a medida que su vida mejoraba y sus hijos crecían, terminó por olvidarlos. Concluido ese largo periodo de soledad —"aquí vivimos como monjas" aclara la profesora Herlinda—, la pidió un hombre, llamado Marcial Calvo, brujo de profesión y tuvo con él seis hijos.

—¿Qué diferencia hay entre un brujo como Marcial y una curandera como María Sabina? —le pregunté a Herlinda.

—Yo adivino —responde María excitada—. Llego a un lugar donde están los muertos y si veo al enfermo tendido y a la gente llorando, siento que se acerca una pena. Otras veces, veo jardines y niños y siento que el enfermo se alivia y las desgracias se van. Cantando adivino todo lo que va a pasar. El bru-



Paisaje de Huautla de Jiménez

—Foto A. Mexiac.

jo, rezando ahuyenta a los malos espíritus y cura por medio de ofrendas. Yo nunca comí hongos durante los doce años que duró nuestro matrimonio, porque me acostaba con él, y como tenía otro modo de curar, siempre le oculté mi "ciencia".

Marcial, aparte de ser brujo, era un mal hombre. La costumbre de beber aguardiente como una práctica asociada a su profesión, había hecho de él un ebrio. Casi no daba dinero y golpeaba a los niños y a su mujer, aunque estuviera embarazada. Del relato de María surge con frecuencia la palabra que ya otras muchas veces he oído en boca de los indios: sufrimiento. "Sufrí mucho; sufrí demasiado", dice resumiendo las diferentes etapas de su vida.

Su iniciación en la medicina mágica ocurrió durante los últimos años de su matrimonio, cuando enfermaron dos ancianos conocidos suyos, que según la costumbre recurrieron a los servicios profesionales de Marcial. De nada valieron huevos, yerbas y oraciones. Empeoraban diariamente y hubieran muerto si María no interviene devolviéndoles la salud.

—¿De qué manera los sanó?

—Comiendo hongos. Cantando. Invocando a Dios Espíritu Santo, a San Pedro, a San Pablo, a todos los santos del cielo.

Marcial, al descubrir que María comía hongos y era una curandera dotada de fuerzas superiores a las suyas, se encolerizó y delante de los viejos le pegó a su mujer.

—María Santísima, sangré —exclama con los ojos relampagueantes de cólera.

"Estaba muy cansada, muy fatigada." La brutalidad de Marcial determinó que poco a poco lo desechara, según la versión de Herlinda. Marcial "se metió" con cierta mujer casada, vecina de María, que tenía hijos grandes, y una noche el marido y los hijos le quebraron a palos la cabeza. María oyó los gritos. Sin embargo, no pensó en Marcial y sólo al día siguiente fue que lo halló muerto en el camino. El marido engañado, con sus hijos, abandonó a la adúltera que hasta la fecha vive solitaria en Barranca Seca.

El libro de la sabiduría

Hace veinte años murió el brujo Marcial. Veinte años que María ha vivido intensamente dedicada a la doble tarea de hacerse de una reputación como *co ta si ne*, "la que sabe", y de sostener a una familia cada vez más numerosa. Al principio las cosas fueron difíciles. Debía mantener a sus diez hijos —de ellos viven siete en la actualidad— y a su hermana María Ana, ayudándose con el azadón, el bordado, los cerdos y las gallinas o vendiendo aguardiente y comidas a los viajeros que transitan por el camino real donde siempre ha tenido su casa.

El largo periodo de viudedad lo ha pasado sola, no porque pensara mal de los hombres, sino porque teniendo tantos hijos no quiso volver a casarse, y una vez que principió a trabajar con los hongos, los hombres dejaron de interesarse.

Sus primeros pacientes fueron los viejos que estaban para morir. El haberlos sanado le abrió un nuevo camino, pero no había perdido la fe en los cu-

randeros y tenía miedo de curar a través de los hongos sagrados.

Lo que la resolvió a emplearlos nuevamente fue la suma gravedad en que se vió su hermana María Ana. Estando sentada o comiendo, de pronto "se ponía morada", apretaba las manos y se caía al suelo. Los brujos habían agotado con ella sus remedios y María pensó que si tomaba una gran cantidad de hongos podría ver la enfermedad y curarla.

Tomó en aquella ocasión treinta pares y hallándose en el trance se le acercó un espíritu con un libro en las manos que le dijo: "Aquí te entrego este libro para que puedas trabajar."

Ella era incapaz de leer el libro, porque no tuvo oportunidad de ir a la escuela, pero le fue dado el dón de conocer los secretos de las cosas y de adivinar el futuro "como si estuviera leyendo un libro." Debido a su fuerza mágica, los huevos que los brujos habían enterrado en lugares desconocidos del cuarto donde se hallaba su hermana, se desenterraban solos, venían a sus manos, y María sin volverse los tiraba al suelo, sabiendo así que la enfermedad no necesitaba los huevos y bastaba con el poder de los hongos. Cuando María volvió en sí y vio los cascarrones de los huevos rotos, comprendió que se trataba de una realidad y no de una alucinación provocada por los hongos.

Después de la milagrosa curación de la hermana, María comenzó a ejercer su profesión de curandera y a ganarse la confianza de la gente. Abandonó el azadón y no volvió a cortar café. Su vida mejoraba sensiblemente. Atendía a las parturientas, a los hombres que tenían un frío o un calor en el cuerpo, les devolvía el alma a los que la perdían por haberse asustado y ahuyentaba a los malos espíritus.

Para sus curaciones, María siempre ha usado exclusivamente tres clases de hongos: el llamado Pajarito, el San Isidro y el Desbarrancadero. El Desbarrancadero se encuentra en el bagazo de la caña de azúcar; el San Isidro en el excremento del toro y el Pajarito brota de preferencia al cobijo de los maizales o de los helechos y las plantas que tapizan las húmedas faldas de los montes.

La muerte del hijo

Una escena ocurrida entre María Sabina y su hijo Aurelio la segunda vez que Wasson tomó los hongos, podría ilustrarnos acerca de la idea que María se ha formado del poder adivinatorio de los hongos. Escribe Wasson: "...la conducta de María fue en esta ocasión muy diferente... Ni danza ni elocución percutiva. Sólo tres o cuatro indios se hallaban con nosotros y la Señora llevó con ella no a su hija, sino a su hijo Aurelio, un muchacho menor de veinte años y que parecía enfermo o deficiente. Fue el hijo, y no nosotros, el objeto de su atención. A lo largo de la noche, su canto y sus palabras se dirigieron a ese muchacho como la expresión dramática, lírica, siempre conmovedora, del amor de una madre por su hijo. La ternura que impregnaba su voz mientras cantaba y hablaba, sus gestos cuando se apoyaba afectuosamente sobre Aurelio, nos agitaron hondamente. Extranjeros, nos habríamos sentido muy incomodados ante esta escena, si no viéramos en la actitud de la curandera, poseída por los hongos, un símbolo del amor maternal más que el grito angustiado de una madre. Esta expansión sin trabas desencajada verdaderamente por los hongos sagrados, era de tal calidad que pocos etnólogos podrían llegar a percibir."

Al entrevistar a María Sabina, como sabía que su hijo había muerto trágicamente, le pregunté si su actitud de esa noche obedeció a que ella presentía la próxima desaparición de Aurelio.

—Aurelio estaba triste —explicó María—. Esa noche me había dicho: "Mamá, sé que me voy a perder." —No digas eso —le contesté—, pero yo sabía que venía una desgracia y no podía detenerla.

—Después de la velada a que se refiere el señor Wasson, tomé hongos con mi hijo Aurelio y un amigo nuestro llamado Agustín. Cuando estaba en el éxtasis, apareció un hombre llevando enrollada una piel de toro podrida y gritó con una voz espantosa: "Con éste son cuatro los hombres que he matado."

—¿Oíste, Agustín, lo que dijo ese hombre? —le pregunté a nuestro amigo—. ¿Lo has visto?



"El universo es una sola voz"

—Foto A. Mexiac.

—Sí lo ví —me contestó—. Es uno de los Dolores. (Dolores se llamaba la madre del asesino.)

—Mi hijo Aurelio murió a los quince días. El Dolores, borracho, pasó corriendo por el patio y le clavó un cuchillo.

—¿Por qué lo mató? Debe haber una razón.

Herlinda se encargó de responderme:

—Aurelio era comerciante y el Dolores le debía cincuenta pesos. Tal vez por eso lo mató.

El lenguaje de la divinidad

De la poesía de María Sabina, es decir, de sus cantos chamánicos, tenemos el disco grabado por Wasson en un mal momento —María no estaba inspirada esa noche— y la traducción que de los cánticos hiciera la señorita Pike. Esta traducción presenta grandes lagunas que yo traté de llenar en mi segunda entrevista con María Sabina, pero fuera de algunas rectificaciones no logré aclarar el texto de la lingüista norteamericana. Su incapacidad para traducir numerosos pasajes, como la incapacidad de la profesora Herlinda, tal vez se deba más que a dificultades fonéticas al hecho de que María haya creado un lenguaje de su especialidad, incomprensible para los mismos habitantes de Huautla.

Ese lenguaje esotérico lo empleaban los chamanes asiáticos y los curanderos y sacerdotes mexicanos lo llamaban *nahualtocahtl*, el idioma de la divinidad. Lo que ha creado María Sabina no es precisamente un lenguaje esotérico, sino más bien un lenguaje poético donde las incesantes reiteraciones del salmo y de la letanía se encadenan a una serie de metáforas frecuentemente oscuras, a licencias y juegos idiomáticos comunes en los grandes poetas y a menciones de yerbas y animales desconocidos, que multiplican las dificultades ya considerables de la lengua tonal mazateca.

Los cantos de María hacen las veces del tambor chamánico, lo cual no excluye que María recurra ocasionalmente al empleo de ciertos elementos percutivos. Las imágenes dispersas, ondulantes, soberanamente imprecisas del éxtasis, parecen ordenarse y cobrar un sentido gracias a sus cánticos. En mi tercera experiencia, recuerdo que saliendo del trance, después de un silencio, María cantó de nuevo y creó una melodía de tal suavidad, tan incitante —cada sonido abría mi carne saturándola de una infinita complacencia— que al terminar, como si se tratara de un concierto ejecutado con mano maestra, grité sin poder contenerme: —¡Bravo, María!

Heim, hablando del poder de los hongos, dice que ellos levantan el silencio. Hay entre el oído y el mundo de los sonidos un velo de silencio, como existe entre la luz y el ojo una atmósfera que absorbe los rayos de longitud de onda demasiado larga o demasiado corta. Los hongos recorren ese velo. Los sonidos adquieren una vibración peculiar; el mundo sordo recobra la plenitud de su orquestación y las más leves entonaciones de la voz, los roces más imperceptibles, se escuchan magnificados, traspuestos a un plano que ya no es el habitual, como si desaparecida la atmósfera terrestre a nuestros ojos les fuera doble contemplar sin daño la corona de rayos X de nuestro sol.

El mundo se hace melodioso o nosotros recobramos el oído perdido. Idio-



Huautla. "El mundo se hace melodioso"

—Foto A. Mexiac.

ma de la divinidad. Andantes eternos. Silencios tan perfectos como la misma melodía. Silencios enormes como abismos. El universo es una sola voz. El misterio y sus acordes infinitos. Música táctil, música que se siente, música que se ve. La alucinación de ese hombre acusado por haber comido peyote que declaró ante los jueces del Santo Oficio: "Muchas palomitas como lucernas y sobre el cuerpo caían gotas de agua, como llovizna". Palomas luminosas a millares surcando el espacio; música transformada en lluvia cayendo sobre el cuerpo desnudo, empapándolo, saturándolo. Vuelo de palomas, de luciérnagas, de diamantes líquidos, vuelo de rombos, de cuentas verdes, amarillas, rojas; cubismo, tachismo, haciéndose, rehaciéndose, naciendo y muriendo, el motivo musical expresado en estas imágenes reales, visibles, sentidas por cada uno de los poros de nuestra piel, por cada uno de nuestros vellos erizados —diminutas antenas—, por cada cabello, por cada músculo, por los nervios tensos, por la masa del cerebro galvanizada, electrizada, receptora y productora a la vez de esa inexpressable melodía universal.

El éxtasis lo interrumpe bruscamente María Sabina pronunciando repetidamente el nombre de sus clientes. En este caso, mi nombre: "Fernando, Fernando, Fernando."

La profesora Herlinda intervino:

—Es necesario contestarle: "Aquí estoy".

Hice un esfuerzo sobrehumano y respondí confuso:

—Aquí estoy.

Pienso ahora que es inhumano arrancar a los embriagados de su trance, pero este llamado forma parte de la técnica de María, es un paso del ritual que tiene posiblemente como objetivo interrumpir la cadena de los desdoblamientos y devolverle al paciente la conciencia de su personalidad.

Otras veces los llamados son menos personales aunque igualmente efectivos. Existe una deliberada voluntad de romper la secuencia del cántico, de mantener alerta al paciente o de impedir que su ser permanezca largo tiempo en una parte del delirio hecha de reminiscencias vergonzosas y de espantables meta-

morfosis. María cambia el tono, introduce cierto desorden, una complicación no prevista, una insistencia desagradable, lo que equivale a pasar de un extremo a otro del éxtasis, a vivir en la eternidad y recobrar el sentido del tiempo.

Los cantos chamánicos

La fuerza y el misterio del éxtasis impregnan ya el inicio de su canto:

Soy una mujer que llora,
Soy una mujer que habla,
Soy una mujer que da la vida,
Soy una mujer que golpea,
Soy una mujer espíritu,
Soy una mujer que grita.

Después cambia ligeramente el ritmo:

Soy Jesucristo,
Soy San Pedro,
Soy un Santo,
Soy una Santa.

Soy una mujer del aire,
Soy una mujer de luz,
Soy una mujer pura,
Soy una mujer muñeca,
Soy una mujer reloj,
Soy una mujer pájaro,
Soy la mujer Jesús.

Soy el corazón de Cristo,
Soy el corazón de la Virgen,
Soy el corazón de Nuestro Padre,
Soy el corazón del Padre.

Soy la mujer que espera,
Soy la mujer que se esfuerza,
Soy la mujer de la victoria,
Soy la mujer del pensamiento,
Soy la mujer creadora,
Soy la mujer doctora,
Soy la mujer luna,
Soy la mujer intérprete,
Soy la mujer estrella,
Soy la mujer cielo.

María Sabina expresa las diferentes metamorfosis del éxtasis, y el sentimiento de fuerza, de elevación y de grandeza que le dan los hongos. En esta galería alucinante de sus estados de ánimo, de su propio rostro fragmentado, el sufrimiento aparece una vez: "Soy una mujer que llora". Las demás imágenes, por el contrario, reflejan la conciencia de

un poder misterioso y sagrado. Ella es la victoria y la ley, el pensamiento y la vida, la luz y el aire, la luna y la estrella matutina, pero también es la nube y el reloj, la mujer doctora, la mujer intérprete y la mujer muñeca, un santo y una santa —que aun el sexo cuenta en la jerarquía celestial— y algo que está más allá de la santidad porque es la fuente de donde mana lo sagrado: el corazón de Cristo, el mismo corazón del Padre.

Tampoco es posible expresar esa fase del éxtasis de un modo más natural. Es inútil tratar de reconstruir la materia de los sueños o de ofrecer una idea de las arquitecturas complicadas y sutiles vislumbradas bajo el efecto de los hongos. Wasson, en sus interpretaciones, sigue el camino abierto por Huxley. La psilocibina actúa sobre un cerebro occidental y suscita imágenes occidentales. María es una india analfabeta que no tiene ninguna relación con el mundo de Wasson; su pensamiento y su sensibilidad pertenecen al mundo de la magia y su expresión formal viene de muy lejos, de las reiteraciones y paralelismos del Popol Vuh, de los himnos antiguos, de los cantares aztecas, y su vigoroso ritmo, el ritmo que crea el éxtasis y el clima de lo sagrado es el ritmo ininterrumpido, uniforme, de los jaguares y de las águilas en los frisos de Xochicalco, de Tláloc y la serpiente en Teotihuacán, de las cabezas proboscidas de Chak en el templo de Kabah, el ritmo de aquellos templos, verdaderos libros de piedra, donde las muchedumbres devotas podían entonar a través de las grandes formas repetidas, el cántico a la divinidad. “Repetición —dice Paul Westheim— es aquí afirmación, medio para grabar el mensaje en la memoria, énfasis, invocación, anhelo de conjuro, oración.”

Por otra parte, los sucesivos cambios que va sufriendo María Sabina no sólo son tampoco la expresión individual del éxtasis, sino la expresión del ambiente mágico que a pesar de todo se mantiene vivo en la Sierra Mazateca: el de las metamorfosis. El curandero transformándose en jaguar, en pájaro, en serpiente, en dios o en demonio para traer la lluvia o provocar el granizo, para curar las enfermedades o abrumar a los infractores de la ley con terribles males y castigos. El recuerdo de los dioses tomando la figura del tigre, del águila y del búho; el de los guerreros muertos durante la batalla encarnando en el sol; los hombres desdoblándose en su Segundo, condenados a compartir el destino de su animal totémico.

Ambiente de máscaras, de cambios, de desdoblamientos, de encarnaciones que María interpreta haciéndose muñeca, reloj, crepúsculo, mujer diablo payaso, mujer santo payaso, mujer que viene como payaso.

María me dijo refiriéndose a estas últimas y oscuras metamorfosis:

—Yo veo a los hongos como niños, como payasos. Niños con violines, niños con trompetas, niños payasos que cantan y bailan a mi alrededor. Niños tiernos como los retoños, como los botones de las flores; niños que chupan los malos humores, la sangre mala, el rocío de la mañana. El pájaro que chupa la enfermedad, el chupamirto bueno, el chupamirto sabio, la figura que limpia, la figura que sana. Les canto a los enfermos: Aquí están mis hojas medicinales, aquí están las hojas para curar. Soy la

mujer relámpago, la mujer águila, la sabia herbolaria. Jesucristo, dame tu canto.

Coatlicue al revés

Principia María la segunda mitad de su canto chamánico con una letanía dicha muy aprisa que, como es natural, la señorita Pike encuentra difícil de traducir. Los nombres oscurecidos, embrollados conscientemente se mezclan unos a otros a fin de crear confusión. Desfilan galopando, golpeando, pegando, pegando con violencia hasta que el ritmo afloja y los nombres evocados se hacen reconocibles:

San Pablo
San Pedro
Pedro Mara
Pedro Matín
Pedro Martínez.

Acerca de este juego de palabras escribe la señorita Pike: “Aquí lo interesante es el nombre de Pedro Martínez. Tengo la impresión que Martínez podría ser empleado como el último nombre de San Pedro así como Cristo es el último nombre de Jesús. Nótese cómo ella lo construye a partir de San Pedro, Pedro Mara, Pedro Martínez.”

María me aclaró la cuestión diciéndome que introdujo ese nombre para honrar a Pedro Martínez, hermano de la profesora Herlinda, en cuya casa se celebró esa noche la ceremonia de los hongos. Es así también que en el canto figura el pequeño Aritano García, por Cayetano Aritano García, el síndico municipal a quien recurrió Wasson cuando visitó Huautla en 1954.

Después de jugar con San Pedro y Pedro Martínez, María, según hace notar la señorita Pike, emplea por primera vez la palabra ven:

Ven Santo
Ven Santa
Vengan trece diablos
Vengan trece muchachas diablitas
Vengan trece muchachos de la escuela por el agua.

Le pedí que me explicara el significado de esos oscuros llamados y me contestó:

—Estaba en el éxtasis cuando el señor Wasson se sintió enfermo y al mismo tiempo oí que unas manos arañaban la puerta. Cayetano me dijo: “María, cuida que no les pase nada a nuestros amigos.” Yo entonces canté:

Que el diablo no perturbe
Que vengan trece santas
Que vengan trece niñas
Que vengan trece niños de la escuela por el agua.

La pureza

El tema de la pureza —soy una mujer limpia, el pájaro me limpia, el libro me limpia afirma repetidas veces— es uno de los más bellos e insistentes:

Flores que limpian mientras ando
Agua que limpia mientras ando
Flores que limpian
Agua que limpia.

No se recuerda a lo largo del viaje por la Sierra otros dos elementos que las

flores del verano indio, las pequeñas flores amarillas, rosas y blancas echadas sobre los taludes de las brechas como un tapiz bordado y el agua tumultuosa de los cañones que formando cascadas, manantiales y arroyos salpica a los viajeros, encharca los pasos y amenaza llevarse los caminos.

Aguas y flores descansan de la fatiga del viaje, refrescan, limpian. Los arrieros y sus bestias se detienen a beber el agua remansada en el hueco de las peñas o hacen un alto para sentir la frescura de esos millones de partículas que danzan en el aire tendiendo arcoiris sobre los caminos de la Sierra.

La secuencia de la pureza, cortada por falta de traducción, podría continuar en esta forma:

Porque no tengo saliva
Porque no tenga basura
Porque no tengo polvo
Porque él no tiene
Lo que está en el aire
Porque ésta es la obra de los santos.

Y más adelante, luego de salvar una nueva laguna:

No hay brujería
No hay lucha
No hay cólera
Nada escupido
Ninguna mentira.

Estos ejemplos, los más significativos, pueden dar una idea muy aproximada del “modo” poético de María Sabina, mientras disponemos de la versión completa al español y al inglés que se está preparando.² Entre tanto, debemos resignarnos con la fragmentaria versión de la señorita Pike, donde todo parece venir por rachas y por breves y súbitas iluminaciones.

Dos versos aislados, dan idea de su soledad; de la mujer que se ha cerrado voluntariamente para el mundo:

No tengo oídos
No tengo pezones.

Es una Coatlicue al revés. Sorda, tapiada. No suprime sus pechos, no se los mutila; con una imaginación india suprime sus pezones, es decir, los ciega haciendo de ellos la imagen de una clase de esterilidad nueva por lo desusada y monstruosa.

Sobre su paisaje natal, sobre las montañas en que ha vivido siempre, sólo estas líneas de una justeza y de un sentimiento poético admirables:

Tierra fría
Nuestra tierra de nieblas.

De pronto, una afirmación, como un disparo:

Soy conocida en el cielo
Dios me conoce.

Ya para finalizar su canto impregnado de una creciente tristeza:

Todavía hay santos.

Y sin interrupción, un llamado melancólico:

Oye luna
Oye mujer-cruz-del-sur
Oye estrella de la mañana.

Por último, "muy fatigada, muy triste":

Ven.

Cómo podremos descansar.

Estamos fatigados.

Aún no llega el día.

El poder de los hongos

A la tercera y última entrevista, María Sabina, acompañada de su nietecito, llegó muy temprano. Dándose cuenta que la profesora Herlinda no estaba conmigo, se retiró a la casa de Doña Rosaura, frontera al hotel y sacando de su morral unas gafas anticuadas y un huipil se sentó a bordar apaciblemente. Era difícil creer que esa viejecita encorvada sobre su tela y con las gafas resbalándole por su pequeña nariz, fuera la poderosa curandera María Sabina.

La profesora Herlinda, retenida en su escuela por una junta, acudió a la cita una hora después de lo convenido. María Sabina, enojada por el retraso, quería volverse a su casa y fué necesario emplear quince minutos en disuadirla. Le ofrecí un vaso de ron y poco a poco

"Canto según las personas. Si es un mazateco, uno de los míos, veo con más trabajo cosas que le interesen porque dentro del pueblo hay mucha envidia, hay muchas maldiciones. Hace un año, cuando te di los hongos, te sentiste mal. Esto se debió a que habías contratado a un brujo y como al final no aceptaste sus servicios y veniste conmigo, el brujo se vengó haciéndote sufrir.

"Me orienta el modo de ser de las gentes que toman hongos y sus necesidades. Debo pensar en el agua más fresca, en los árboles más altos, en las ciudades más bellas. Debo también fijar mi pensamiento en el enfermo para que encuentre una cosa verdadera; debo rogar para que los espíritus de los tiempos más remotos, desde que la Santísima Trinidad hizo la luz, me ayuden con su influencia a que los enfermos comprendan las ideas que les son necesarias para su alivio. Invoco a los santos, al Dueño de los Cerros, al Caballero del Monte Clarín, a la Doncella Agua Rastrea y entonces me siento como una mujer santa, como una mujer que todo lo sabe, como una mujer grande. Estoy

quemaron la casa y ahora debo comenzar todo de nuevo.

Técnicas arcaicas del éxtasis

¿Podemos hablar de un chamanismo mazateco? ¿María Sabina tiene un parentesco con los chamanes asiáticos? Las diferencias, a mi modo de ver, radican más bien en las técnicas usadas para alcanzar el éxtasis que en la esencia misma de este complejo fenómeno espiritual. Los chamanes centro y norasiáticos llegan al éxtasis excitándose gradualmente y ayudados no tanto por el tambor, las danzas y los cánticos, cuanto por la naturaleza misma de los elementos sagrados con que entran en contacto. Claro está que no se excluyen los hongos ni otros narcóticos a fin de obtener el trance, pero Mircea Eliade se pregunta si fuera de las explicaciones históricas que se podrían hallar a estas prácticas aberrantes (decadencia a causa de influjos culturales exteriores, hibridación, etcétera), no pueden ser interpretados en otro plano. Cabe preguntarse por ejemplo si el lado aberrante del lado chamánico no se debe a que el chamán pretende experimentar *in concreto* un viaje místico, pero a la vez *real* al cielo, no ha llevado a los trances aberrantes... si en fin, estos comportamientos no son la consecuencia inevitable del exasperado deseo de "vivir", esto es, de "experimentar" en un terreno carnal, algo que en la actual situación humana, no es ya accesible sino en un plano espiritual".³

Ignoro si tenemos derecho a calificar de aberraciones lo que se ofrece como simples variantes de la misma técnica oriental. El uso de los hongos, aunque mezclado al catolicismo no sólo no es la consecuencia de influjos culturales exteriores, sino una práctica que se ha conservado a pesar y en contra del catolicismo. María Sabina no siente el desesperado deseo de experimentar en un terreno carnal lo que hoy ya no está al alcance de nuestro mundo, porque ésta es una preocupación libresca o al menos un mecanismo de pensamiento occidental ajeno por completo al pensamiento mágico. En último caso María, al igual que los chamanes mazatecos anteriores a la conquista española, no puede desear ardientemente lo que ella efectúa de una manera normal y constante gracias a los hongos. Sus éxtasis, sus ascensiones místicas, su comunión con la carne del dios y aun sus propias metamorfosis son parte de una técnica, de un dominio ya logrado sobre ciertos elementos mágicos y sagrados.

De cualquier modo, lo que asombra no son las variantes y las diferencias —mínicas— de este fenómeno, sino su unidad y su coherencia. En torno de María, o de los cotacine de la Sierra —sobre todo en lugares apartados como Ayautla adonde no llegan los turistas—, está centrada la vida mágico-religiosa de los mazatecos, lo cual no significa que este tipo de chamán "sea el único manipulador de lo sagrado, ni la actividad religiosa esté totalmente absorbida por él".⁴

Los sentimientos religiosos de los indios poseen una dinámica asombrosa y cualquier consideración que nos hagamos sobre ellos, resultaría falsa y deformada, si no los tuviéramos presentes. En la Sierra, María Sabina —para referirnos a un caso individual— coexiste con otro



"a donde no llegan los turistas"

—Foto A. Mexiac.

desarrugó el ceño. Tenía los brazos cruzados y sus ojos inteligentes aguardaban mi pregunta.

—Cuando Wasson tomó los hongos por primera vez en compañía de su amigo el fotógrafo, tú le pediste que tuviera cuidado de no pisar un lugar situado en un lugar del cuarto, a la izquierda del altar, porque en ese sitio descendería el Espíritu Santo. ¿Desciende verdaderamente? ¿Tú lo llamas y baja? ¿Puedes verlo?

Costó trabajo que la profesora Herlinda le hiciera comprender el sentido de mis preguntas. Reflexionó un momento y respondió:

—En efecto, baja porque yo lo invoco. Lo veo, pero no puedo tocarlo. En realidad es el poder de los hongos el que me hace hablar. No puedo decirle en qué consiste ese poder. Sin los hongos me sería imposible cantar, danzar o curar. ¿De dónde me van a salir las palabras? Yo no puedo inventarlas. Si alguien me enseñara a cantar yo no aprendería. Las palabras me brotan cuando estoy embriagada, como brotan los hongos en la milpa después de las primeras lluvias.

fuera, lejos de aquí, muy lejos, muy alta y no recibo nada, no quiero nada, ni me importa nada. Cuando estoy en el éxtasis, pienso que han pasado muchos días, muchos años y sólo al venir la mañana recobro mis sentidos y vuelvo a tener una idea del tiempo.

El nietecito de María, sin duda su predilecto, echado sobre su falda, no aparta de ella la mirada de sus brillantes ojos negros. La abuela pierde algo de su gravedad y le sonríe pasándole la mano por su cabeza.

—¿Cuántos familiares viven contigo?

—Diez. Una de mis hijas cose, teje y borda. Otra, siembra maíz y frijol. Un hijo es jornalero y cohetero (la pólvora le voló hace un mes cuatro dedos de la mano izquierda). Los tres ayudan a los gastos de la casa, aunque yo pongo más que todos. ¿Qué le voy a hacer? Prefiero andar en trazas a que mis nietos tengan hambre. Ahora todavía puedo trabajar con los hongos. Cuando sea vieja y me falten las fuerzas, ¿qué será de nosotros? Por eso, mi mayor ilusión es poner una tiendecita en mi casa y vender a los caminantes comidas, cervezas y un poco de mercería. Tenía una tienda, pero me

tipo de curanderos —culebreros, rezanderos, *medicine-men*—, con los sacerdotes representantes de la religión católica y con los restos, muy importantes, de las antiguas religiones mesoamericanas.

A los mazatecos no les basta la religión católica y necesitan para calmar su hambre de elementos sagrados y mágicos, su voracidad insaciable, de un gran número de curanderos y brujos o de manipulaciones y prácticas que se realizan independientemente de los sacerdotes católicos o de los curanderos indios.

Sin ir más lejos, en la cuesta del cerro donde se apoya el hotel, brota un manantial habitado por el duende Chicún Nandá. El manantial corre a dos pasos de la escalera que conduce a los cuartos y gracias a sus aguas florecen allí begonias, dalias, claveles y crecen frondosos los helechos y las gigantescas hojas utilizadas por los mazatecos como paraguas y capas durante la estación lluviosa. Chicún Nandá aparece en forma de halo y a quien lo mira, según refiere la propietaria del hotel, Doña Rosaura, el duende con su red le arrebató el espíritu. Para tenerlo propicio, la gente todavía hace cuatro años le llevaba flores, huevos y palomas, y yo vi muchas veces los ramos dejados junto al chorro del agua por algunos viejos del pueblo. El lugar se considera peligroso debido a la presencia de Chicún Nandá y posiblemente a esta circunstancia se deba que el hotel —fuera de algunos turistas extranjeros atraídos por los hongos— esté desierto la mayor parte del año.

Con todo, lo más importante de esta mezcla religiosa, es la experiencia extática “considerada como la experiencia religiosa por excelencia”. No son pues los curanderos o los sacerdotes católicos los que predominan en la Sierra, sino los que recurren a los hongos sagrados, por ser ellos —dentro de una variedad de técnicas mal estudiadas— los especialistas “de un trance durante el cual su alma se cree abandona el cuerpo para emprender ascensiones al cielo o descendimientos al infierno”.⁵

Otro aspecto fundamental del chamán es su dominio de los espíritus. María invoca al Dueño de los Cerros, a los chaneques —duendes que arrebatan el alma a los asustados—, a la Virgen María, a San Pedro y a San Pablo; es capaz asimismo de ahuyentar a los malos espíritus —sobrenaturales indios o diablos más o menos católicos—, pero su guía y su fuerza es el mismo Espíritu Santo. María Sabina en materia de auxiliares divinos no se anda por las ramas. Va directamente a lo que es el manadero de lo divino, a la figura que preside la vasta jerarquía celestial, al Padre de Cristo y de todo lo creado. Ella lo invoca y es el Espíritu Santo el que desciende a su cabaña y permanece al lado izquierdo del altar durante las horas del éxtasis. Los asistentes a la ceremonia saben que está ahí, en un lugar preciso; pero son incapaces de verlo, ya que carecen del poder de María, mientras ella lo ve, le habla, le implora que le haga conocer la suerte destinada a los enfermos, y el Espíritu Santo la obedece conduciéndola a la región de los muertos o descubriéndole el velo que oculta el porvenir.

La iniciación de María culmina en su intervención con los viejos enfermos y poco después en su intervención con la hermana. Aquí también se cumple de manera rigurosa el esquema tradicional de una ceremonia iniciática: “sufrimien-

to, muerte y resurrección”. El sufrimiento se lo causan los golpes dados por el marido, golpes que la despedazan y la hacen sangrar —el despedazamiento del neófito entre los chamanes siberianos— o los sufrimientos provocados por una dosis anormal de hongos. La muerte, es no sólo la muerte que amenaza a los viejos y a la hermana, sino su muerte como mujer y campesina con el fin de emprender un nuevo camino, y la resurrección es también doble: se realiza en la milagrosa curación de los moribundos y en su propio ser, cuando un espíritu superior le muestra el libro de la sabiduría y María obtiene los poderes mágicos que harán de ella una gran curandera.

El santoral del mundo salvaje

Los chamanes representan el santoral del mundo salvaje. Si mantienen un predominio sobre millares de hombres es que ellos han sabido ganarse, por sus méritos, esta situación eminente. Un dón, un privilegio, una predestinación marcan al chamán y lo hacen distinto de los demás hombres. Las pruebas a que se somete, las increíbles proezas que realiza, su vigor físico, la maestría con que maneja las diversas técnicas de su competencia, el valor para afrontar los mayores riesgos, hacen de él un santo y un héroe casi extintos. María debe verse incluida en ese santoral. Cortadas las comunicaciones desde hace milenios, aislada en sus montañas, ella al igual que los yacutos, los australianos o los indios de América del Sur, sigue construyendo escalas y levantando mapas místicos en que concurren las entidades cada vez más divorciadas del cielo, de la tierra y del mundo subterráneo de los muertos.

No tiene conciencia de lo que representa su éxtasis chamánico, es decir, la nostalgia y el deseo por recuperar un estado “anterior a la caída”, pero ella asciende al cielo, habla con los dioses, mantiene estrecha comunicación con los espíritus, penetra en la región de los muertos —privilegio sólo concedido a los difuntos— y restablece los puentes rotos que una vez ligaron y dieron coherencia al mundo espiritual del hombre. Sabia herbolaria, curandera, cantante, maestra del éxtasis y maestra del alma humana, ha conquistado su prestigio por un dón, por “una fuerza que la agarra” y le permite abandonar su cuerpo y en buena medida, por una vida de prueba y sufrimientos nada comunes, por una abstinencia prolongada que le da acceso a los hongos y por una elevada consideración de su poder mágico orientado hacia el bien y no a causar daños como es la costumbre de algunos curanderos.

Aún los rasgos adjudicados al chamán perfecto convienen a los que muestra María en toda ocasión, ya que según los yacutos, “debe ser serio, tener tacto, saber convencer a los que le rodean; sobre todo, no debe parecer nunca presumido, orgulloso, violento. Debe sentirse en él una fuerza interior que no ofenda, pero que tenga conciencia de su poder”.⁶

María no es precisamente seria, sino grave y digna, como son casi siempre los indios. A pesar de que el auge de los hongos ha determinado la aparición de charlatanes sin escrúpulos, de los rencores y de los celos causados por la competencia comercial, no es violenta ni se expresa con acritud de los farsantes. Le-

jos de mostrar orgullo o presunción, viste un huipil mazateco desteñido y aun muy remendado del que asoman sus pies descalzos. De cerca, o después de tratarla algunos minutos, termina imponiéndose. Un dominio de sí misma, una perfecta naturalidad, una conciencia de su poder que sólo se expresa en la mirada profunda de sus ojos, unida al sosiego de toda su figura, hacen de ella ciertamente una personalidad extraordinaria. Sabe que es famosa —guarda los retratos y los artículos que se han publicado sobre ella—, pero no le gusta hablar del asunto. Como todos los suyos, es pequeña y delgada e incluso sería demasiado delgada si no fuera por los músculos cada vez más visibles que asoman bajo su piel oscura. El pelo, dividido por una raya, es negro todavía, como las cejas, espesas y abundantes, cosa rara en las indias; tiene los pómulos salientes, fuerte y ancha la nariz, la boca grande y elocuente. Su vida de campesina, el haber sostenido durante muchos años a su familia, los viajes que emprende a pie y las largas veladas donde ejerce su profesión de curandera, en las que canta cinco o seis horas, baila y maneja elementos de percusión, fuma y bebe aguardiente, no parecen haber disminuido su prodigiosa energía.

Muchos mazatecos suben a buscarla hasta su cabaña solitaria, le consultan sus problemas, tienen fe en sus curaciones, la rodean de consideración y respeto. María no le da una exagerada importancia a su elevada categoría. En vez de rodearse de misterio, se la ve en la calle cargada de bultos o sentarse llena de humildad en un rincón de la iglesia.

Su frecuentación y manejo de lo sagrado no le impiden cumplir sus deberes familiares y de tal modo aparecen unidas sus dos existencias, que no oficia en ninguna ceremonia sin que esté presente uno de sus nietos. El niño se duerme enroscado, como un cordero, apoyando la cabeza en sus piernas recogidas. María lo acaricia de tarde en tarde, y cuando despierta le ofrece pan o lo cubre con un rebozo. A Tolstoi, sin duda, le hubiera gustado conocer a esta pequeña vieja que habla con Dios cara a cara, vive en estado de pureza, gana su pan buscando remedios en la montaña y curando los padecimientos morales y físicos de los suyos, es una mística y al mismo tiempo una mujer que con grandes sacrificios y dolores va realizando esa tarea difícil —sobre todo en el campo mexicano— de sacar adelante —simplemente de hacer vivir— a los niños, a las mujeres y a los viejos de su numerosa familia.

¹ Mujer del síndico Cayetano García.

² “Wasson R. Gordon y otros. Cinta grabada de la ceremonia de hongos celebrada en Huautla, en 1958, con álbum de discos, transcripción del texto completo en mazateco, traducción anotada al español y al inglés y comentarios antropológicos, musicológicos y lingüísticos. En preparación”. Ficha 45 de la Bibliografía “The Hallucinogenic Mushrooms of Mexico and Psilocybine”. Universidad de Harvard. 1962.

³ Mircea Eliade. *El chamanismo y las técnicas arcaicas del éxtasis*. Fondo de Cultura Económica. México, 1960.

⁴ Obra citada.

⁵ Mircea Eliade. Obra citada.

⁶ Sieroszewski. *Du chamanisme d'après les croyances des Yakoutes*. Citado por Mircea Eliade.

El dibujo en México

CARRINGTON • PEDRO CORONEL •
GIRONELLA • von GUNTEN • ROJO
• SORIANO • TAMAYO • HÉCTOR
XAVIER • ZANABRIA



Gironella

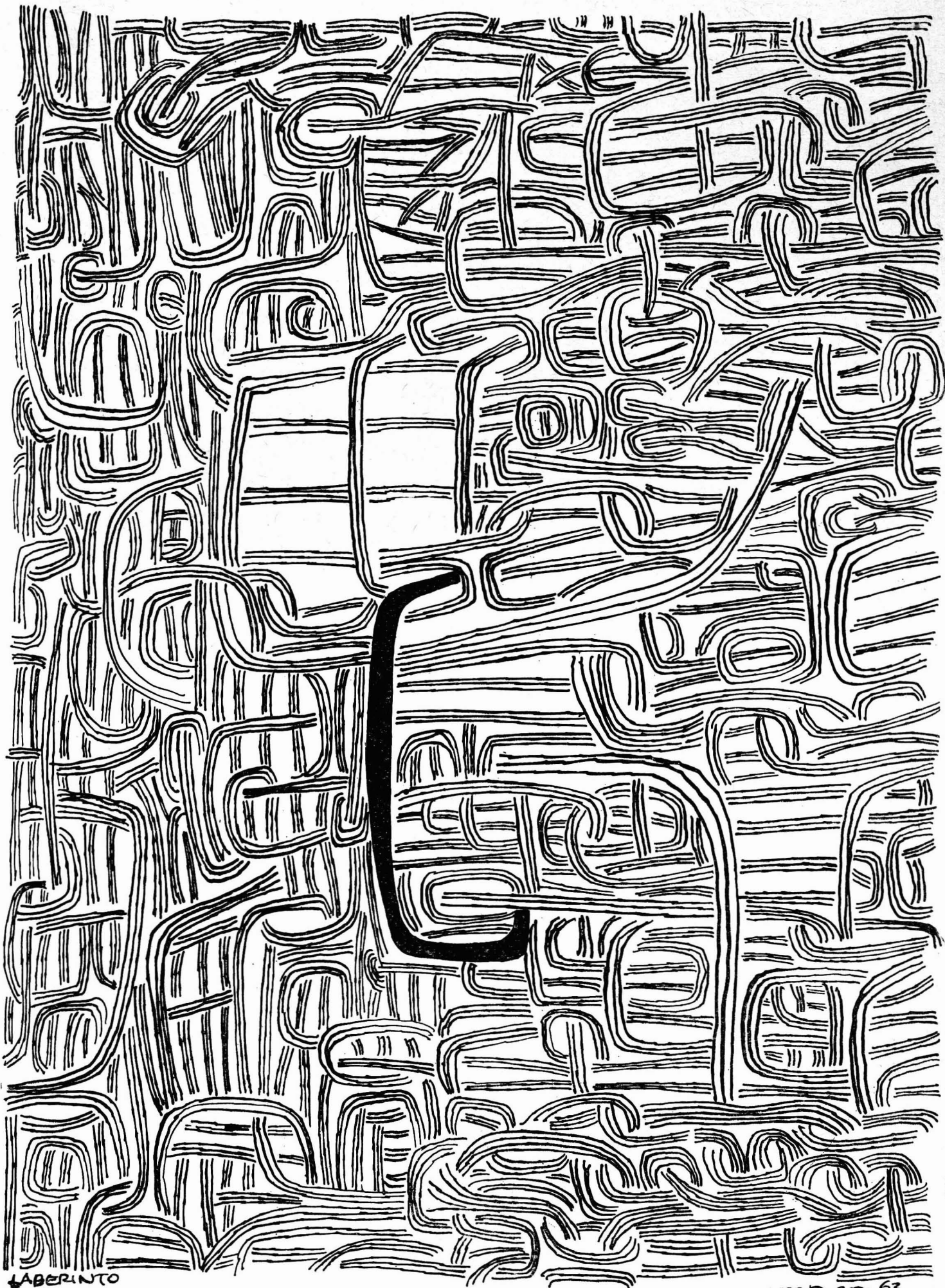
Actividad paralela a la pintura, pero que ocupa dentro de las artes plásticas un lugar propio, con exigencias particulares y posibilidades independientes, el dibujo ha sido un aspecto del trabajo creador al que por lo general se le ha prestado poca atención en México. Sin embargo, es indudable que tanto hoy como en el pasado nuestras artes plásticas se han visto continuamente enriquecidas con obras pertenecientes a esta rama que no desmerecen frente a la pintura del siglo XIX o las creaciones de los muralistas.

La *Revista de la Universidad de México* ha querido reunir en este número de aniversario una forzosamente limitada selección de dibujos de algunos de los artistas que durante estos diez años han colaborado generosamente con nosotros, ilustrando diversos textos en nuestra revista.

Sin pretender acercarnos a las posibilidades de lo que podría ser una antología del dibujo en México, hemos elegido algunos ejemplos de los artistas más representativos en la actualidad para con el propósito de que, sumadas a la portada realizada especialmente para nosotros por Rufino Tamayo, sus obras ofrezcan una imagen clara de la calidad de este aspecto de nuestras artes plásticas.



Leonora Carrington



Vicente Rojo

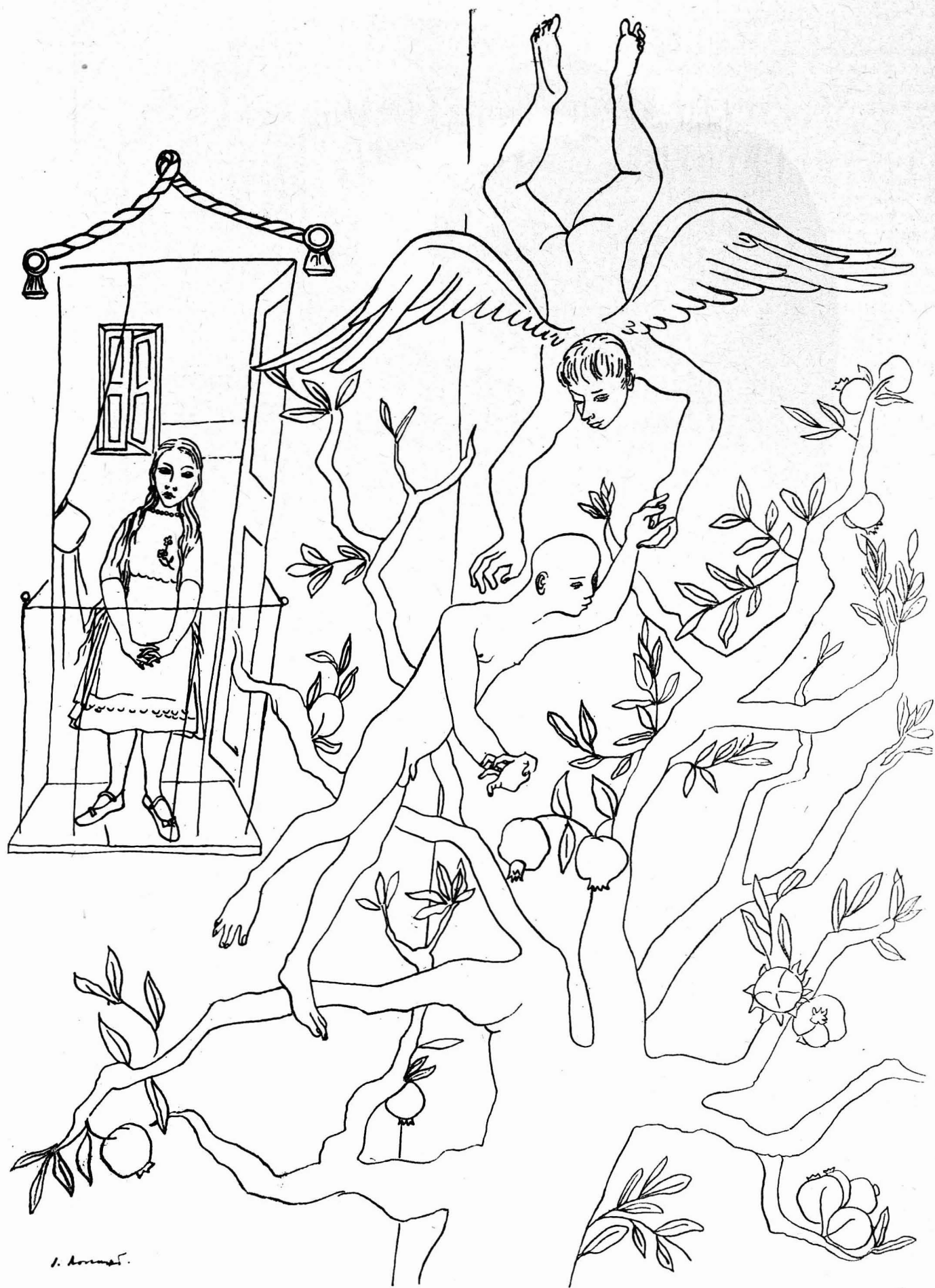




Roger Von Gunten



Zanabria



Juan Soriano



Pedro Coronel

Gota serena

Por Agustín YÁÑEZ

Dibujos de Pedro CORONEL

—No vean tanto la luna: les cae gota serena —pero era o el misterio y lo bonito que sonaba eso de *gota serena* —yo no me cansaba de repetir las recién descubiertas, armoniosas palabras—; o era, sí, esto en verdad era: el descubrimiento de la luna; el hecho fue que no me cansaba de verla, no pude despegar los ojos de aquel hechizo de tranquilo esplendor, ni salía de mi asombro por no haber conocido antes a la luna, o no haberme fijado en ella lo suficiente para gozarla bien a bien, como esa primera noche de su encuentro.

—¿Qué es la gota serena? —pregunté sin quitar la vista de la gran cara luminosa.

—Se quedan ciegos.

Tampoco entonces dejé de mirarla, bebiéndomela con los ojos, y pensando para mis adentros que aunque quisiera no podría cesar de verla y gozarla; pero que no lo quería: cualquier daño que sufriera bien valía la plácida contemplación.

Se quedan ciegos. Un miedo más en aquel mundo de miedos aparecidos en las bocas; pero que no comparecían a nuestra presencia en ese mundo extraño; mas lleno de magnificencias desconocidas: primero, el sol, el viento; luego, los campos, los arroyos crecidos, los árboles, los pájaros, los ganados, las veredas enyerbadas; de vuelta, el juego de los vientos y el sol sobre las peñas; después, la tarde, la tormenta, el arcoiris, las ranas y los grillos, los alumbradores; y al fin, la luna.

—Sobre todo esta luna de agosto es más mala que las otras.

Estábamos en agosto, sí, muchos meses esperado en aquella cárcel, bajo la promesa, con la esperanza de disfrutarlo en un mundo raro, que semanas y semanas dio trabajo a la fantasía: mundo sin calles, ni coches, ni anuncios, ni focos, ni relojes, ni prisas, ni apuros; mundo de caballos, de ojos de agua, de toros, de cajones de miel, de vacas, y elotes, y codornices, y frutas al alcance del antojo, y charcos para bañarse, y becerros para jinetear, y árboles para trepar y columpiar, y cerros, y tunas, y cuevas; mundo sin escuela, lleno de felicidad.

En el camino, a medida que nos acercábamos, fueron saliendo los miedos enmascarados en pláticas, encabezados por una palabra que no se caía de los labios: la canícula.

—Entramos en la canícula.

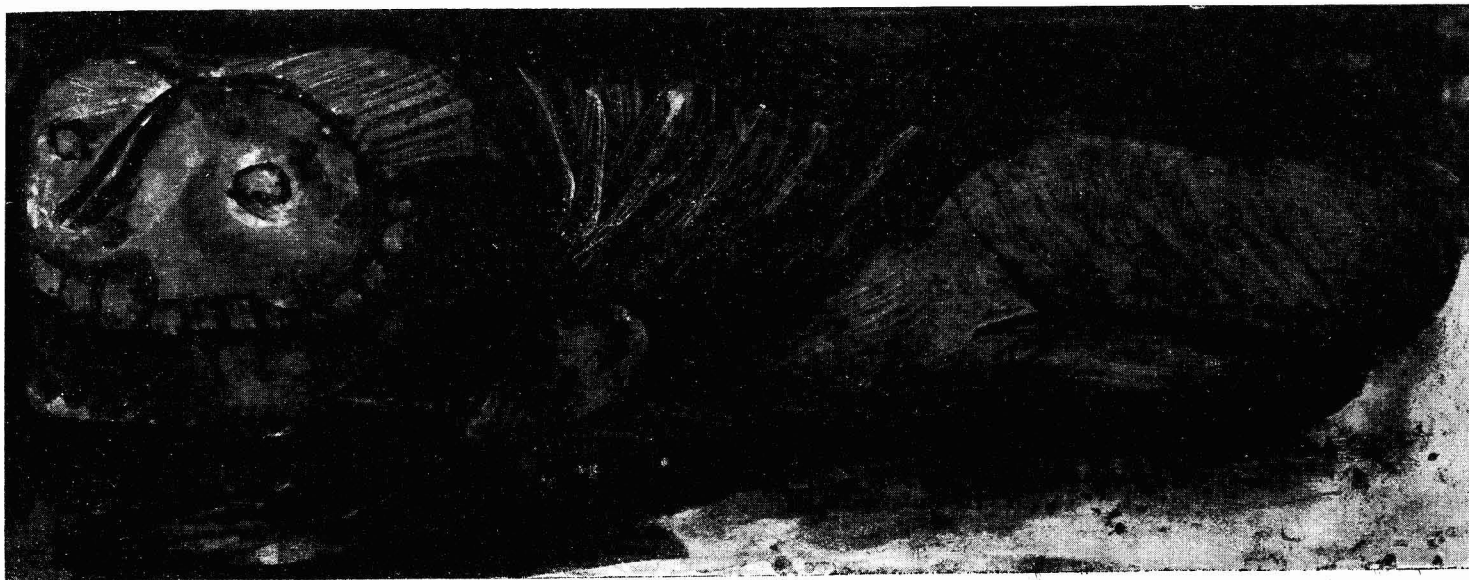
—Dios nos saque con bien de la canícula.

Molido por la caminata —habíamos abandonado la ciudad como fugitivos, a oscuras la madrugada, las calles todavía desiertas por completo—, ni quise ni pude preguntar qué terreno era ése a donde habíamos entrado y donde había riesgo de no salir con bien.

Tras la canícula mentaban el maldejojo, el chagüiste, los rayos y centellas, el carbón, el piojo, la garrapata, el maldeparto, el hervor de sangre, la puerpera, el tabardillo, el miserere, las andancias de todas clases, las criaturas y crías monstruos; toda especie de fenómenos; picazones de luna, locos mansos de repente furiosos; muchachas juidas; estropicios de coyotes, gavilanes y otras bestias dañeras; los granizales, alacranes y tarántulas, derriengues, desbarrancamientos, crecientes, mangas de langostas, aguas y frutas envenenadas, almas en pena, espíritus del mal, animales rabiosos, demonios con manos libres, toda

clase de microbios, daños y enconos; agonías; agonizantes; desgracias a puños; caballos desbocados, enloquecidos repentinamente; aires cargados de cáncer; pestilencias, y toda forma de muertes, por todas partes; repentinas o lentas, tremendas o segadas, esperadas, inesperadas o desesperadas. La muerte. La muerte. La pelona. Y la malamujer.

Pero el ejército de descubrimientos era más fuerte; ahuyentaba temores; avanzaba de sorpresa en sorpresa, conforme nos alejábamos de la ciudad, estrenando placeres desde antes de salir al camino. Desde mucho antes, y sin contar la larga espera de ver cumplida la promesa, ni las largas imaginaciones, las largas vísperas de agosto; simplemente desde la noche anterior al viaje, para no referir las ansias de contar semanas que faltaban, el ahínco de cobrar cada día lo prometido, el esfuerzo por pagar el precio de buenas calificaciones en los exámenes, la explosión de gusto cuando confirmado el premio se fijó la fecha de la escapatoria, el alboroto de los preparativos, las espantadas del sueño en el recreo de imaginar hazañas inminentes, la curiosidad a la llegada del arriero y el asistir al trato del flete con indicación de la hora en que al día siguiente deberíamos estar listos para la salida. Esa noche, de plano —por lo menos yo— no pudimos dormir, con el sobresalto de no despertar a tiempo, de andar con prisas o de que algo a última hora se nos olvidara; pero principalmente por el enjambre de soñadas peripecias. Creo que mi madre no reposó un momento: la oí toda la noche andar de un lado a otro, abriendo y cerrando cajones, preparando en la cocina el bastimento, llenando maletas, empacando utensilios: las luces prendidas toda la noche. Mucho antes de la hora fijada estábamos en pie, sin necesidad de que nos despertaran; tan temprano era, que mi madre instó a que nos acostáramos de vuelta; mas ya estábamos vestidos y despabilados; tarde se nos hacía que llegara el arriero; salimos a la calle para esperarlo; qué raro sonaban en la acera vacía nuestras ruidosas voces; desesperados por la tardanza volvimos a entrar, volvimos a salir; teníamos puestos ya los sombreros de palma propios para el sol; mi madre nos llamó *locos* y reclamó que tuviéramos juicio, que no comiéramos ansias; debíamos abrigarnos contra el aire de la madrugada; la contestación fue que no sentíamos frío; las reprimendas eran en especial para mí por ser el más alborotador y cabecilla de impacencias; el silencio del barrio dejaba oír con claridad las horas —qué lentas corrían— del reloj de catedral; acababan de sonar las cuatro cuando percibimos el trote del atajo, que al fin desembocó en la esquina; la revolución de la casa se multiplicó en gritos, carreras, recomendaciones, preguntas; quiso aún mi madre que tomáramos una taza de canela caliente y alguna pieza de pan, para no salir con aislamiento de estómago; entre velas que apagaba el viento y entre sombras, con increíble destreza, el arriero dejó bien afianzado el montón de maletas y demás avíos, nos distribuyó los burros y nos acomodó sobre los aparejos, cortó discusiones y ordenó la marcha. Las calles a esa hora facilitaban mil figuraciones llenas de misterio como en el cine: la de la evasión era la mayormente sensacional, revuelta en ratos con la de sitiados que



burlando al enemigo rompen riguroso sitio, y a ratos con la de israelitas al salir de Egipto; para luego cambiar por la de sombras que rondan las casas atemorizando sin dar a conocer si son malhechores, policías o fantasmas. Entraba en hacer de más emoción la aventura, el susto de divisar encendidas a lo lejos las linternas de los gendarmes, y el cortar la respiración para no ser sentidos al pasar junto a ellos; ni caso nos hacían, o se contentaban con mirarnos (algunos ni se movieron, acurrucados en los quicios donde dormitaban); simulando alegría por habernos escabullido (en el fondo era desencanto por el desaire), respirábamos a nuestras anchas, empeñados en inventar peligros y valentías. Frente a la garita hubo amagos formales; bastó que reconocieran al arriero para que sin dificultad nos dejaran pasar. De allí en adelante los burros trotaron, el arriero rompió a cantar y nosotros gritábamos, temerosos de caer en el abismo de tinieblas. —*No tengan pendiente: aquí el camino es muy parejo, las bestias lo conocen bien y los niños van amarrados*—decía el arriero. Ni siquiera las orejas de los burros podíamos distinguir en la oscuridad. Entonces inventamos —inventé yo— que a lomo de terribles bestias éramos arrebatados en vuelo ciego, y que valerosamente nos afianzábamos de las crines, resueltos a no sucumbir. Las últimas luces de la ciudad y hasta su rumbo se nos perdieron.

Lo bueno comenzó cuando el filo del cielo fue tiñéndose de claridad. O me había olvidado ya, o jamás había visto un amanecer. La primera en anunciar: —*¡El alba!*— fue mi madre; lo hizo antes de que apareciera fulgor alguno en el horizonte, guiada por el lucero de la mañana: —*¡Miraron cómo dio tres brinquitos?*—e inmediatamente comenzó a rezar: *El Ángel del Señor...* Yo recordé aquel grito de —*¡tierra!*— que nos enseñaron en la escuela cuando lo del descubrimiento de América, y también que para caminar de noche, los navegantes del pasado se orientaban, como los Magos, por este lucero, que me pesó no haber visto en el momento de sus brincos, por más que mi madre nos lo previno. Tardía, pero intensa, gozosamente me dediqué a contemplar el cielo estrellado, que la ciudad ocultó siempre, interponiendo el brillo bajo de sus focos. La maravilla me hizo suspirar, o quién sabe si la tristeza de haber perdido los saltos del lucero.

No acababa el rezo del alba, tan breve, cuando una raya gris, como de pizarra en la pizarra, o de tiza lechosa en el pizarrón, dibujó con torpeza de párvulo el ejercicio de montañas —*cadena* o *perfiles*: no recuerdo bien cómo lo llamaban—, que alguna vez hicimos en geografía. —*Cóbranse bien y cúbranse la cabeza: es la hora del rocío: no les vaya a hacer daño*—advirtió mi madre al terminar el rezo. Rápidamente, como esfumiño —lo aprendí a manejar en la misma clase de geografía cuando llegó el tiempo de hacer mapas—, la raya lechosa se expandió y le fueron saliendo colores, de más en más fuertes: violetas, morados, rosas, a medida que se apagaban las estrellas. Las cobijas, la pelambre de los burros estaban humedecidas, como cubiertas de sudor. —*Es la caída del rocío: miren las yerbas cubiertas de gotitas cristalinas*—dijo mi madre. Bajamos los ojos del cielo a la tierra, donde la claridad permitía ver las yerbas del campo, colmadas de aretes. Un maestro —ya no un párvulo— dibujaba la línea de los montes, igual a los paisajes en calendarios y tarjetas de Año Nuevo. —*Qué verde está el campo: da gusto*—; y el arriero: —*Ha llovido bonito este año, muy parejo*.

Me desentendí del campo para volver al cielo. No conocía el mar; pero en esos momentos lo figuré en toda su gloria. No habría mayor diferencia con el horizonte inacabable de colores que deslumbraban, más que a los ojos, al ánimo sorprendido. —*Nos va a hacer bonito día*— pronosticó el arriero y cantó a todo dar. Crecía el oleaje intenso de tonos azules, nacarados, verdes, oros, en confabulación de nubes que trazaban litorales portentosos. Un gran globo lento, de sangre, salió a la fiesta. No pude contener el impulso de cantar: la garganta lo rompió en estentóreo grito. El sol en alto, revestido de rayos, destruyó los diques de la ilusión marina.

Desde temprano habíamos encontrado, seguíamos encontrando atajos carboneros. —*Eh, cómo han acabado con todos estos bosques; yo los conocí todavía tupidos; da lástima ver la tierra pelona, llena de zanjones por donde se la lleva el agua*— el arriero bajaba la voz para continuar—; y éstos combinan el carbón con los asaltos cuando ven modo; allí donde los ven tan chifladores, no le dejan a uno ni lo encapillado: son rateros terribles; desde aquella loma, o escondidos en zanjones y cuevas, espían a sus víctimas desde lejos. —*No asuste a los muchachos*—dijo mi madre. Cambió el arriero de conversación: —*Señora, ya se divisa la hacienda del Consuelo, donde puede conseguirse leche y tortillas calientes*. —*Allí desayunaremos*.

Las piernas dormidas al bajar del burro y dar unos pasos. El más rico jocoque, las más sabrosas tortillas de mi vida. El



viento puro antes nunca respirado. El olor excitante de la tierra. La jornada de sol que nos esperaba por caminos frágiles. El trepar otra vez los burros tras el descanso, con mayor alboroto.

Esto fue andar entre nuevas admiraciones y amenazas, como juego del da y quita. Cuan presto nos encantaba el vuelo, el canto de pájaros jamás oídos ni vistos (ese día conocí a los carpinteros, a las chirinas, a los tildíos, a las calandrias), nos arredaba el rosario de cruces que a un lado del camino señalan sitios de muertes violentas, narradas minuciosamente por el arriero. Si nos recreaba oír un a modo de orquesta que hacía el viento entre los árboles, el arriero soltaba los espantajos de cuántas veces vio tupidos de ahorcados esos bosques, cuando la revolución, y cómo, por lo angosto del camino, testereaba los pies tiesos, las tirlangas de los cuerpos, que servían de instrumentos a la orquesta del aire. Si hallábamos ojos de agua o regatos cristalinos, y nos arrojaba la sed a beber arrodillados, y el calor a empapar cara y brazos, atronaban las prevenciones de cerrar los ojos, de no mojar la ropa, de soplar en forma de cruz para espantar microbios, venenos y malos espíritus, antes de beber; con lo que la alegría del agua encontrada, y de la música producida por los arroyos al correr, al caer entre piedras, y de sus reflejos al sol, se enturbiaba.

Apareció, y se metió por las orejas, y se quedó en los ojos el espectro de la canícula, repetido de allí en adelante como letanía de difuntos. Atrás venían, según ya he dicho, las otras facinerosas palabras: maldejo, chagüiste y demás chusma, engrosada mientras nos internábamos por caminos de más en más estrechos, montañosos; y el sol pegaba con fuerza sin misericordia. Los burros mismos caminaban con dificultad, arreados a chiflidos y chicotazos, cansados con su inacabable zangoloteo.

Por eso no quise ni pude salir de dudas en lo de la canícula, imaginada como territorio prohibido al que habíamos entrado como a boca de lobo y callejón sin salida. Lo que dimos en preguntar, cada vez con mayor apuro, fue a qué horas llegaríamos, cuánto faltaba para llegar. El arriero trataba de divertirnos con historias extrañas de tesoros y aparecidos, de chocarrerías y desastres. Quisimos también saber qué hora era, y nos burlábamos del arriero cuando dijo que faltaba mucho para las doce; ¿cómo, si habíamos caminado una eternidad? La burla se hizo duro acatamiento cuando el oráculo que nos guiaba explicó calmadamente la posición del sol y el sesgo de la sombra. —*No tenían tanto alboroto por el viaje? Ahora se aguantan*—dijo mi madre. No hubo más remedio que soportar el traqueteo e inventar motivos de diversión, que se habían acabado con el cansancio. Pronto volvimos a neciar con preguntas. Compadecido, el arriero anunció que pronto llegaríamos al río Achichilco, donde hay sombra para sestear y agua para los animales: —*Paraje chulo, muy fresco, lleno de colores en este tiempo, y hasta de garzas reales; ya verán qué colores de las aguas en las represas, igual que pinturas de lo fino que pueda imaginarse, y quién sabe si hasta nos toque ver aguillitas; paraje lindo, de veras, que yo mismo no me canso de ver cuando paso, y más en estos días de la canícula*.

Resultó cierto: bonito de verdad. Lo distinguimos desde lejos. Parecía sueño. Aunque más chico, era el mar del amanecer, color de rosa. Blancas, rosas, nacaradas, volaban las garzas a montones, más claras a medida que nos acercábamos. El campo tupido de mirasoles, yedras, tempranillas, manzanillas, sanicolases, santamarías y otros nombres dichos en competencia por mi madre y el arriero. Y árboles de frondosas cúpulas. Y el

espejo de las aguas tornasoladas. —¿Esto es un río?—Un río represado para la siembra de trigo.

Descendimos. Aventuramos pasos. Desapareció el cansancio. Nos arrimamos a los bordos. Asistimos al milagro de los lirios; pero mayor era el de los lotos, extendidos como estrellas en el cielo de aguas coloradas, donde también se veía el sol, y encandilaba.

El arriero se multiplicaba en hacer una lumbrada olorosa para calentar el bastimento con rajas resinosas y yerbas; en aflojar los aparejos para que los burros descansaran; en curarles, a unos, las mataduras, y a otros las patas espinadas. Comimos a la sombra de grandes árboles; luego nos tendimos, cara al cielo, que se había ido cubriendo de gigantescas nubes luminosas, propias para las invenciones de la fantasía desocupada y feliz. Qué hora, qué sitio dichoso, al fiel del medio día definitivamente libres de la doble cárcel: ciudad y escuela. Las nubes, las garzas, las altas aguilillas, la mar tornasol sembrada de lotos, ahuyentada la canícula, y los otros terrores invisibles, y el cansancio.—Tenemos que darnos prisa, no sea que nos llueva temprano—la voz agorera rompió el encanto con sarta de amenazas—; el camino se ponga lodoso, las crecientes no nos dejen pasar, haya riesgo de rayos, la noche nos agarre.

Nos dimos prisa; pero nos llovió. Pudimos probar las muchas emociones —atizadas por los pronósticos del arriero—, desde que la tormenta se pone hasta que se va; las esperanzas de que se la lleve el viento; el avance negro de nubes que cubren el cielo y pueblan la tierra de tinieblas; el desastre del huracán y el horror de relámpagos y rayos a campo abierto, en el desamparo del camino. Chicoteaba, gritaba rudezas el arriero apresurando al hatajo; nos consolaba diciendo que la tempestad pasaría pronto, según era la furia del aire, zumbando en remolino, detenido el paso de las bestias, amenazando con arrancarnos de los aparejos y levantarnos en vuelo. Esta vez no eran imaginaciones ociosas: era el poder de la naturaleza en su siniestra majestad. Por más que corrimos, nos empapamos; el granizo nos golpeó antes de alcanzar a guarecernos en el tejabán de la más cercana ranchería. Los vapores de la tierra y la casi completa oscuridad en que había caído la tarde nos ocultaban el mundo con cerrado telón. Lejos de serenarnos, las invocaciones de mi madre nos infundían terror. ¿Esto era la canícula o el fin del universo? El arriero: —Ya verán qué pronto pasa; lo bueno es que no llovió en la sierra y las crecientes no nos detendrán. Mi duda: —¿Y si sí, por mala suerte? El arriero: —Ni modo entonces de volar: dormiríamos al raso.

Los truenos fueron los primeros en alejarse y retumbar a distancia. Brotó el arcoiris. Con la misma rapidez de las tinieblas, el cielo se limpió. El sol apareció más brillante, todavía muy alto. El oráculo afirmó que serían las tres de la tarde. Brillaban los cerros, los árboles, las labores, los pastos, la tierra que pisábamos. Los pulmones respiraban alegría. Sentíamos alas, ímpetus de volar. También las bestias. —Es que ya huelen la querencia —sentenció el arriero; la buena nueva no se hizo esperar: —Primero Dios, dentro de una hora estaremos llegando.

Olvidaba decir que íbamos al rancho de unos tíos, primos hermanos de mi madre. Invitación aplazada de año en año, de unas vacaciones a otras, nunca conseguíamos romper la cárcel de que ya he hablado, lo que aumentaba la tentación de vernos libres en el paraíso que día con día recordaba mi madre, quien también tenía la ilusión de regresar, tras largos años de destierro, desde que se casó. Nosotros, ninguno de la familia nos habíamos despegado jamás de la ciudad en que nacimos y crecimos. Parecía imposible lograrlo. Pero conocíamos, nos era familiar, y puedo decir que vivíamos metidos en la magia de los campos por donde desde chicos oímos correr las añoranzas maternas.

El arriero seguía empeñado —y con mayor tirria cuanto se acercaba más el término de la jornada—, seguía empeñado en borrar —igual que hacíamos con las láminas de sucesos y personajes que nos caían mal en los libros escolares—, empeñado en garabatear la imagen venturosa que durante tanto tiempo vinimos fabricando. Propuesto a no desperdiciar el rato que faltaba, tupió consejas y cuentos, la lengua sin parar, previniéndonos de charcos traicioneros en el río, de crecientes que llegan repentinas, de frutas dañosas, de animales alevosos, de balas perdidas, de borrachos pendencieros, de pestilencias, de muertes que acechan a cada paso. Inútilmente mi madre le cambiaba la conversación. El hombre no salía de los mismos temas: —Con la canícula se han soltado muchos perros del mal en todos estos rumbos, y hasta gatos y toros hay contagiados... La otra semana se ahogaron tres muchachillos en el charco del recodo... y otro se murió de piquete ponzoñoso...

Lo que nos impresionó más fue la historia de Cuco Lurio. —Tengan mucho cuidado con él; aunque de costumbre no hace nada, es un bembo, un bienaventurado manso, se pone a veces

furioso con los desconocidos o con los que lo cucan, como chuchos bravos, la boca echando espumarajos, los ojos inyectados de sangre, saliéndosele, como toro enyerbado, se necesitan varios hombres para sujetarlo, pues quién sabe de dónde le vienen tantas fuerzas cuando se pone así el idiota sordomudo...

La llegada de tíos y primos, que venían a encontrarnos, cortó las temerosas historias; las echó al olvido. Apeamos en el rancho con muy buen sol. Tuvimos harta luz todavía para descargar tanta curiosidad por conocer alrededores y rincones de que oímos hablar siempre: la sala, el depósito, la cocina, las piezas, los corrales, el río, la huerta, las terrazas, el plan, el cerro grande. Como brasas al rojo vivo, colosales nubes amontonadas prolongaron la tarde hasta muy noche. Merendamos al pardear el día, oyendo el concierto de ranas, recontando las peripecias del día, formando planes para dar todo lo ancho a la conquistada libertad. Presentáronse los alumbradores; nos divertimos en atraparlos. Ningún cansancio experimentábamos. El tiempo pasaba sin ser sentido. Jugamos a las escondidas y a otros juegos chistosos, chistosos principalmente por el desconocimiento de la casa, que daba lugar a chascos.

Fue cuando alguien dijo:

—Ya salió la luna; vamos al patio grande.

Fue cuando reconocí que, hasta entonces, la ciudad me había impedido conocer bien la luna.

Fue cuando el descubrimiento me ensimismó.

Y cuando sonaron, gustándome, sin asustarme, las palabras:

—Cae gota serena.

Y cuando pensé: —tanto miedo mentado, que no aparece por ninguna parte, sino al contrario: todo resulta sorpresa bonita, y más, muchísimo más, este raro embeleso, como hechizo, de la luna.

—Esta luna de agosto, la más mala.



Fue cuando pensé que aunque quisiera no podría dejar de verla y gozarla.

Cuando una voz espantada clamó:

—Se están poniendo las palmas —y vi unas nubes embijadas en el cielo, a modo de grandes hojas estiradas.

El azoro cundió:

—¡La calma! ¡La calma de agosto!

—Dios nos ampare.

Me atreví a preguntar. Supe que aquello significaba la suspensión de las lluvias. No comprendí el grado de consternación que la noticia les producía; la exasperación con que nos ordenaron:

—Pronto: ¡a dormir! —sin apelación.

Olvidados de la gota serena, de la calma y demás riesgos que atronaron las orejas en el día, dormimos de un tirón, como patriarcas; con la tranquilidad de los patriarcas, según dijo mi tío.

Los cantos de gallos, los mugidos, ladridos, rebuznos y voces despreocupadas nos despertaron temprano. No tan temprano, como me proponía, para ver los brincos del lucero. Había amanecido. El aire tenía no sé qué de sofocante y extraño. Como extraña era la luz —parecía de cobre—, al rumbo del cielo por donde sale el sol. En el aire reconocí espeso sabor de cobre. Como el color de las nubes amontonadas en los cerros.

Comenzamos el día por la ordeña, para tomar leche al pie de la vaca. Luego nos dimos a brincar cercas y terrazas en busca de frutas caídas durante la noche: duraznos, granadas, albrichigos, guayabas, capulines. Sacudíamos las ramas. Probamos el riesgo de trepar a los árboles altos de la huerta y escondernos como pájaros, dando pequeños gritos para que nos descubrieran los que andaban abajo. Nos bañó la luz del sol, que hacía brillar, bañando, a los árboles y a los montes. Hicimos temblar al sol, arrojando flores y frutas al estanco donde se retrataba, y donde las aguas estremecidas resplandecían sus oros al fuego. ¿Dónde, dónde hallaríamos a la canícula escondida y a los otros maleficios, que atrevidamente buscábamos en la umbría de la huerta, detrás de los árboles, abajo de las piedras, en la pulpa de las frutas? ¿Dónde, cuándo aparecería la gota serena o Cuco Lurio? Se reían forzosamente mis primos al oír las preguntas.

Gruñidos estridentes, mientras almorzábamos, nos atrajeron al patio donde gocé anoche a la luna.

—¡Vamos a ver matar al puerco!

Era el sacrificio prometido para celebrar nuestra llegada, conforme habían dicho: —Mataremos un puerco y le haremos fiesta completa.

Lo traían estirando. A la sombra de un pirul, cerca de un cazo al fuego, dos hombres lo tumbaron panza arriba, sujetándolo de las patas; y otro, rápidamente, le metió un punzón en el codillo; salió un arco de sangre que prestamente apearon en un bote; se hizo necesario que otros hombres ayudaran a resistir la lucha desesperada del animal por soltarse. Rápidamente, con un cuchillo rasgaron el cuero por media barriga, como si fuera papel, arrancándole la grasa, que aventaban en pedazos blancos al cazo. Habían cesado poco a poco los gruñidos, la furiosa resistencia de patas y dientes. El cuero quedó completamente desprendido, tendido como tapete. Lo que más me sorprendía, y acabó por enojarme y entristecerme, fue la cara sañosa del matancero y la ninguna lástima de los que presenciaban la carnicería tan alevosa del indefenso. El cuerpo inerte iba de un lado a otro según las tasajadas que le daban, vaciándolo. Nadie de los presentes mostraba repugnancia por ver la asadura, las tripas con cochínada, el güerguello, las costillas quebradas, el espinazo, la cabeza rasurada, que iban colgando en lazos, repartiendo en cazuelas y lebrillos, o echando al cazo prendido, sin que la sangre fría del carnicero desperdiciara nada. Con ganas de vomitar, no quise ver el fin de la matanza. Con punzadas de cabeza me retiré, me tendí en el catre, oyendo los gruñidos del puerco, sintiendo sus convulsiones, viendo sangre por todas partes, hasta cuando cerraba los ojos.

—He conocido el rostro de la crueldad —reflexioné a solas, martillando la frase como loco, la lengua con sabor a cobre, lo que me hizo recordar el extraño amanecer.

Bocarriba, la vista fija en los morillos del techo donde colgaban telarañas y había nidos de golondrinas; brincaba el pulso retumbando en las sienes; congoja de haber caído en destierro sin salida; refugiado en contar y volver a contar los morillos; definitivamente lejos de la luna; definitivamente cerca, en espera inminente de la gota serena, de la canícula, de la mala mujer y de los otros males, retoñados con fuerza en las punzadas de cabeza, en el sobresalto del pecho.

Irrumpieron a gritos los muchachos: era la hora prometida de ir a bañarnos en el río. Rehusé. Acudió mi madre —venía de

la cocina, los brazos y el mandil sucios de sangre y grasa—, me amonestó:

—Tanto alboroto y ahora sales con encerrarte. Anda: el sol, el aire libre te harán provecho para que vengas con apetito a la fiesta del puerco.

En el patio, entre la humareda maloliente del cazo donde los chicharrones hervían, distinguí a un hombre muy alto, seco, tieso, como santo de palo, que hablaba sin mover la cara, con lentos ademanes de los puños mecánicamente levantados como goznes; izaba un bordón en la mano derecha; su voz era clara, pausada; la barba blanca, en piocha de algodones enmarañados; los ojos en blanco, inmóviles, como huevos cocidos.

—Es tío Zancas el de la Majada. Le cayó gota serena cuando muchacho. Viene al olor de la fritanga. Es adivino.

El ciego hablaba con sonsonete de recitación. Erguido. Los oyentes lanzaban miradas de desconsuelo. Se había formado una enorme nube cincelada en plata maciza con figura de cuernos.

—Es el Yunque. Confirma el anuncio de las Palmas, anoche. ¡Mal! ¡muy mal!

—Hay que andar muy prevenidos en estos días en que se da suelta a los espíritus malignos, y no exponerse al peligro —declamaba el ciego.

Nube única en el inmenso cielo de azul profundo; encandilaban sus destellos al sol, mientras por el lado contrario sus contornos eran sombríos. El ciego proseguía:

—Eh, cuántas calamidades veo venir, Dios nos saque con bien al otro lado.

Bonita la bajada al río por entre huertas llenas de frutas y pájaros. Bonito el cauce del río encajonado en peñas de colores y con valla de árboles frondosos que siguen las curvas de la corriente, abrigándola. Bonitos rincones, recodos del camino, que dan ganas de allí quedarnos a su frescura, música y misterio, nada más que vence la tentación de seguir en busca de nuevos recreos para los ojos y la fantasía: cuevas, escondrijos, paraísos perdidos, hilos rumorosos que bajan de las laderas, atraviesan filtros de piedras, pastos de flores, y van a dar al río. Bonitos los charcos a la sombra de sabinos, álamos, chopos y sauces. Bonito bordear el curso de las aguas acá remansadas, allá tumultuosas. Todo tan bonito, tan festival —dondequiera se posara la vista—, que por encanto se disiparon las imágenes ingratas, el malestar de los augurios; y el dolor de cabeza desapareció.

—Sí, ¡la maté! ¡la maté! ¡una aguililla! ¡estoy seguro: es aguililla!

Entretenido en la contemplación de paisajes que se sucedían, olvidé a los muchachos; ni cuenta me di de que a pedradas y resorterazos mataban pájaros. Los gritos alegres del primo mayor llevaron mi atención a la pandilla de asesinos: corrían, brincaban en busca de la pieza cazada; unos más, otros menos, todos traían atadidos de aves muertas: congas, güilotas, codornices.

—¿Qué les dije? ¡Mírenla qué chula y bien dada! todavía sacude las alas, agonizando —el primo levantaba en la mano un gran pájaro, y se jactaba—: con lo trabajoso que son de pegarles, miren qué alas relucientes, qué pico largo tan duro; es como para conservarla desecada.

—Hubiéramos traído escopetas y rifles.

—¿Cómo? Aquí los cuates catrines de la ciudad se habrían asustado; ¿no los estás viendo tan fruncidos?

Caí entonces en la cuenta de que los primos y demás muchachos del rancho nos habían recibido y desde anoche nos veían con envidia y burla, rencorosamente; al mismo tiempo descubrí que, por lo menos a mí, me causaban repugnancia, primero por groseros y ahora por crueles; no había sido tanto la matanza del puerco, sino la maldad que brillaba en las caras de los rancheros, la causa de mi malestar.

—¿No ves que ni tirar piedras saben? Lo hacen como viejas y ni a la orilla del río alcanzan: les falta pote.

—Serán muy leídos y muy políticos; pero incapaces de montarle al pelo a un potrillo.

—Y hasta de espantarse los zancudos.

Me colmaron el copete, y aunque conocí que no tenía sus fuerzas ni sus mañas, y que tenía miedo a sus rudezas, los encaré:

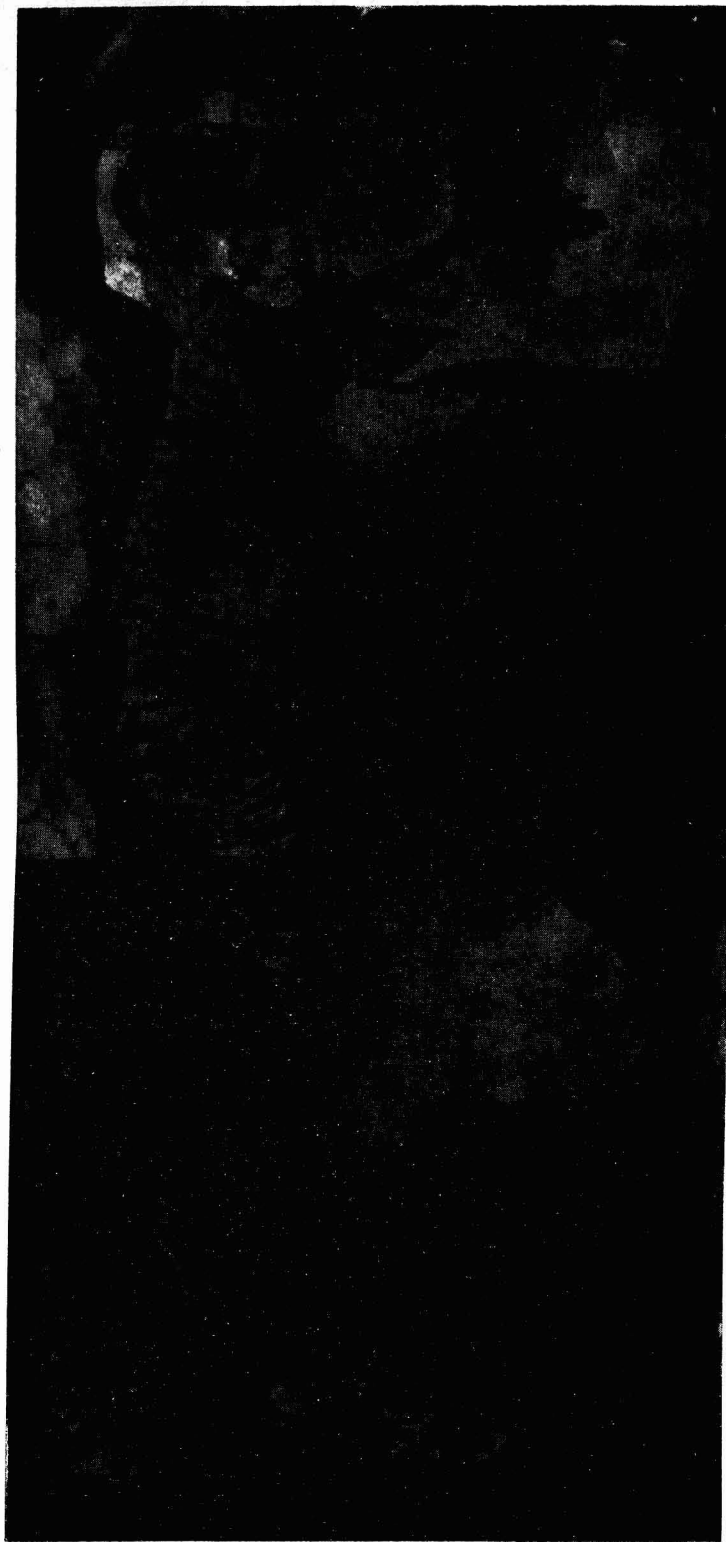
—Ultimadamente, ¿para esto nos convidaron a su cochino rancho? si lo que quieren es pleito, ¡a darle, montoneros! —y esgrimi los puños apretados, enfurecidos.

El montón se me dejó venir con piedras en la mano; pero el primo mayor los contuvo:

—¿Para qué quieren que luego vayan a rajarse con los tatas y se nos aparezca juandiego? ¡déjenlos!

Todavía tuve calma para gritarle:

—Rajones, ustedes; no nosotros.



Y él, conciliador, con risa pazguata, entre burlona y amable: —Así me gustan los machos. Lo que queríamos era calarlos, a ver si como presumen responden.

—Pues a calar... melones, tarugos...

Nos distrajerón unos gritos:

—Miren lo que maté —pendiente de un varejón, una víbora. El muchacho que la traía me la lanzó; ardido como estaba, la cogí en el aire, con repugnancia, por no decir con horror, y la tiré al rostro de uno de los más impertinentes, que no pudo reprimir el espanto; por poco grito —¡vean quién es aquí la vieja cobarde!—; no lo hice para no empeorar las cosas con aquellos que no tenían otra diversión que matar y hacer daño. Risas y cuchufletas apabullaron el tardío impulso del miedoso en mi contra. Seguimos río arriba en busca del charco donde habríamos de bañarnos. Menudeaban los malos augurios, las amenazas.

—A ver si cuando aparezca Cuco Lurio pueden correr, o si sale un perro del mal o un toro bravo...

—No hay cosa que a Cuco enfurezca más como encontrar catrines...

—Aquí se desbarrancó un buey la otra semana y aquí mismo lo destazaron...

—En ese charco se ahogó la hija de tío Zancas el año pasado por estos días...

—Son muy traicioneros todos estos charcos, tienen remolinos que suerben como embudos por unos abujeros que hay en el fondo; muchos cristianos no han vuelto a salir ni se han hallado sus cuerpos, pero es bonito luchar contra ellos.

Llegamos al charco del recodo. Sombrió. Remetido en una especie de concha o cueva formada por el tajo de alta peña. Las aguas inmóviles, verdosas, rodeadas de sabinos corpulentos en semicírculo frente al desfiladero. Sentí miedo. Me guardé de manifestarlo; antes di traza de ser el primero en desvestirme, animoso.

—Si de pronto llegara una corriente de la sierra, como seguido pasa en tiempo de aguas, nos arrastraría sin remedio; el año pasado, para no ir más lejos, arrastró ganados y cristianos, inesperadamente...

Las malas intenciones en contra nuestra les salían a la cara; ni las disimulaban, espionando que nos descuidáramos.

—Si eres tan hombre, tírate al agua desde la peña.

—Ponme tú la muestra y te seguiré.

Sí, por lo menos tratarían de sumirme en lo hondo, de sofocarme, de hacerme tragar agua, o cualquier otra mala pasada.

Camelándonos mutuamente, ninguno acababa de desvertirse o dar traza de echarse al charco. Muy despacio me quité la camisa.

—Vámoslos capando como hicimos con aquel catrincillo.

Echáronseme encima, me sujetaron bruscamente, me derribaron, lucharon por inmovilizarme con las piernas y los brazos extendidos. Vi alzada una navaja.

—A ver, yo, que es mi oficio con chivos y perros.

—Por lo menos vamos a salarlo.

Sus fuerzas juntas no lograban quietarme. A pesar de que no tenía zapatos, pude sacarles sangre de la nariz y de los labios a fuerza de patadas y puñetazos.

—Háganle una ñenga.

—No —dijo el mayor de los primos—, mejor échelo encueñado en aquella mata —y al decirlo pasó una luz maligna por sus ojos. Dicho y hecho, me levantaron en peso y me arrojaron sobre una yedra que tenía en el suelo sus guías. Aullidos, bramidos de bestia se dejaron oír, desesperados, retumbando en la peña. Los pandilleros corrieron al grito pavoroso de: —¡Cuco Lurio! ¡Cuco Lurio!— al tiempo que tupían las piedras de lo alto en el charco, en los arenales del río, detrás de los fugitivos, en furiosa persecución. Alcé la vista, incorporándome con rapidez. Un a modo de caricatura se movía como energúmeno arriba de la peña, gruñendo espantosamente, gesticulando, lanzando piedras con fuerza y destreza, sin parar. Era un fenómeno, un enano, una cabezota bestial con mucho de perro chato y de gorila, saliéndosele los ojos que le llenaban la cara y se le derramaban sobre la boca chueca, horripilante. Corrí, junté parte de mi ropa, busqué refugio tras de un sabino; pareció enfurecerse más al verme desnudo; maquinalmente me puse los calzones, la camisa; no encontré los pantalones ni la chaqueta; el monstruo seguía vociferando sonidos ininteligibles; comencé a sentir un ardor cada vez más rápidamente atroz en la espalda, en los brazos y muslos; cogí en la mano los zapatos y, cuidándome de la lluvia de piedras, brinqué junto al árbol inmediato; ¡cuán eterno se me hizo el escaso trecho y la espera de la pedrada que parecía inevitable!; ahuyentados los muchachos, el espantajo dejó de tirar, aunque me dirigía gruñidos, accionando frenéticamente; temí que bajara de prisa y diera sobre de mí, abandonado y descalzo; por otro lado el ardor de lumbre que me abrasaba todo el cuerpo era insoportable, al grado de no hacer ya caso del idiota, y olvidarse por completo, cuando descubrí con terror que me salían ronchas por todas partes y la piel se ampollaba, se ampollaba cada vez más; grité, pedí auxilio, aullé, y el eco sobre las rocas hacía más pavorosa mi desolación; rompí a llorar; no me cupo duda: la canícula me había hecho lazarino; para que nada faltara a la desesperación, sentí subir a los ojos el ardor, sentía que se me hinchaban, vi que se me salían como bombas de jabón; que pronto reventarían.

—¡La gota serena! ¡¡Ya me cayó!! ¡¡me cayó!!

Mi cuerpo era una viva llama que con violencia se derretía. En un relámpago vi que para siempre se alejaba mi ciudad; que nunca jamás la vería; ni recorrería sus calles, ni me recrearía en sus jardines y plazas; recordé con dulzura y ternura a la escuela; repasé los rostros de mis compañeros, el gusto de nuestros juegos, el acento de sus voces. Todo daba vuelta en mi ceguera iluminada. Sentí derrumbarme, morir. No supe más de mí, de nada.

En la eterna noche oscura que siguió, dominaban unas palabras en miserere:

—Fue la mala mujer. Lo picó la mala mujer. Son ronchas de mala mujer. Se cayó, lo aventaron en la mala mujer.

Pascua Florida

Como quien sale de escuchar por dentro
—en cárcel, ciego, desastrado—
y entra en la lumbré cenital del coro.

Como quien fue parido con memoria
dentro de sí de nuevo, bien nacido
voy jovialmente, y en mi piel gastada.

Así llegó al ayuno, al indigente,
al cuaresmal atónito, la regia
boca que nombra el fuego, la anunciada
Pascua, la señal ineludible
de la resurrección: la regidora.

Amaneciendo, son festivos
los cuatro cirios establecedores
del lugar de mi cuerpo; trasmutadas
se alegran las campanas lúgubres,
y el bautismo y la boda echan a vuelo,
al clarear, la peña del sepulcro.

La carne alumbra coronada
de olientes flores amarillas, de morados
licenzos vestida, de frutal incienso.

Y tú madre, y tú hija, y tú señora
la enamorada, yo el desenterrado,
casa tienes en mí, vida guardada,
templo viviente, pan eterno.

Y florece de júbilo la alcoba
con su sensual planeta a cuestras, y estrenadas
dan su flor las sábanas nupciales
de tu cama, y santa y floreciente
la lengua puerperal sabe a tu vino,
y lustral de tus pechos mana leche
florida. Trenza pura, primavera.

Sacramental aroma, abril del viejo;
vencida calle amarga, gozo;
amargoso alimento del reunido.

Y qué si el rostro carcomido por fuera
duele, y se rajan de salitre
superficial los huesos de la mano
que tocas, y si dentro del espejo,
sacerdotal, sin nombre propio,
diente con diente brilla el hueso riéndose.

Rubén Bonifaz Nuño

El mito náhuatl de los orígenes de la cultura

Por Miguel LEÓN-PORTILLA

Poco conocido es el que llamaremos mito o leyenda náhuatl sobre los orígenes de formas de cultura superior en el México antiguo. Varios cronistas, entre ellos Motolinía, Sahagún y Torquemada, aluden a él. Pero la versión más antigua la debemos a los mismos indígenas que, pocos años después de la Conquista, pusieron por escrito, en su propia lengua y sirviéndose ya del alfabeto, las antiguas tradiciones aprendidas en los calmécac, o centros de educación superior, y conservadas también en sus libros de pinturas. El mito de los orígenes culturales está incluido en el Códice Matritense de la Academia de la Historia y proviene directamente de los ancianos informantes, a quienes reiteradamente interrogó fray Bernardino de Sahagún.

El antiguo texto, cuya versión aquí ofrecemos, forma parte de una sección que podría describirse como un pequeño tratado de etnografía prehispánica. Sahagún dio una versión resumida y comentada de él en el Capítulo XXIX del Libro X de su Historia General de las Cosas de Nueva España.

Los informantes indígenas refieren lo que saben acerca de las diversas naciones o pueblos que viven o han vivido en el Anáhuac y aún más allá de éste. Comienzan por describir lo que fue el esplendor de los toltecas, sus grandes obras culturales, sus creaciones, la huida de Quetzalcóatl y la antigua grandeza que un día quedó abandonada. Hablan asimismo de los distintos grupos de chichimecas, de su vida agreste, desprovistos de casas, sin agricultura y con una indumentaria hecha sólo de pieles. Se refieren con desdén a los otomíes, a quienes presentan como gente torpe y poco afortunada. No dejan de mencionar a los matlatzincas, a los ocuiltecas y a los totonacas. Muestran su admiración por los huastecos, a quie-

nes tienen, no obstante, por gente disoluta, frecuentemente entregada a la embriaguez. Recuerdan también a los tlapaneacas, a las gentes de la región del hule, a los mixtecas y zapotecas, maestros en la orfebrería y en todas las artes de la joyería. Tampoco dejan de referirse con cierta admiración, en la que se trasluce un poco el resentimiento, a los michoacaque, o sea a "quienes tienen abundancia de peces", es decir a los tarascos.

Cuando, finalmente hablan de sí mismos y ofrecen larga relación sobre el origen de los mexicas, comienzan por dar una versión del significado de su nombre, ligándolo con el de un antiguo caudillo o guía llamado "Mécitl". Pero, luego, en vez de hablar solamente de su venida de las llanuras del Norte, de la región de Chicomóztoc, "el lugar de las siete cuevas", presentan una antigua leyenda, tal vez un mito, en virtud del cual aparecen directamente relacionados, no ya sólo con los toltecas y con los creadores de Teotihuacán, sino con otros pobladores aún más antiguos, a quienes se atribuye el principio de lo más valioso de su cultura. Mucho antes de que existiera Teotihuacán, refieren los informantes, "en un tiempo del que ya nadie puede ahora acordarse, aparecieron por la costa del norte, por la región del Pánuco, varios grupos de hombres a los que venía mostrando el camino su dios". Entre esas gentes venían los sabios, los poseedores de libros de pinturas, y de todo aquello que habría de ser el origen de las artes toltecas, los conocedores del calendario, de los libros de cantos y de la música de las flautas.

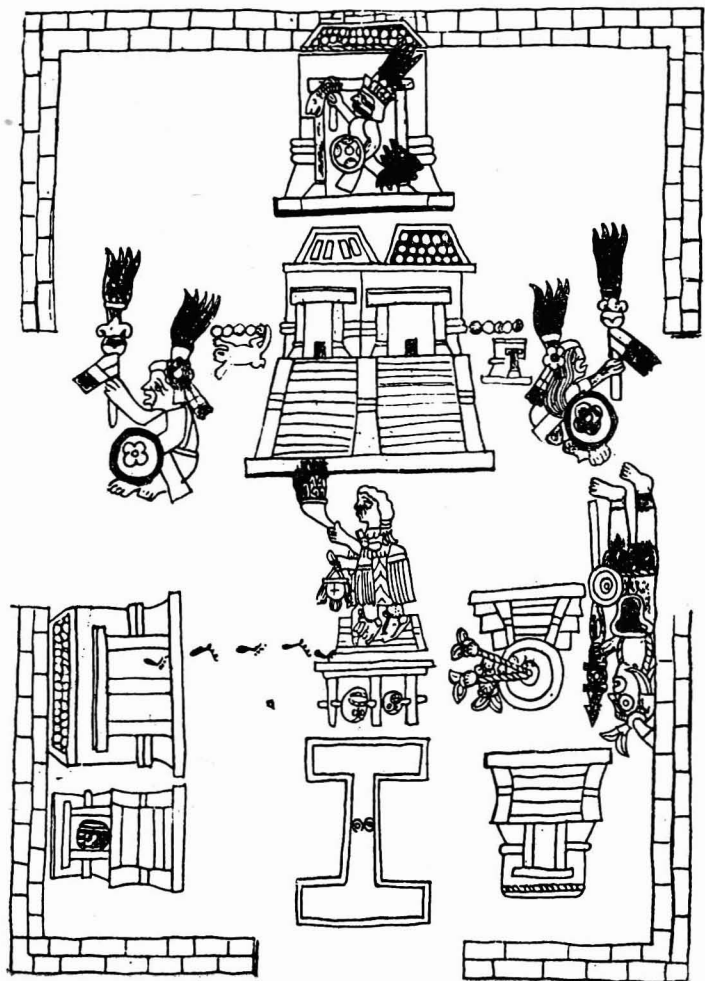
Fueron esas antiguas gentes, según el testimonio de los informantes, quienes habían de fundar más tarde, no ya sólo la misteriosa Tamoanchán, sino también la Ciudad de los Dioses de Teotihuacán. Algunos de ellos marcharían incluso a las regiones del sur, hasta llegar a Cuauhtemallan, es decir Guatemala.

Pero la relación no pára aquí. Refiere también que los antiguos sabios portadores de cultura decidieron un día retornar a su lugar de origen. Afirmaron que Tloque Nahuaque, el Dueño del cerca y del junto, los llamaba hacia la región de la luz. Decidieron entonces tomar consigo los libros de pinturas, la tinta negra y roja, la sabiduría, el calendario, los libros de cantos y la música de las flautas, y aun teniendo que abandonar a su pueblo, se dirigieron hacia el rumbo del rostro del sol.

La leyenda prosigue contando lo que sucedió cuando se marcharon los sabios. Grande fue la consternación del pueblo que quedó abandonado. Quienes vieron partir a los sabios, dramáticamente expresaron su angustia. Al haberse marchado los poseedores de las pinturas, los dueños de la tinta negra y roja, parecía imposible poder seguir existiendo. Las palabras de quienes se sienten abandonados son testimonio de persuasión trágica y profunda. Piensan que sin historia y sin cultura se han quedado a oscuras, que será imposible seguir existiendo: "Porque se ha ido, porque se han llevado la tinta negra y roja. ¿Cómo existirá la gente? ¿Cómo permanecerá la tierra...? ¿Qué es lo que nos guiará...? ¿De dónde habrá de partir? ¿Qué podrá llegar a ser la tea y la luz?"

Mas, por verdadera fortuna, en medio de la confusión reinante, se dieron cuenta quienes allí habían quedado, que al menos estaban con ellos cuatro viejos sabios que no habían querido marcharse. Los cuatro viejos se reunieron y, al parecer gracias a ellos, se llegó a redescubrir la antigua sabiduría, el libro de los sueños y mucho de lo que más tarde habría de conocerse como herencia de los toltecas, la cuenta de los destinos, el calendario y los anales históricos. Gracias a éstos, concluye el texto nahua, puede saberse lo que sucedió en los tiempos antiguos, cuando vivieron los toltecas, los tecpanecas, los chichimecas y los mismos mexicas.

Este es el contenido de la relación, mito o leyenda, conservada por los antiguos mexicanos para explicarse a sí mismos los orígenes de su cultura. Más que otra cosa, la lectura del texto cuya versión castellana hemos preparado y ofrecemos, será elocuente por sí misma.



Plano del Templo Mayor de México según Sahagún

He aquí el relato

He aquí el relato
que solían decir los viejos:
"En un cierto tiempo
que ya nadie puede contar,
del que ya nadie ahora puede acordarse...
quienes aquí vinieron a sembrar
a los abuelos, a las abuelas,
éstos, se dice,
llegaron, vinieron,
siguieron el camino,
vinieron a terminarlo,
para gobernar aquí en esta tierra,
que con un solo nombre era mencionada,
como si se hubiera hecho esto un mundo pequeño.
Por el agua en sus barcas vinieron,
en muchos grupos,
y allí arribaron a la orilla del agua,
a la costa del norte,
y allí donde fueron quedando sus barcas,
se llama Panutla,
quiere decir, por donde se pasa encima del agua,
ahora se dice Pánuco.
En seguida siguieron la orilla del agua,
iban buscando los montes,
algunos los montes blancos
y los montes que humean,
llegaron a Quauhtemalla (Guatemala),
siguieron la orilla del agua.
Además no iban
por su propio gusto,
sino que sus sacerdotes los guiaban,
y les iba mostrando el camino su dios.
Después vinieron
al lugar que se llama Tamoanchán,
que quiere decir "nosotros buscamos nuestra casa".
Y el lugar llamado Tamoanchán
largo tiempo hubo señorío:
después pasó el señorío
al lugar llamado Xomiltépec
y allí en Xomiltépec
se convocaron los señores,
los ancianos, los sacerdotes.

Dijeron:

—"El Dueño del cerca y del junto nos ha llamado,
ha llamado a cada uno de los que lo tienen por dios".

Dijeron:

—"Porque no viviremos aquí,
no permaneceremos aquí,
vamos a buscar una tierra,
allá vamos a conocer
al que es Noche y Viento,
a Tloque Nahuaque,
al Dueño del cerca y del junto."
Allí en Tamoanchán permanecieron largo tiempo.
Y allí también estaban los sabios,
los llamados, poseedores de códices.
Pero éstos no duraron mucho tiempo,
los sabios luego se fueron,
otra vez se embarcaron,
y llevaron consigo lo negro y lo rojo,
los libros de pinturas,
se llevaron todas las artes de los toltecas,
la música de las flautas.

Cuando ya se disponían,
hicieron venir a todos,
les hicieron sus recomendaciones, les dijeron:
—"Habla el señor nuestro,
el Dueño del cerca y del junto,
el que es como la Noche y el Viento;
aquí viviréis vosotros,
aquí os hemos venido a guiar,
hasta esta tierra que a vosotros os da el señor nuestro,
vuestro merecimiento, vuestro jornal.

Ahora más allá se encamina
Nuestro Señor, el Dueño del cerca y del junto,
y en este tiempo también nosotros nos vamos,
lo acompañamos,
allá a donde él se va,
el Señor, Noche y Viento,
Nuestro Señor, el Dueño del cerca y del junto,
pues se va, pues retorna.

Pero, volverá,
ha de venir a visitarnos,
cuando se vaya a acabar la tierra,
cuando sea el fin de la tierra,
cuando sea su término,
él ha de venir a ponerle su fin.

Pero vosotros aquí deberéis vivir,
aquí tendréis, esto es vuestro jornal, vuestro dón.
aquí yace, aquí brota
y en la tierra yace
a vosotros lo hace merecer,
aquel a quien habéis venido siguiendo.
Y en este tiempo nosotros ya nos vamos,
lo vamos acompañando
a donde él va.

Así en seguida se fueron los que cargaban a cuestras los dioses,
los que llevaban los envoltorios,
dicen que les venía hablando su dios.
Y cuando se fueron,
se dirigieron hacia el rumbo del rostro del sol.
Se llevaron la tinta negra y roja,
los libros de pinturas,
se llevaron la sabiduría,
todo tomaron consigo,
los libros de cantos y la música de las flautas.

Pero se quedaron
cuatro viejos sabios:
uno se llamaba Oxomoco, otro Cipactónal,
otro se llamaba Tlaltetecuin, otro Xichicahuaca,
y cuando se fueron aquellos sabios,
luego se llamaron, se reunieron
esos cuatro viejos y dijeron:

—“¿Brillará el sol, amanecerá?
¿Cómo irán, como se establecerían los *macehuales* (el pueblo)?
Porque se ha ido, porque se han llevado
la tinta negra y roja.
¿Cómo existirán los macehuales?
¿Cómo permanecerá la tierra, la ciudad?
¿Cómo habrá estabilidad?
¿Qué es lo que va a gobernarnos?
¿Qué es lo que nos guiará?
¿Qué es lo que nos mostrará el camino?
¿Cuál será nuestra norma?
¿Cuál será nuestra medida?
¿Cuál será el dechado?
¿De dónde habrá que partir?
¿Qué podrá llegar a ser la tea y la luz?

Entonces dispusieron la cuenta de los destinos,
los anales y la cuenta de los años,
el libro de los sueños,
lo ordenaron como se ha guardado,
y como se ha seguido
el tiempo que duró
el señorío de los Toltecas,
el señorío de los Tepanecas,
el señorío de los Mexicas
y todos los señoríos Chichimecas.

Tránsito

I

Niña ciega, palpaba mi rostro con mis manos
no para ver, para borrar la línea
donde el perfil dice "mañana"; donde
alza el mentón su hueso que se opone a la muerte.

Y con el ademán se iba desvaneciendo
el dolor, la presencia, la memoria.

(No, no morí. No supe
cómo borrar el nombre de Rosario.)

II

No conocí la ley, esa constelación
bajo la que mis padres me engendraron.
No supe mi destino de vegetal, mi nombre
que termina en la punta de mis dedos
y quise dar un paso más allá
donde se ahoga el pez, donde estalla la piedra.

Más allá de los límites. Aquí,
profundidad o altura, inhabitable
lugar para mi especie.

III

Subí hasta donde el hombre
movía sus figuras de ajedrez
y era una transparente atmósfera de águilas.

(He debido cubrirme la cara con un velo
por no mostrar este color de selva
—esplendor y catástrofe—
que todavía no me ha abandonado.)

Rosario Castellanos

Los hijos de Jones

Por Luis Óscar SÁNCHEZ

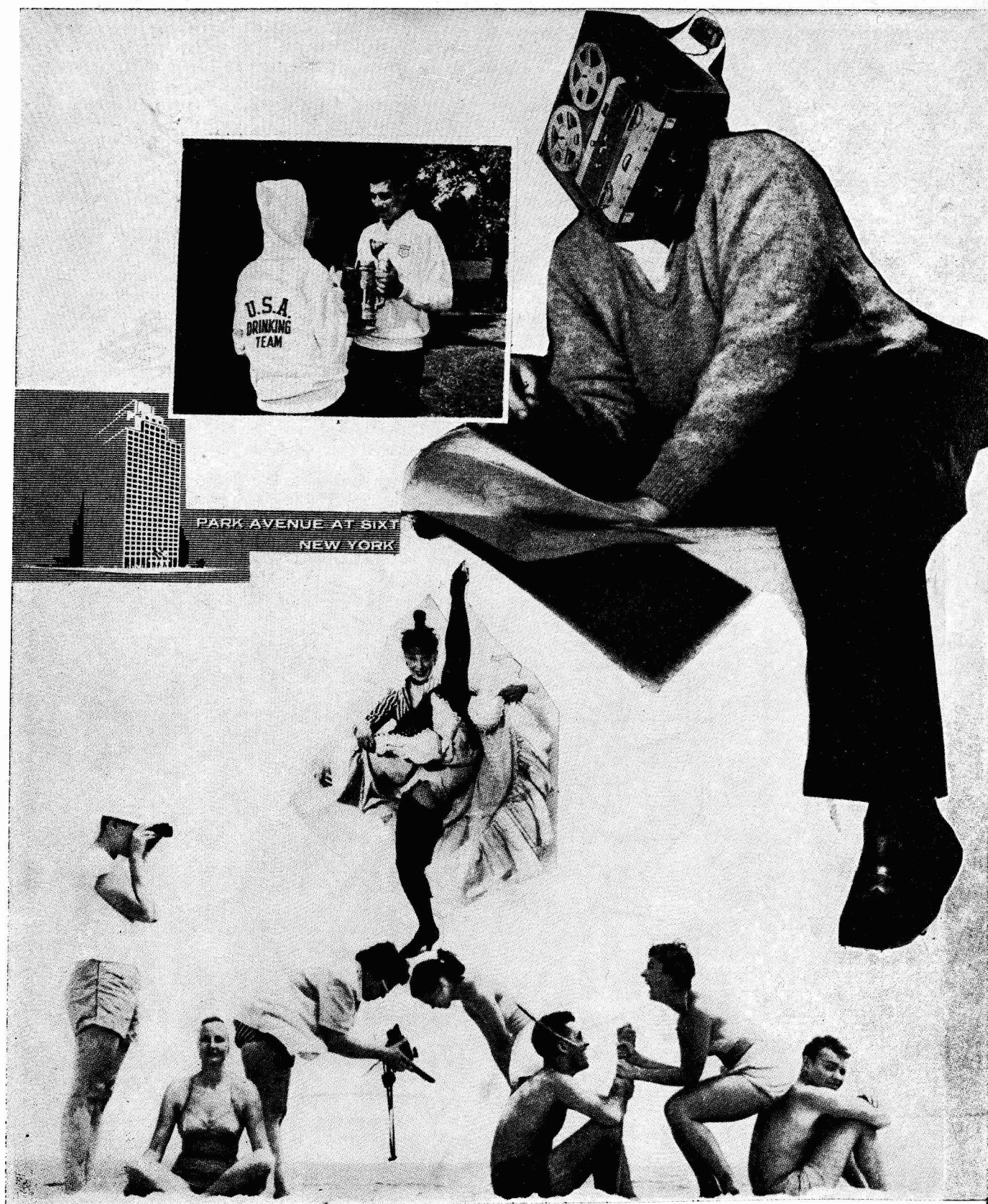
Nuestro amigo John P. Harrison nos ha entregado este breve estudio del antropólogo Luis Oscar Sánchez. Redactado originalmente en inglés, fue enviado por el economista Víctor Urquidí a la Universidad de Texas, que se encargó de publicarlo en este idioma a través de su Instituto de Estudios Latinoamericanos. La Revista de la Universidad de México, consciente de la importancia de esta nueva corriente de estudios antropológicos, iniciada con prolija exactitud por el doctor Óscar Lewis en sus libros *Cinco familias mexicanas* y *Los hijos de Sánchez*, ha traducido, con la libertad indispensable para que respondiera al espíritu del texto original, este esfuerzo paralelo del antropólogo mexicano, que viene a enriquecer nuestras posibilidades de conocimiento de la vida en Estados Unidos.

Después de graduarme en la Escuela de Antropología de Parangaricutiro, Mich.,* decidí que debería aplicar las técnicas

adquiridas recientemente al estudio de cinco familias de *americans*. Elegí al azar las vidas de los Jones, los Smiths, los Browns, los Greens y los Whites —un grupo representativo de norteamericanos comunes y corrientes— sabiendo muy bien que las actitudes, los hábitos, los sistemas de gasto, la vida sexual y otros atributos de estas *American families* tienen especial significación para el futuro económico de mi país. Mi exitoso libro —*Cinco familias opulentas*—, que según entiendo ha sido traducido al inglés con el título de *Anthropology of Park Avenue*, se basaba en métodos de investigación originalmente utilizados en el estudio de la vida de los *peasants* de Estados Unidos. Lo complementé instalando grabadoras bajo las *cocktail tables* en el *Cork Club*. Fui ampliamente recompensado — desde el punto de vista antropológico.

Eso me estimuló para realizar un proyecto más ambicioso aún: profundizar en la subcultura de la abundancia. Elegí a

* Michoacán, México, por supuesto, no Michigan.



los descendientes de Jones, quien, como se recordará, era mi *tycoon* favorito. Los resultados, después de agotar más de 125 cintas magnéticas, confirman algo que siempre había sospechado: la superioridad de Jones sobre sus hijos. Estos *weaklings*, jóvenes desorientados, son un motivo de preocupación más grande todavía para mi país.

Para no ser acusado de ofrecer análisis confusionistas o interpretaciones caprichosas, decidí pedir a cada uno de los *Children of Jones* que me contara su biografía, que me confesara todo lo que él o ella pudieran recordar. La mayor parte de las grabaciones fueron hechas en los apartamentos de la *Park Avenue*, alrededor de los *courtyards*. Cada departamento tenía TV y agua corriente. La gente dormía en *beauty-rest springs*. Pude colocar el micrófono en los lugares más insólitos, para que nada inhibiera a mis amigos: David, el mayor, producto de un primer matrimonio; Mike, su medio hermano; Louise, hija de un tercer matrimonio y por último, Mabel, resultado del quinto. Después del sexto *divorce* de Jones, temí que las entrevistas con una progenie ulterior reflejaran una *cross-section* demasiado amplia de la población, y tuve que limitar mi investigación. Podría llenar con ella varios volúmenes, pero los siguientes fragmentos bastarán. En mi transcripción y traducción he debido suprimir una gran parte del colorido lenguaje que ellos usaban. Pero cualquiera que tenga sensibilidad para ese tipo de vocabulario puede consultar las grabaciones originales. Las tengo archivadas en mi palacio de invierno en Acapulco.

DAVID. A los seis años de edad, solía yo robarme el *camembert* de mi hermano Mike. ¡Mi *mom* era tan buena! “*Gee* —acostumbraba decir—, cuando tu padre haga otro millón de *dollars* en el mercado de cambio, le pediré el divorcio.” La atmósfera era muy tensa. Yo no podía entender nada. Estaba acumulando resentimiento contra *pop*. Pero él era más fuerte que yo, así que esperé a vengarme, años después, esparciendo caviar sobre el pelo de mi media hermana Louise. Esto acabaría con sus continuas escapadas a los *teen-age cocktail parties* de nuestra vecindad en *Park Avenue*. A los doce años, aprendí a prepararme mis propios *drinks*. *Pop* acostumbraba traer ron de sus viajes de negocios a Puerto Rico. Bien poco me imaginaba que acababa yo de tener una nueva hermana ahí. Después de que mi madre pasó unas vacaciones en Reno, me sentí casi completamente perdido. Huí en un DC-6 a las Bahamas. Tuve que fletar un avión especial al regreso para no perderme el juego *Army-Navy*. Entonces me dio por jugar y me hundí en la payola. Ahora, a los veinticinco años, quiero retirarme, aunque debería pensar en casarme o algo parecido; pero Kinsey me tiene *mixed-up*.

MIKE. A los cuatro años, solía yo dejar que el Cadillac de *pop* pasara sobre mi Patek-Philippe de oro. Cuando habían aplanado varios de ellos, hice un brazalete nuevo para mi tía Lizzie. No sin razón, mi padre canceló mis viajes semanales para visitar a mi abuela en Palm Beach. Esto fue muy triste, porque ella se dedicó a la bebida y dijo que esperaba que nuestra moral mejorara. El día que murió, juré que nunca más daría yo la hora. Mi media hermana, Mabel, que no era sociable, me pidió que averiguara qué hacía la gente en los bares de la Third Avenue. Por ese tiempo, empecé a aficionarme a las *fighths*. En un bar, antes de que cumpliera diecisiete años (aunque ya me veía mucho mayor), le pegué a un irlandés. Las fuerzas policíacas irlandesas en masa me arrestaron. No me gustaría volver a ver al tipo de gente con que estuve encerrado, ni siquiera en la próxima obra de Tennessee Williams. Pero tenía abogados —por docenas— y pronto estaba otra vez al aire libre, *on bail*, con mi cuenta bancaria un poco reducida. Mi hogar era un infierno. Cuando mi *step-mom* dejó al viejo, me incorporé al ejército. Tuve oportunidad de presenciar acción, mucha acción — en el departamento de diversiones. Terminé con *guitar fatigue* y fui dado de baja, y me casé. *Pop* se ocupa ahora de mis hijos. He tratado de trabajar, pero no me sienta bien. Quizás tenga que entrar en los *Peace Corps*.

LOUISE. Uno de mis más tempranos recuerdos es cantar *Christmas Carols* en Westchester. Debo haber tenido catorce años entonces. Antes de eso, mi vida era muy aburrida, exceptuando los viajes realizados para mantenerme alejada del influjo de mis medios hermanos. Después, me mandaron a la escuela en Suiza — al menos, me parece que fue Suiza, porque ahora hablo correctamente francés, alemán, italiano y romanche. También, al contrario de Mike, puedo decir la hora. Aunque siempre estaba haciendo viajes de negocios a los climas más temperados, mi padre fue muy bueno conmigo. ¡*Gee*, que preciosos regalos me compraba mi *daddy* en Tiffany! ¡Cómo lo quería! Pero no podía soportar a mi tercera *mom* adoptiva y fui abandonada a mis propios recursos. Soñé y soñé con una boda tipo *Fifth Avenue*, pero siempre termi-

naba consolándome a mí misma sobre una leche malteada de *Pecan* en Stauffer. Un día me equivoqué al tomar la baidada en espiral en el *Guggenheim Museum* y choqué con un hombre atractivo, moreno y que gastaba un esplendoroso bigote. Él me ayudó espiral abajo — y para abajo me fui. ¡Cómo odio a los hombres, especialmente a ese sudamericano! Me hipnotizó con su acento cortado. Estaba muriéndose de hambre. Le di todo, inclusive el *mink* de mi *grandma*. * Aprendí el significado de la palabra “mañana”. ¿Qué me quedaba por aprender después? Le pedí a *daddy* que pensara en algo, entre un *cruise* y otro. Pero él está demasiado ocupado con su séptima esposa —ya se entiende, ella es joven—, y con los *alimony* y con los hijos de Mike, para ocuparse de mí. Si pudiera empezar otra vez desde el principio, estudiaría economía doméstica y leería revistas; hasta me conformaría con un *ad-man* publicista.

MABEL. Desde los ocho años quería ser investigadora de segunda en el equipo del *Time*. Solía quedarme despierta toda la noche leyendo la *Children's Encyclopedia* bajo la luz de una linterna de mano. También empecé a tratar a gente divertida y a hacer *puns*. Mi vida era fácil. Mi *daddy* nunca me molestaba, siempre y cuando le preparara yo sus martinis. A mi *mom* no le importaba un diablo. Era la despreciada de la familia. Además, era yo chaparra y gorda, y no me gustaba mi nombre. Apuntaba para carne de psiquiatra, pero me salvaron mandándome a Bennington. Por aquel entonces usaba yo lentes, así que después de graduarme solicité empleo en *Time*. Cuando me aceptaron, me decidí por los lentes de contacto y me cambié de nombre: Ahora me llamo Eleaziera Henryksen. Al principio sólo hacía investigaciones menores, tales como averiguar qué tipo de aderezo prefería el general De Gaulle en su ensalada. Para averiguar esto, tuve que hacer tres viajes a París — lo que por lo menos me ayudó a mejorar mi francés. Luego ayudé a hacer un reportaje sobre el *subway* de Nueva York. Así es como viajé, alrededor de todo el mundo: Londres, Moscú, Buenos Aires, Bangkok, Tokio, todos los lugares. Me divertía mucho entrevistando a norteamericanos en los *escalators* y averiguando los méritos comparativos de las diferentes estaciones de *subway*. Tengo entendido que este tipo de investigaciones también es realizada por los antropólogos. ¡Oh, es tan absolutamente maravilloso trabajar para mi revista! Supongo que, por fin, soy una persona perfectamente ajustada al medio ambiente. Para comprobarlo, no tiene uno más que mirar a mis medios hermanos y hermanas, y a mi madre adoptiva. O a mi *daddy*. Ninguno de ellos es capaz ni siquiera de ser el tema de un buen reportaje con verdadero contenido humano.

Me esforcé en tratar de conseguir a Jones para grabar sus propias impresiones sobre sus hijos. Sin embargo, no logré sacar mucha información de él. Su natural reticencia y el hecho de que estuviera en su octavo martini cuando lo entrevisté, lo llevaron a hacer sólo unos cuantos comentarios breves, sin ningún interés, que serían difíciles de entender en letras de molde, aunque cualquiera que escuchara la grabación extraería datos con una profunda trascendencia sociológica.

Sin embargo, sorprendentemente, él tenía puntos de vista definitivos en política, y espero que se me perdone citar sólo los siguientes: “Yo sé algo —murmuró— que *gets me down* en todos esos republicanos, demócratas, Dixiecartócratas, Nixonmaniacos y seguidores de la Birch. Todos son iguales. Todas las *goddamned* elecciones son una pura pérdida de tiempo. Gane el que gane, tiene las manos atadas y hereda todos los líos del *guy* anterior, ¿te das cuenta de lo que digo? He oído que ahí, al *south of the border*, ustedes lo manejan todo mucho mejor. Ustedes sólo tienen un partido que siempre gana y saben los resultados de antemano; no se pierde el tiempo en *handshakin* y *baby-kissin*, discusiones en la TV y equipo electrónico. Alguien propone a un *guy* y ya, ése es el *bus*. No hay nada más sucio que la política. Está podrida. Aquí en Nueva York, por ejemplo, no hay unidad. Todo el mundo tira por su lado. No hay *leadership*. Las cosas deben ser distintas, me imagino, en México. Hasta me atrevería a pensar que deberíamos tener un presidente mexicano aquí en los Estados Unidos, o por lo menos un alcalde mexicano en Nueva York.”

Debo terminar con una advertencia a mis compatriotas: los interesantes resultados de mi investigación, aunque resulten comprensibles, pueden no ser un retrato verdadero de la *family* americana. Jones se mostró bastante elusivo en esto. Quizás más adelante tenga que investigar a los nietos de Jones. Puede valer la pena ocuparse de ellos.

* Apparently, ésta no es la misma abuela que la de Mike. Yo nunca logré aclarar esa relación familiar.—L.O.S.

México visto por los extranjeros

Por Carlos VALDÉS

El material literario (cartas, relatos, memorias) que han dejado los viajeros sobre el tema de México y los mexicanos es demasiado vasto; era casi imposible que alguien que nos visitara, especialmente en el siglo XIX, se resistiera a la tentación de contar sus impresiones: para el extranjero, México era una experiencia indeleble; había y hay demasiados aspectos y costumbres extrañas, inexplicables desde su punto de vista. Por otra parte, nosotros deseamos conocer las opiniones de los extranjeros; creemos que en sus palabras encontraremos el secreto de nuestra identidad, y que su opinión es más objetiva por tratarse de extraños.

Durante la época colonial, México permaneció prácticamente cerrado a los visitantes que no fueran de nacionalidad española, pero a pesar de la prohibición que existía, asciende a muchos volúmenes la información proporcionada por los náufragos, prisioneros, comerciantes que lograron penetrar en el territorio vedado de Nueva España durante los siglos XVI, XVII y XVIII.

Por lo general no fue muy favorable la opinión europea; se consideraba que México era una colonia de donde los españoles habían extraído grandes riquezas, pero que carecía de significado espiritual y cultural. Los visitantes ocasionales exageraban las riquezas coloniales debido a sus proyectos ambiciosos, y, por otra parte, despreciaban la labor cultural de los conquistadores españoles por ver en ellos unos competidores y rivales de su deseo de dominio.

En la época colonial hubo una corriente casi continua de españoles que por diversas razones venían a establecerse a México. Se puede decir que las noticias que dieron de este país no fueron muy favorables; se habló mucho de la "grandeza mexicana", pero a los indígenas no se les reconocía ningún mérito. Los españoles, aun en el caso de los hombres cultos, tendían a menospreciar el mundo autóctono. Un interesante testimonio son los *Diálogos* que escribió Cervan-

tes de Salazar, quien nació en Toledo hacia el año de 1518, pero se trasladó a México, y dio clases en la Universidad Real y Pontificia. Cervantes era maestro de retórica. Sus *Diálogos* son un testimonio que se podría considerar típico de la opinión del español sobre Nueva España. Los españoles (como más tarde les sucedió a los otros extranjeros que pisaron el suelo de México) no eran capaces de dar juicios objetivos sobre la realidad de lo mexicano; sus opiniones eran personales, subjetivas, y fundamentadas en la ideología de la conquista y de la religión y que trataban de justificar los defectos del sistema colonial. Así, Cervantes de Salazar no se cansaba de elogiar en sus *Diálogos* la belleza del paisaje, las riquezas que contenía el país, la grandiosidad de la ciudad de México; pero cuando juzga la existencia que llevaban los nativos del país, el lector de hoy no puede menos que sonreír ante tan ingenuas opiniones: "¡Oh, cuán grande fortuna ha sido para los indios la venida de los españoles, pues han pasado de aquella desdicha a su actual felicidad, y de la antigua servidumbre a esta verdadera libertad! ¡Y también mil veces dichoso el soberano en cuyo siglo, en cuyo nombre se conquistó y convirtió a la fe cristiana este nuevo mundo, antes desconocido, y poblado de innumerables gentes que con tal estrago y matanza rendían obsequios a sus mentidos dioses!"

Para refutar la parcial opinión de Cervantes de Salazar basta hojear las páginas de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* que escribió por aquel tiempo el obispo Fray Bartolomé de las Casas, quien movido por la piedad cristiana denunciaba las atrocidades de los conquistadores. En la *Brevísima relación* leemos cómo los indios, a quienes Cervantes de Salazar juzgaba "libres y dichosos", exclamaban ante las atrocidades de los conquistadores: "Oh malos hombres, ¿qué os hemos hecho? ¿Por qué nos matáis?" Y más adelante Bartolomé de las Casas relata: "Después [los con-



"Es casi imposible justificar el optimismo de Humboldt"

quistadores hispanos] destruyeron por la misma manera la provincia de Cututepequé, y después la provincia de Ipilcingo, y después la de Colima... contar los estragos, muertes y crueldades que en cada una hicieron, será sin duda cosa difícilísima e imposible de decir y trabajosa de escuchar... Y lo que más espantable es que a los que de hecho obedecen ponen en aspérrima servidumbre, donde con increíbles trabajos y tormentos más largos y que duran más que los que les dan metiéndoles la espada, al cabo perecen ellos, sus mujeres e hijos y toda su generación."

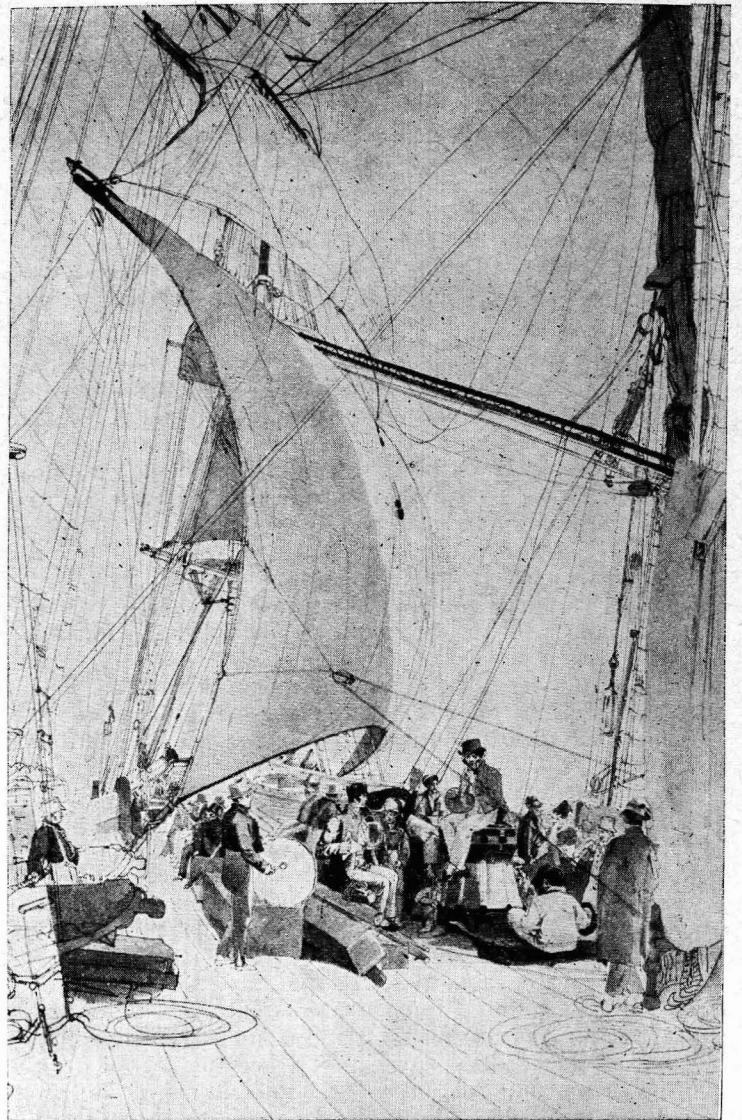
No creo que Cervantes de Salazar fuera un hombre mal intencionado, sino que su distorsión de la realidad se debió a que sólo veía lo que le convenía a sus intereses. Además, la servidumbre a que estaban sometidos los indígenas mexicanos le parecería lo más natural del mundo. Téngase en cuenta que Cervantes de Salazar era un hombre del siglo xvi, y él, como casi todas las gentes de su generación, juzgaba que los indígenas no tenían derecho a gozar de consideraciones ni de ninguna clase de libertad; así pues, la doctrina católica que recibían y los mendrugos que caían de la mesa de los españoles debían de parecerle al maestro de retórica un gran bien para los habitantes autóctonos de Nueva España.

La ceguera a la realidad de los mexicanos siguió caracterizando a los viajeros del siglo xix, cuando las circunstancias históricas les permitieron el acceso al país. Pocos años antes de iniciarse la Independencia, entre 1803 y 1804 estuvo en México el sabio barón de Humboldt, y se dedicó a estudiar, a descubrir como "un segundo Colón" a la nación mexicana. Entre otros libros, escribió un *Ensayo político sobre el Reino de la Nueva España*. Es indudable que el prestigio que gozaba Humboldt en Europa sirvió para rehabilitar la opinión del mundo occidental sobre México, y lo que es más importante sus libros contribuyeron al autoc conocimiento de los mexicanos, o al menos a ganar alguna confianza en sí mismos; no en balde habían sufrido tres siglos de coloniaje. Juan A. Ortega y Medina afirma muy acertadamente en uno de sus libros: ¹ "Habiendo alcanzado México su Independencia en 1821, a partir de ese mismo año comenzó la nueva nación a abrirse al trato y a las relaciones internacionales, y por tal motivo comenzó a desfilar por los dos puertos principales de sus costas atlánticas (Tampico y Veracruz) un rosario ininterrumpido de viajeros extranjeros, cuyo *vademecum* peregrino excitante e incitante no era otro sino el consabido *Ensayo*: la Biblia de todas las aspiraciones viandantes de aquel tiempo."

Por otra parte, como afirma Ortega y Medina: "En el *Ensayo político* se descubren, describen y exageran también, como es notorio, las posibilidades infinitas de un México al que todavía no le habían arrebatado injustamente sus prometedoras provincias fronterizas (Texas, Nuevo México y California). Cosío Villegas ha llamado la atención en lo relativo a los orígenes históricos, sociales, económicos y psicológicos de la leyenda sobre el *Eldorado* o paraíso mexicano de fabulosas riquezas. Tal leyenda se inicia, según el ensayista, con la propia conquista española y con las ansias de lucro de los primeros capitanes y soldados de la empresa; se continúa a lo largo de los tres siglos de explotación colonial y alcanza los días de Humboldt en México (1803). Cosío Villegas censura al barón por haber sido uno de los animadores y difundidores de la idea de un México dueño de una riqueza potencial increíble."

La contribución del sabio alemán en el campo de la geografía y de la economía de México es indiscutible, y sólo pecó por entusiasmo; en cambio, es más pobre cuando se refiere a la sociología de la Nueva España.

Indudablemente que el barón de Humboldt era dueño de un riguroso espíritu científico; sin embargo, tampoco se pudo librar de los prejuicios y de la subjetividad que padecieron los viajeros que nos visitaban. Entre los estudiosos que desde hace algunos años se dedican a examinar y a comentar los diarios y las cartas que escribieron los extranjeros anglosajones que visitaron a México, se encuentra el antes citado Ortega y Medina, quien no ha podido menos que notar: ² "Todo diario... responde perfectamente al interés expreso o tácito de su creador. La joven clorótica, la dama de mundo y aun la del mundo galante, así como el más prosaico viajero se desviven y desinflan en esfuerzos epistolares más o menos afortunados para abrírnos su corazón y mostrarnos su intimidad... No importa que las impresiones hayan sido fugaces ni que las reflexiones sean apresuradas, porque en definitiva lo que nos interesa resaltar aquí es que tales impresiones y



"Los viajeros siempre tomaban como referencia los libros de Humboldt"

reflexiones viajeras solamente son excusas conscientes o subconscientes para autodefinirse con notas externas de referencia. El viajero anglosajón, por ejemplo, que escribe sobre México está definiéndose; está expresando su ser por su contrario, por el *no-ser*. Es decir, el viajero describe lo que ve, lo que él no es; lo que él y su país jamás podrán ser, ya sea para bien o para mal, por exceso o por defecto, por negación o por identificación. Tanto el entusiasmo criticorromántico como la crítica sorda y despiadada responden en última instancia al vehemente deseo de expresar el alma propia o afirmar sus aspiraciones por contraste con las ajenas... En todo diario... aun en las páginas más pedestres o más materialmente inspiradas, va embebida la autenticidad del diarista; es decir sus apetitos, sus ambiciones, sus proyectos... Ni incluso Alejandro de Humboldt escapa a esta descripción, porque cuando él *descubre* y *describe* las posibilidades infinitas de la Nueva España, al par que las testifica está afirmando y orientando las posibilidades de toda suerte que se le presentaban a Europa."

María del Carmen Ruiz Castañeda nos ilustra sobre el pensamiento social de Humboldt; y basándose en el *Ensayo político* resume las observaciones optimistas que hizo el sabio alemán sobre la realidad colonial de México: ³ "los indígenas, lejos de extinguirse como asegura la leyenda negra fraguada para desprestigiar al régimen español, aumentan considerablemente como lo comprueba en forma incontrovertible los registros del pago del diezmo y la capitación... Además, anota que la raza indígena está exenta de los impuestos indirectos, y que su situación ha mejorado considerablemente por las mejoras introducidas por el visitador Gálvez, durante el reinado de Carlos III... La esclavitud, en cuya condenación insiste con frecuencia casi obsesiva, no significa un grave problema social en el reino de la Nueva España." Para decirlo con las palabras de Humboldt: "Tiene una ventaja notable sobre los Estados Unidos, y es que el número de esclavos, así africanos como de raza mixta, es casi nulo; ventaja que los colonos europeos no empiezan a apreciar en lo que vale, sino después de los trágicos sucesos de la revolución de Santo Domingo."

La mano de obra que trabaja en las minas de Nueva España no le parecía que padeciera de esclavitud al sabio

alemán; en cuanto al peón del campo lo consideraba: "Pobre, pero libre." La pluma de Humboldt no vacilaba en escribir: "Su estado es preferible al de los aldeanos de una gran parte de Europa septentrional. En la Nueva España no hay contribución de servicios personales ni esclavitud; el número de esclavos es casi ninguno; y la mayor parte del azúcar es fruto de manos libres." De manera muy diferente pensaban los mexicanos que pocos años más tarde se levantaron en armas contra las autoridades españolas.

Es casi imposible justificar el optimismo de Humboldt cuando se ponía a considerar la existencia de los indígenas mexicanos, pues parece que sólo por no ser esclavos, creía que su posición era bastante buena; aunque algunos asalariados europeos en aquel tiempo se vieran obligados a trabajar durante 14 horas diarias, esto no significaba ningún alivio para los peones mexicanos que trabajaban de sol a sol. Sin embargo, para desagravio de Humboldt puede afirmarse que no todas sus observaciones sobre el medio social de México estuvieron tan apartadas de la realidad; refiriéndose al estado de los indígenas después de la Conquista, dice: "Así no quedó de los naturales del país sino la casta más miserable, los pobres labradores, los artesanos, entre los cuales había un gran número de tejedores; los mozos de carga de quienes se servían como de bestias; y sobre todo, las heces del pueblo, esto es, aquella multitud de pordioseros que en testimonio de la imperfección de las instituciones sociales y del yugo de la feudalidad, llenaban ya en tiempo de Cortés las calles de todo el imperio mexicano."

Sobre el sistema de castas establecido por las leyes españolas en la Nueva España, afirma Humboldt: "colocan a los indígenas a perpetuidad bajo la tutela de los blancos"; y que también existía "una barrera insuperable entre los indios y las demás castas, cuya mezcla está también prohibida".

El liberal sabio alemán creía con mucha razón que el único remedio para acabar con el estancamiento social de la colonia era cambiar las leyes y terminar con la discriminación racial; y no vacilaba en señalar que los culpables de la situación reinante eran: "los togados que detestaban toda innovación; los propietarios criollos que frecuentemente hallan su provecho en tener abatido y miserable al cultivador". Tampoco temía señalar los abusos de algunos hombres, aunque se encontraban investidos de los hábitos religiosos: "Aún es más notable esta desigualdad de fortuna en el clero, parte del cual gime en la última miseria, al paso que algunos individuos de él tienen rentas superiores a las de muchos soberanos de Alemania... y lo que verdaderamente desconsuela en la diócesis de un arzobispo cuya renta anual asciende a 130 mil pesos, es que hay curas de pueblos indios que apenas tienen de 100 a 120 duros al año." En cuanto a las clases más bajas que vivían en la capital de Nueva España, afirma: "hormigean de 20 a 20 mil... cuya mayor parte pasan la noche a la inclemencia, y por el día se tienden al sol, desnudos y envueltos en una manta de franela".

A pesar de todo, nadie mejor que Humboldt contribuyó a la leyenda de que nuestro país era el cuerno de la abundancia: "Entre las colonias sujetas al dominio del rey de España, México ocupa actualmente el primer lugar, tanto por su riqueza territorial como por lo favorable de su posición para el comercio con Europa y Asia." Como ejemplo del *paraíso* que era Nueva España, se atrevió a afirmar sin fundamento: "un hombre que dedique solamente dos días de la semana a un trabajo poco penoso, puede obtener el sustento para toda una familia." Esto, que no era sino una fantasía, los mexicanos trataron de convertirla en una verdad patriótica.

Los viajeros que llegaban a México, pocos años después de la Independencia, cuando ya no existía prohibición de entrar al país, como es natural tenían algunas veces opiniones favorables, y otras desfavorables, pero siempre tomaban como referencia los libros de Humboldt. Muchos sufrieron una gran desilusión al no encontrar las fabulosas riquezas que había descrito el sabio alemán; en cambio, otros muchos creyeron que tenía razón, y alabaron las apreciaciones de Humboldt. Al cabo la lectura de los diferentes autores termina por volverse monótona; cuesta trabajo hallar opiniones personales que no sean los estereotipados tópicos, los lugares comunes que invariablemente apuntaban los viajeros en su visita al México independiente del siglo xix.

A Ortega y Medina se debe también la traducción, el prólogo y las notas de la edición española de las *Cartas sobre México*, de C.C. Becher,⁴ quien entre los años de 1832 y 1833, estuvo en el país para cumplir una importante misión comercial: nada menos trataba de establecer un comercio regular entre México y Alemania. La lectura de los libros

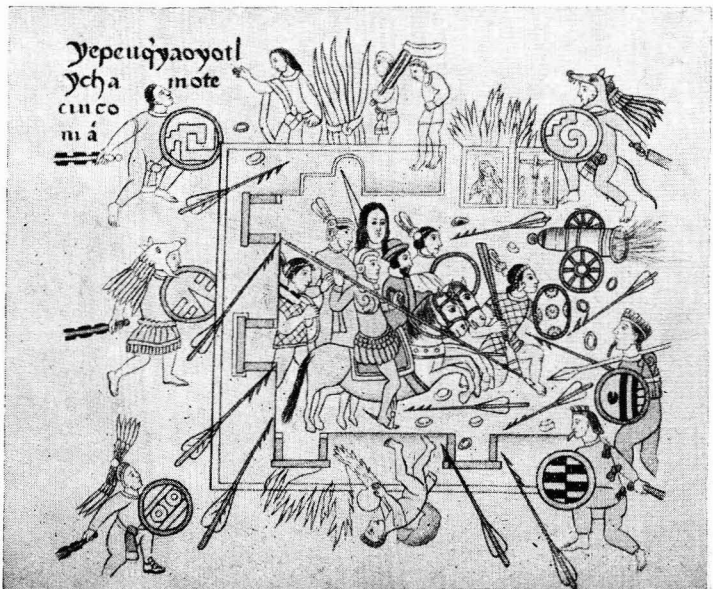
de Humboldt le sirvió como punto de referencia para el conocimiento del país, y aunque comerciante de oficio tenía cultura y un cierto temperamento romántico; sus intereses, como lo demostró en la correspondencia que le dirigió a su esposa, no se limitaban al comercio. Las cartas que publicó de su regreso a su patria, le sirvieron para tratar de justificar su fracaso; por estar México en revolución no pudo lograr sus propósitos comerciales.

Lo que impresionaba a C.C. Becher principalmente eran los aspectos en los que entonces México había conseguido parecerse a los países europeos, y el entusiasmo del viajero era verdaderamente romántico. Lo original de México casi pasaba desapercibido para él; en cambio, en una de las cartas que de tiempo en tiempo le dirigía a su esposa, se sintió obligado a consignar: "En el mesón de Puente se nos preparó una estupenda cena, se nos sirvió en vajilla inglesa, bebimos en vasos de Bohemia y tuvimos mantel y servilletas de Silesia, de suerte que el amigo S, que pasó también por aquí hará cosa de cuatro años, cuando todavía no se conocía semejante lujo y cuando, por ejemplo, había sólo un vaso de barro vidriado por toda vajilla, para uso de toda la familia que vivía en la casa, y mesas sin cubrir, etcétera, no pudo menos de admirarse del rápido progreso del refinado arte de vivir experimentado aquí."

El viajero y comerciante alemán padecía el mismo defecto que los turistas de hoy, que más que nada salen a buscar a lejanos países las comodidades que ya gozan en su casa. Más exactamente, se admiraba de encontrar comodidades en un país del cual tenía noticias desfavorables. Sin embargo, Becher tuvo que sufrir muchas incomodidades, pero las soportaba con ánimo tranquilo, y no le impedían observar las costumbres sociales de los mexicanos, que resultaban tan extrañas para él. Después de un viaje de tres meses por mar, Becher desembarcó en Veracruz, y fue hasta Puebla. Allí le envió una carta a su esposa comunicándole entre otras cosas: "Confieso que fue aquí donde por primera vez en mi vida vi a



"Estragos, muertes y crueldades"



"Las atrocidades de los conquistadores"

las señoras fumando en una excelente reunión social, y me asombró no poco el hecho de que la señora de la casa, tan elegantemente vestida, sacase de entre sus senos un dorado mechoncito de tabaco y me lo ofreciera con su papel de fumar; mas como yo lo rechazara, completamente tranquila encendió el suyo y según parece lo saboreó muy a su gusto." Un párrafo más adelante asegura: "Los extranjeros, si es que no son españoles, los cuales no son vistos como extraños por los poblanos, no son aquí queridos y hasta se les aborrece por herejes, y son insultados frecuentemente por la plebe." Para terminar la carta, dice que otro día saldrá en diligencia rumbo a la ciudad de México. A propósito de los medios de comunicación comenta: "No hace todavía muchos años era necesario emplear dos días a caballo para ir desde aquí a México; ahora se sale en la diligencia a las 6 de la mañana y se llega en la noche a buena hora. ¿A quiénes, empero, debe el país tales mejoras si no es a los extranjeros? ¡Y, no obstante, aquí en Puebla se les odia!" El progreso que empezaba a penetrar en el país era el tema obsesionante de Becher.

Pero no siempre fue el progreso material lo que le interesó a C.C. Becher; en una carta fechada en la ciudad de México, se refiere a las costumbres mexicanas: "[Las] diversiones populares se deslizaban en esta tierra con bastante menos estrépito que las de nuestro país; esto acontece, por lo que he podido colegir, a causa del carácter de los mexicanos, que es más dulce y tranquilo que el nuestro." En los momentos en que esto escribía Becher, el país sufría una revolución; pero él observaba que el pueblo no parecía muy interesado en la revuelta, y sólo era un asunto que afectaba a los militares.

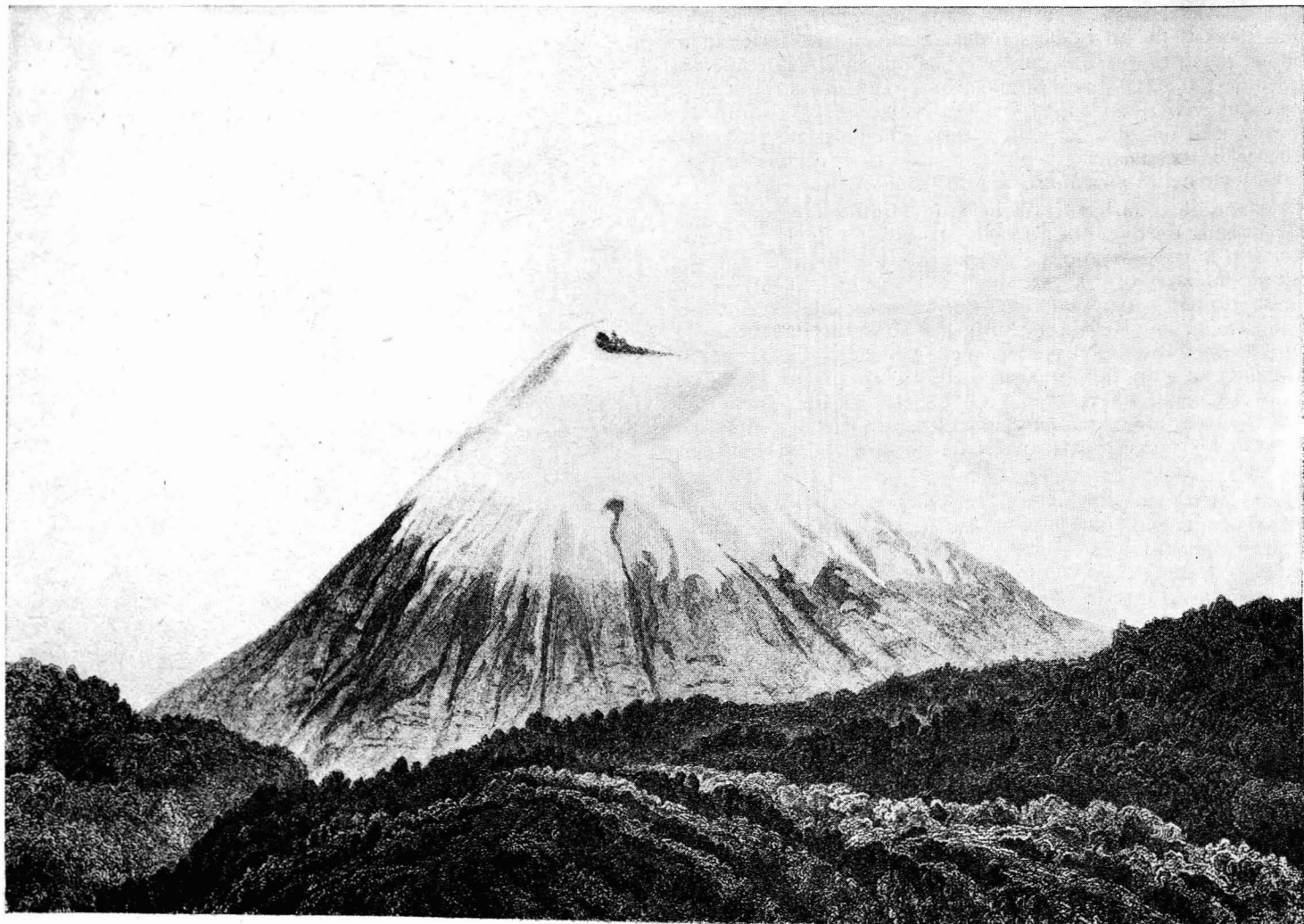
El comerciante alemán no se estuvo quieto en la capital del país, y a imitación de su ilustre compatriota Humboldt, salió a visitar el interior. Las minas atraían su interés, y para conocerlas no vaciló en emprender largos y difíciles viajes. El corresponsal alemán le cuenta a su esposa: "En otra de estas aldeas vimos a un bondadoso anciano indio que con un pequeño violín enseñaba al aire libre a danzar a una docena si acaso de niños. La danza se desarrollaba muy monótonamente, consistía en un corto y brincadero tocotín y parecía estar precisamente calculado para las procesiones religiosas. Ya he hecho notar antes que la simple y sincera alegría del europeo no es la propia del indio mexicano." Indudablemente que las impresiones del narrador estaban

muy influidas por su carácter calmado y optimista, y muchas de ellas no pasaban de ser una proyección de su propio espíritu.

Sin embargo, le es imposible dejar de lamentarse de las malas costumbres que observa en el país. En una carta que escribió en la ciudad de México, podemos leer una descripción de lo que consideraba una típica familia indígena: "El varón va por delante, semidesnudo y descalzo, como están todos, apoyándose sobre un largo báculo o pértiga, y le sigue la mujer, con un par de criaturas desnudas a la espalda, embaladas en un rebozo que la india se anuda al pecho, y finalmente sigue la ya desarrollada y buena jovencita, de suerte que casi siempre se ve a toda la familia junta. Carga también el hombre un huacal en el que pone las cosas que va a vender a la ciudad, en la que se embriagan con una parte del dinero de la venta, regresando después al atardecer de nuevo a su casa y de la mejor manera que pueden hacerlo en esta situación... pero debo añadir justamente, en obsequio de la verdad, que no todos, sin embargo, se ven borrachos." A Becher le es imposible dejar de remachar sobre el tema del progreso: "Pero de todos modos estos indios siguen siendo una raza peculiar de hombres, a la cual sólo difícil y lentamente (nunca en resumidas cuentas) se la deja elevarse al grado de cultura y conocimiento en el que se hallan por ejemplo nuestros aldeanos."

Además del vicio de la embriaguez, Becher se ve obligado a añadir que los mexicanos no son muy respetuosos para con los bienes ajenos: "Tuve la dicha de que ni en Londres ni en París me sacaran nunca nada de las faltriqueras; pero aquí una multitud de pañuelos de seda, los cuales, ya en la iglesia ya en el paseo, ¡con increíble habilidad me han desaparecido de los bolsillos, extraídos por estos hábiles descendientes de Moctezuma! Hasta unos gemelos de teatro me sacaron el otro día de la bolsa de la levita cuando me encontraba en San Agustín; los vi por última vez cuando al voltear la cabeza y en la semioscuridad de la nave iban volando de mano en mano a fin de que el lépero que estaba junto a mí, y al cual, por decirlo así, casi agarré con las manos en la masa, pudiera sostenerme con tanto más descaro que él no lo había hecho."

Sin embargo, nada de esto, ni la guerra civil, parece inquietar mucho al dulce y flemático comerciante alemán. En una de sus cartas, después de recordar la paz que gozaba en su país, escribe: "¡Qué contraste con el estado de cosas



"Lo original de México casi pasaba desapercibido"



"Los viajeros que llegaban a México pocos años después de la Independencia"

en esta tierra prometida en donde casi a diario se difunde la religión católica y se generaliza la guerra civil! Sirvate esto, con todo, por lo que a mí se refiere, para que no te alarmes más tarde, pues quizás discurra todo aquí de un modo más sosegado que en nuestro país, dado que el carácter de la gente es por lo general más dulce y flemático. ¡Los acontecimientos más importantes comienzan y transcurren completamente tranquilos, y los paseos y los torros [sic] y el teatro son frecuentados igual que antes!" Pero el inquebrantable optimista comerciante alemán debe admitir que la revolución "sobre los negocios tiene un influjo malísimo, y en relación con el viaje de regreso la influencia no puede ser peor". Sin embargo, en México empezaban a suceder cosas que alentaban al espíritu progresista de Becher: "A consecuencia de los muchos extranjeros ya no es extraordinario ver incluso que se preparen las comidas totalmente al estilo europeo, por donde la prosperidad de muchas de las instalaciones fundadas aquí por extranjeros se facilita muchísimo. Así, por ejemplo, entre un norteamericano y un inglés han establecido cerca de la capital un rancho que envía a la ciudad, para la venta, una exquisita y excelente mantequilla, en tanto que la que se elabora aquí resulta de pésimo sabor. También están ya en marcha dos fábricas de cerveza así de la clase porter como en el estilo ale."

Uno de los aspectos de la vida de México que Becher no logró nunca entender fue la incongruencia en la marcha de los acontecimientos políticos, ni podía entender la facilidad con que los generales se pasaban al bando contrario. Era indudable que Becher juzgaba los acontecimientos desde el punto de vista europeo, y no tomaba en cuenta que el país apenas acababa de nacer a la vida política independiente. El comerciante alemán le escribe con gran asombro a su esposa: "hicieron prisionero al propio general Santa Anna, al presidente de la república, para, como quien dice, instarlo a aceptar la dictadura. Pero calcularon mal, Santa Anna rechazó firmemente dicha proposición y antes bien quiso

morir con honor... Después de pasados unos cuantos días logró librarse de las manos rebeldes y huyó a las montañas... El autoliberado Santa Anna regresó... y con la destreza y energía habituales en él ¡reunió un nuevo ejército con el que pudo por último vencer totalmente a los rebeldes de Guanajuato!"

No todos los viajeros de esa época tenían tan buen carácter como C.C. Becher. Isidoro Löwenstern escribió su obra *Le Mexique* algunos años después de estar en México durante 1838; entonces en el país también había una revolución, y Francia amenazaba con invadir el suelo de México. "El libro es de lo más ácido y de lo más injusto que se ha escrito nunca sobre México", afirma Margarita M. Helguera, quien ha escrito un ensayo sobre esta obra.⁵ Isidoro Löwenstern nació en 1810 en Viena; era de origen judío, pero se convirtió al cristianismo; su gran afición era la numismática. Löwenstern poseía una cultura regular y muy mal genio. Como Becher, este viajero tampoco entendía los acontecimientos políticos que por entonces sucedían en México; pero mientras que Becher los atribuía al destino, Löwenstern se los achacaba a los defectos del carácter de los mexicanos.

En su libro de memorias, Löwenstern relata detalladamente su viaje a través de México. Desembarcó en Veracruz, y el clima le pareció muy malo; de la capital de México traía muy buenas referencias, pero le pareció muy fea, y observó que las calles estaban llenas de basura.

El viajero visitó también otros lugares, pero estuvo muy poco tiempo en ellos; la mayor parte del tiempo lo pasó, pues, en la capital. En libros y otras fuentes de información recogió algunas noticias sobre el país, y estos acontecimientos culturales e históricos los transcribe en su obra. Pero lo que más le interesaba a Löwenstern eran las costumbres.

Parece ser que en realidad Löwenstern no sabía ni una palabra de español, y que, además, por estar enfermo se pasó la mayor parte del tiempo recluido en un hotel. Por otra parte, sentía alguna simpatía por España, pero en cam-

bio ninguna por México. Cuando se refiere a la educación del país, todo lo bueno se lo atribuye a España, y afirma que los mexicanos iban perdiendo para entonces la cultura que habían recibido de los españoles; piensa que lo mexicano y la ignorancia son sinónimos.

El viajero vienés señalaba como causa de los males de México a las revoluciones, pero creía que la conducta de los mexicanos y los graves defectos que en ella observaba eran congénitos, y no sabía distinguir las circunstancias atenuantes.

La religión católica y un ambiente de refinada cultura habían modelado el carácter de Löwenstern en Europa, y muchas de las cosas que vio en México le desagradaron; por ejemplo, escribe: "Los periódicos son casi todos de lo más demagógico y funestos para un pueblo que tiene tan pocos principios y al cual se puede encaminar con mucha facilidad hacia el mal..." Pero lo que más le disgustaba era el modo como se practicaba la religión en México; pensaba que el principal peligro era el clero mismo, porque era muy afecto al lujo y a las riquezas; juzgaba que los indios jamás habían sido instruidos en verdad en la religión católica, y que aunque en apariencia guardaban las formas del culto, en el fondo el pueblo no era un verdadero creyente. Löwenstern veía en el partido liberal una amenaza para la religión y para la Iglesia, y consideraba que el pueblo ignorante se perjudicaría muchísimo con el triunfo del liberalismo, porque los indígenas se sentirían libres de todo freno moral.

En cuanto a las costumbres, Löwenstern pensaba que los mexicanos eran demasiado afectos a la etiqueta, pero en el fondo muy poco amables; creía que eran más bien cobardes, y los asaltos que había en los caminos los atribuía a la cobardía de los mexicanos. Muchos fueron los defectos que observó en el país: impuntualidad, poco amor al trabajo, deshonestidad, etcétera; defectos todos que le volvían poco agradable la estancia a los viajeros. Según él, los mexicanos eran ignorantes, y por eso sentían un odio injustificado hacia los extranjeros. Esto no era todo: Löwenstern pensaba que la moral de los mexicanos, sin exceptuar ninguna clase social, estaba completamente relajada; denunciaba la pasión por los juegos de azar, y la mala educación que se le daba a los hijos y la inmoralidad que reinaba en las relaciones sexuales.

Además, las diversiones de los mexicanos le parecieron desagradables y bestiales, y desaprobaba las corridas de toros y las peleas de gallos. La vista de las señoras fumando en público, le causaba asombro y repugnancia. Las fiestas y las reuniones le parecían sin interés, y las conversaciones triviales. En una palabra: Löwenstern se aburría, y eso que viajaba por placer! Sus prejuicios lo acompañaban por todas partes, y parecía que en México esperaba encontrar una especie de nueva España. Estaba muy convencido de que la única salvación para México era la intervención de los países europeos. Todo lo que era singular y propio de México lo ignoró y jamás pudo verlo.

Muchos años después de la visita de Löwenstern, ya en el siglo xx, el novelista inglés D. H. Lawrence, hastiado de la civilización europea, vino al país buscando un nuevo paraíso; su ingenuidad y su romanticismo lo hacían creer que aquí encontraría un mundo virginal, sin contaminación de los defectos de la civilización occidental. D. H. Lawrence era un adorador de la naturaleza y de lo natural; su odio por el mundo moderno estaba fundamentado en la creencia de que el hombre ha pervertido sus instintos, y ha cambiado la herencia de su felicidad natural por el plato de lentejas de las comodidades que ofrece la civilización.

Aparentemente, en Lawrence podemos hallar al viajero ideal, libre de prejuicios, dispuesto a aceptar las cosas tal como son en sí, y que no pretenderá que lo mexicano deba parecerse a lo europeo. No es así; Lawrence pudo apreciar ciertos aspectos de la belleza de México, pero ante otras realidades demostró una incompreensión casi total. Escribió el libro *Mañanas en México*,⁶ cuyo principal valor son las agudas y profundas reflexiones que recoge. La mayor parte de esta obra se inspira en una pequeña ciudad, muy al sur de la república. Lawrence se instaló durante un tiempo en este pueblo; por fortuna a él no le interesaban las comodidades, y el buen clima de México lo sabía apreciar en lo que vale: "El sol brilla. Brilla como de costumbre, como brilla durante todo el invierno. Es una delicia sentarse al aire libre y escribir en esta temperatura ideal, ni muy fresca ni muy cálida, sino exactamente la deseada."

El paisaje, los animales, las plantas, los árboles, las flores lo emocionaban y lo entusiasmaban, pero no el ambiente. Una de las primeras y dominantes impresiones de su estancia

en México se descubre en este párrafo: "En ninguna parte como en México, la vida humana se aísla tanto, se desprende de sus alrededores y se desconecta sutilmente de su ambiente. Hasta en ciudades grandes como Guadalajara, en la que al llegar después de cruzar las llanuras y ver las torres gemelas de su catedral contemplando en soledad lo que les rodea, a la manera de dos pájaros que, perdidos y juntos sobre un mástil alzarán sus cabezas blancas para ver mejor la desolación circundante, el corazón se oprime ante tanto pathos, ante tanta aislada pequeñez de esfuerzo humano. Y construir una iglesia con una torre únicamente, es cosa inimaginable. Son necesarias las dos para que se hagan compañía en este desolado mundo."

Luego establecía una frontera definitiva, infranqueable, entre él y los habitantes del país: "Todos estos indios siempre se apartan de nosotros, como si fuéramos posibles y atrevidos asaltantes. Esto realmente le hace a uno enfadarse." Cuando caminaba por los pueblos de México, Lawrence se sentía punto menos que perdido: "Si no hubiera iglesias para marcar un punto determinado en estos villorrios, no habría manera de orientarse. La sensación de desorientación es intensa, en medio de esas estúpidas y repelentes cercas de cactus. Los españoles, sin embargo, en medio de estas negras chozas de adobe, tuvieron inevitablemente que levantar la blanca magnificencia de una grande, solitaria y perdida iglesia de dos torres."

En cuanto a las instituciones democráticas de México, sus opiniones rayaban en la incompreensión y en la intransigencia más absoluta: "¡Votos! ¡Votos! ¡Votos! ¡La farsa de los votos! En la pared del achatado edificio, en donde se lee, en letras azules la palabra *Justicia*, están fijando los últimos carteles políticos con las frases relumbrantes de *Vote por este signo, vote por este otro*, etcétera." Hay que aclarar que Lawrence nunca tuvo gran interés por la política, y su indignación ante las actividades democráticas de los mexicanos no se debía a que hubiera sentido alguna simpatía por el colonialismo europeo; sencillamente en su mundo interior las categorías más importantes eran los valores sexuales. Que un pueblo que él juzgaba tan cerca de la naturaleza y de la felicidad se dedicara a cualquier tipo de actividades políticas, le parecía una aberración monstruosa. D. H. Lawrence se burlaba de la Revolución Mexicana, y de los deseos de libertad y de emancipación política del pueblo. Es muy dudoso que Lawrence se haya puesto alguna vez a pensar en lo que había significado para México la época del colonialismo y del porfiriismo; sencillamente esas cosas no le interesaban. Su incompreensión no podía haber sido más absoluta.

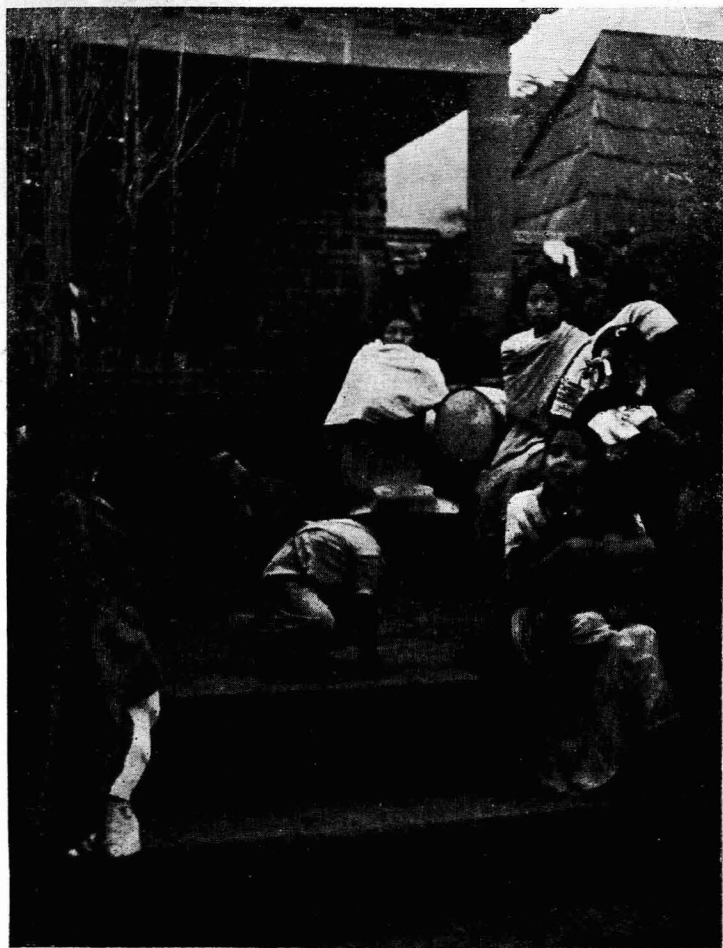
A pesar de toda la presunción de Lawrence de ser un hombre liberado de los prejuicios y de los temores que nos infunde la civilización, cuando estaba en México recordaba los preceptos de higiene que le habían enseñado en la escuela: "Tenemos que llegar a la parte más alta, arriba de la población, para beber agua pura y evitar una tifoidea." No le reprocho su temor a los microbios, sino sólo trato de señalar las contradicciones de este brillante escritor inglés.

Cualquiera que haya leído las obras de Lawrence, creería que este autor se entusiasmaría al conocer las leyendas indígenas, pero había algo que molestaba la subjetividad de Lawrence: "Las diosas y los dioses aztecas son, tan pronto como sabemos algo de ellos, una partida de seres desagradables y odiosos. En sus mitos no hay nada de delicadeza, de gracia, de poesía. Sólo un perpetuo gruñir, un gruñir interminable, un dios gruñendo a otro, los dioses a los hombres, éstos a los animales. La diosa del amor es diosa de la suciedad y de la prostitución, es un horror, comedora de suciedad, sin ninguna nota de ternura. Y si el dios la requiere al amor, ella no hace más que tenderse frente a él, bramante y accesible." Lawrence no lo aclaró: sin embargo, es fácil adivinar que todo el tiempo estaba pensando en las divinidades griegas, y a los dioses aztecas los desprecia porque no encajaban en su mundo de ternura y de sexo. El rencor de Lawrence contra los dioses aztecas, se reflejaba en los mexicanos. Después de recordar que la "diosa del amor", la madre de los dioses, da a luz un cuchillo de pedernal, afirma: "Todavía hoy, la mayor parte de las indias mexicanas parece parir cuchillos de piedra. Observad a estos hijos de incomprensibles madres, con sus ojos negros de pedernal, y sus menudos y tiesos cuerpecillos semejantes a erectos y agudos puñales de obsidiana. Pero tened cuidado de que no os vayan a des-tripar."

A pesar de todo Lawrence trataba de justificar a los indios mexicanos, y se daba cuenta de que entre el indígena y el hombre blanco existía una barrera infranqueable, y preten-

día que jamás podrían llegar a entenderse. Lawrence afirmaba que los indígenas creían que el hombre blanco era: "Una especie de extraordinario mono blanco que, con astucia, ha aprendido multitud de trampas y secretos semi-mágicos del universo, y se ha hecho dueño y señor del mismo." Por lo tanto, según el escritor inglés, las relaciones entre una y otra raza eran imposibles y estaban marcadas siempre por el absurdo; el indígena no podía entender por qué los hombres blancos se inquietaban tanto por el tiempo, por las distancias, ni por qué les gustaba ganar y ahorrar dinero. Lawrence añade: "Mas el gran mono blanco tiene las llaves del universo, y el mexicano de ojos negros tiene que servirle, a fin de poder subsistir." Desde luego, Lawrence pertenecía sin remedio a la raza de los grandes monos blancos, y cuando escribía sobre los indígenas, no se podía olvidar de que era un gran mono blanco. Y de paso, aunque sin proponérselo, justificaba la explotación.

D. H. Lawrence cuenta las desgracias que había sufrido un mozo indígena que vivía en el pueblo donde él se encontraba; sus desdichas provenían del maltrato que le habían dado los gobernantes y las autoridades militares del



"Las indias mexicanas parecen parir cuchillos de piedra"

lugar. Lawrence compadecía al indígena, pero su piedad lo llevó a estas conclusiones: "¡No ser cogidos! ¡No ser cogidos! [por el ejército que los hacía servir en sus filas]. Éste habrá sido el tema predominante del México indio, desde mucho antes que Moctezuma arrastrara a sus prisioneros a la piedra de sacrificios." Lo que decía Lawrence no era una mentira: la realidad para los indígenas siempre ha sido cruel; lo malo era que Lawrence creía que México se reducía al mundo de los indígenas, y ni siquiera distinguía quiénes eran las víctimas y quiénes los verdugos, quiénes los colonizadores y quiénes los colonizados.

Lawrence era un romántico sentimental, pero sus románticos prejuicios le impedían comprender la realidad de México; tenía conciencia de este problema, y él mismo aseguró: "Es casi imposible para el blanco acercarse al indio sin sentimentalismo o sin disgusto. El blanco común y corriente experimenta en su mayoría una especie de disgusto innato hacia estos indígenas del tambor. Los espíritus refinados, por lo contrario, caen invariablemente en un sentimentalismo que huele a huevo podrido. ¿Por qué? Ambas reacciones se deben al mismo sentimiento. El indio no está a nuestra altura. Él no sale a nuestro encuentro. Todo su ser toma rumbo diferente al nuestro... Los modos de la conciencia de los indios son diferentes y fatales a los de la nuestra. Los modos de nuestra conciencia son diferentes y fatales a la del indio. Los dos

modos, las dos corrientes nunca se encontrarán. Ni siquiera podrán reconciliarse. No hay ningún puente, ninguna conexión." Lawrence afirmaba que la manera de salvar ese abismo era la destrucción de una de las dos formas de conciencia: "Únicamente podremos entender la conciencia del indio en términos de la muerte de nuestra conciencia." Naturalmente, Lawrence no estaba dispuesto a renunciar a sus puntos de vista, y se marchó de México sintiéndose desilusionado.

Un caso semejante al de D. H. Lawrence fue el de Antonin Artaud; ambos escritores se parecían en muchos aspectos. Artaud vino a México (nos lo cuenta en su libro *México*)⁷ a buscar una verdad más profunda que la que le ofrecía Europa. Las páginas de esta obra, producto del viaje de Artaud, recogen los artículos que escribió durante su estancia en el país, hacia 1933, cuando ya México empezaba a consolidar los frutos de la Revolución. En sus artículos alababa a la Revolución Mexicana, pero no por sus adelantos materiales, sino porque en este movimiento político creía ver el renacimiento de los antiguos ideales de la cultura indígena.

Para comprender a Artaud, se debe tener en cuenta que era enemigo de la sociedad actual, y que no confiaba en ninguno de los sistemas establecidos, que atacaba la cultura europea acusándola de vacía de contenido espiritual, y a la ciencia la despreciaba por basarse en métodos experimentales. El poeta francés Antonin Artaud negaba que el conocimiento pudiera alcanzarse por medio de experiencias parciales, y afirmaba que a él sólo se llegaba por la intuición total, por la iluminación mística y la poesía; abogaba por un conocimiento unitario y mágico, opuesto a la manera de pensar dualista de los europeos.

A consecuencia de su peculiar actitud mental, Artaud pudo advertir que en las más remotas sierras de México existía una cultura: "Si los tarahumaras no saben trabajar los metales (se encuentran todavía en la edad de las picas y de las flechas), si trabajan la tierra con troncos de árbol tallados y si duermen sobre la tierra completamente vestidos, tienen en cambio la más alta idea de las fuerzas que intervienen en el movimiento filosófico de la naturaleza. Ellos han captado los secretos de esas fuerzas en su idea de los *números-principios* tan exactamente como el mismo Pitágoras lo hizo. La verdad es que los tarahumaras desprecian la vida de su cuerpo y no viven más que para sus ideas: quiero decir, en una comunicación constante y casi mágica con la vida superior de esas ideas... El mal, para ellos, no consiste en el pecado; para los tarahumaras el pecado no existe: el mal es la pérdida de la conciencia. Tienen para ellos más importancia los altos problemas filosóficos que los preceptos de nuestra moral occidental... Los tarahumaras tienen la obsesión de la filosofía y están obsesidos hasta una especie de sortilegio fisiológico; no hay entre ellos gesto perdido, gesto que no tenga un directo sentido filosófico. Los tarahumaras se convierten en filósofos."

Parece que Antonin Artaud pudo desertar del rebaño de los grandes monos blancos, y librarse de los prejuicios que inhabilitan al hombre blanco para entender lo que está viendo en México; logró comprender que los indígenas, a pesar de su falta de adelantos modernos y de su pobreza material, poseen algo que los dignifica: su pensamiento, su sabiduría, que los coloca con mucha frecuencia encima de la irracional conducta de los hombres europeos que se dedican a medir el tiempo, el espacio, y a atesorar monedas. Los indígenas pueden ignorar muchas cosas, pero conocen claramente su destino de hombres en la tierra. Así lo comprendió Artaud, pues no venía, como otros muchos, a buscar lo que traía dentro de él, sino a descubrir la realidad de México.

En resumen, la opinión pública de los viajeros le ha sido desfavorable a nuestro país; sin embargo, algunos pocos han sabido comprenderlo. La vía del conocimiento es difícil; se requiere estar por encima de las ideas hechas, de los lugares comunes, de los prejuicios y del falso orgullo de pertenecer a una comunidad civilizada, pero que frecuentemente es incapaz de comprender lo que no está construido por sus mismos lineamientos.

NOTAS

1 Juan A. Ortega y Medina, *Humboldt desde México*. UNAM. México, 1960.

2 Juan A. Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona*, t. II. Porrúa y Obregón, S. A. México, 1953.

3 En *Ensayo sobre Humboldt*. UNAM, México, 1962.

4 C. C. Becher, *Cartas sobre México*. UNAM, México, 1959.

5 En *Anuario de Historia*, año I. UNAM. México, 1961.

6 D. H. Lawrence, *Mañanas en México*, Letras de México. México, 1942.

7 Antonin Artaud, *México*. UNAM. México, 1962.

ÍNDICE DE LA REVISTA UNIVERSIDAD DE MÉXICO

VOLUMEN XVII

Septiembre de 1962 a agosto de 1963

	NÚM.	PÁG.		NÚM.	PÁG.
ARTES PLÁSTICAS			CAMPOS, JULIETA.		
ARTAUD, ANTONIN.			<i>El universo de Quetzalcóatl.</i>	3	30
<i>La pintura de María Izquierdo.</i>	12	22	<i>¿Novela de la ausencia o ausencia de la novela? (Butor, Sarraute, Robbe-Grillet).</i>	8	16
ASHTON, DORE.			CASTELLANOS, ROSARIO.		
<i>Del escudo de Aquiles a la chatarra.</i>	12	18	<i>El fin de la inocencia.</i>	11	4
AUB, MAX.			CASTRO, JOSUÉ DE.		
<i>Juan Soriano por Lupe Marín.</i>	1	25	<i>El combate contra el hambre en América Latina.</i>	2	22
GARCÍA PONCE, JUAN.			CRUZ COSTA, JOAO DA.		
<i>Lupe Marín por Juan Soriano.</i>	1	26	<i>El nacionalismo en el Brasil.</i>	7	19
J. T. C.			ELIZONDO, SALVADOR.		
<i>Vincent, le Rouge.</i>	3	24	<i>Invocación y evocación de la infancia.</i>	11	21
VALDÉS, CARLOS.			FERREIRA, JOAO-FRANCISCO.		
<i>Una pintura para durar (Vicente Rojo).</i>	3	24	<i>La novela brasileña.</i>	8	24
WESTHEIM, PAUL.			FLORES OLEA, VÍCTOR.		
<i>El dibujante Kokoschka.</i>	3	15	<i>El paso atrás de Irsuchov.</i>	9	26
WITZ, IGNACY.			<i>Lukács y el problema del arte.</i>	12	6
<i>Más allá del realismo socialista: pintura contemporánea polaca.</i>	9	16	<i>Berthold Brecht, un clásico del siglo xx.</i>	3	5
XIRAU, RAMÓN.			FROMM, ERICH.		
<i>Fernando García Ponce.</i>	2	27	<i>Las implicaciones humanas del "radicalismo" instintivo (respuesta a Herbert Marcuse).</i>	5-6	28
ARTÍCULOS Y ENSAYOS			GARCÍA PONCE, JUAN.		
ARDAO, ARTURO.			<i>Arte y psicoanálisis.</i>	5-6	59
<i>Asimilación y transformación del positivismo en Latinoamérica.</i>	10	4	GARCÍA TERRÉS, JAIME.		
ARTAUD, ANTONIN.			<i>Freud y el público.</i>	5-6	4
<i>Lección de México.</i>	1	18	GONZÁLEZ PEDRERO, ENRIQUE.		
AUB, MAX.			<i>Zapatero a tus zapatos.</i>	9	27
<i>Homenaje a los que nos han seguido.</i>	3	17	GULLÓN, RICARDO.		
<i>Vida de Lope de Vega.</i>	4	17	<i>España 1962 (El ensayo como género literario)</i>	10	24
AYALA, FRANCISCO.			<i>Indigenismo y modernismo.</i>	3	18
<i>Realismo y Barroco.</i>	2	17	HYPOLITTE, JEAN.		
BENEDETTI, MARIO.			<i>La fenomenología de Hegel y el psicoanálisis.</i>	5-6	41
<i>¿Qué hacemos con la crítica?</i>	7	9	IBARGÜENGOITIA, JORGE.		
			<i>De qué viven los escritores.</i>	4	12

	NÚM.	PÁG.		NÚM.	PÁG.
LEDESMA, RICARDO.			SALAZAR BONDY, SEBASTIÁN.		
<i>La naturaleza del prejuicio.</i>	12	11	<i>Sobre Raúl Porras Barrenechea.</i>	4	25
<i>Breve panorama de la novela actual en los Estados Unidos.</i>	8	29	<i>Primera y última noticia de Javier Heraud.</i>	12	16
MARCUSE, HERBERT.			SCHILDER, PAUL.		
<i>Las implicaciones sociales del "revisionismo" freudiano.</i>	5-6	19	<i>Notas para una psicología de la guerra.</i>	5-6	46
MERLOO, JOOST H. M.			VALDÉS, CARLOS.		
<i>La danza, lengua del cuerpo.</i>	5-6	36	<i>Sobre la misma tierra.</i>	12	31
MILIANI, DOMINGO.			WADSON, H. M.		
<i>El socialismo utópico.</i>	10	7	<i>La novela alemana reciente: algunos temas y direcciones.</i>	8	9
MONSIVÁIS, CARLOS.			WHITAKER, ARTHUR P.		
<i>De los cuentos de hadas a los comics.</i>	11	8	<i>El nacionalismo en Latinoamérica.</i>	7	22
MONTERDE, FRANCISCO.			WIENER, PHILIP P.		
<i>Anaquel: (Ruta y sentido de Visión de Anáhuac).</i>	4	31	<i>Fuentes europeas e implicaciones sociales del pragmatismo.</i>	10	13
NOVO, SALVADOR.			XIRAU, RAMÓN.		
<i>Los solaces de Cortés.</i>	1	6	<i>Quince años de poesía.</i>	2	7
<i>Mis abundantes razones para escribir In Pipiltzintzin o La Guerra de las Gordas.</i>	9	21	<i>Fábula de Pfeiffer.</i>	12	24
PACHECO, JOSÉ EMILIO.			CIENCIA		
<i>Simpatías y Diferencias (Las fantasías de Hawthorne).</i>	1	32	COMAS, JUAN.		
<i>Simpatías y Diferencias (G. Luckács, La novela histórica, España y Portugal, Jorge Cuesta).</i>	2	32	<i>Orígenes del hombre en América.</i>	3	21
<i>Simpatías y Diferencias (Lope de Vega. Cartas de una monja portuguesa, Malcolm Lowry, Maurice Barrés).</i>	3	32	CINE		
<i>Simpatías y Diferencias (La crisis del Caribe, Steinbeck premio Nobel, Dürrenmatt)</i>	4	32	GARCÍA RIERA, EMILIO.		
<i>Simpatías y Diferencias (Homenaje a Ramón Gómez de la Serna).</i>	7	32	<i>A propósito de la Bertini.</i>	1	29
<i>Simpatías y Diferencias (Centenario de Francisco A. de Icaza).</i>	8	36	<i>Nacimiento y muerte del mito.</i>	2	29
<i>Simpatías y Diferencias (Evgueni Evtushenko y A diez años de la muerte de Stalin).</i>	9	32	<i>Sobre Cine Cubano.</i>	3	27
<i>Simpatías y Diferencias (Cine y literatura, Centenario de D'Annunzio, Alejandro Soldzgenitsyn, Mandiargues y James Baldwin).</i>	10	32	<i>Frank Borzage.</i>	4	27
<i>La novela de aventuras.</i>	11	16	<i>Tennessee Williams y el cine.</i>	7	28
PACIFICI, SERGIO.			<i>Sobre la crítica.</i>	8	33
<i>La ficción italiana de la última década.</i>	8	4	<i>Hemingway y el cine.</i>	9	29
ROMERO, JOSÉ LUIS.			<i>Sobre Chaplin.</i>	10	30
<i>El cambio social en Latinoamérica.</i>	7	15	<i>Sobre los Cahiers du Cinéma.</i>	12	26
SÁBATO, ERNESTO.			CRÓNICAS, REPORTAJES, ENTREVISTAS Y CARTAS.		
<i>Tango, canción de Buenos Aires.</i>	9	4	ANÓNIMO.		
			<i>El psicoanálisis ¿ocio, redención o catástrofe?</i>	5-6	13
			<i>Una encuesta sobre la poesía contemporánea.</i>		
			<i>Respuestas de Robert Graves, George Sèferis, Stephen Spender, Lawrence Durrell, Robert Conquest.</i>	2	11
			<i>Una entrevista con Lotte Lenya: Brecht y yo.</i>	3	9
			<i>Encuentro con Günter Grass.</i>	4	5
			HERNÁNDEZ CAMPOS, JORGE.		
			<i>La censura en Italia.</i>	1	22

	NÚM.	PÁG.		NÚM.	PÁG.
IBARGÜENGOITIA, JORGE.			GARCÍA PONCE, JUAN.		
<i>Carta de Guanajuato.</i>	3	28	<i>Imagen primera.</i>	10	18
SCHNEIDER, LUIS MARIO.			<i>Doce y una, trece.</i>	1	9
<i>Julio Cortázar.</i>	9	24	GARRO, ELENA.		
SHAKTMAN, BEN.			<i>El día que fuimos perros.</i>	4	22
<i>Conversaciones con la señora Berthold Brecht.</i>	3	10	GRASS, GÜNTER.		
VALDÉS, CARLOS.			<i>Album de fotos.</i>	4	7
<i>¿De qué viven los pintores?</i>	4	14	IRARGÜENGOITIA, JORGE.		
DOCUMENTOS.			<i>La fuga de Nicanor.</i>	11	26
DANTAS, SANTIAGO.			MARTÍNEZ MORENO, CARLOS.		
<i>Discurso en la Universidad Jaguellona.</i>	1	24	<i>El ciclo del señor Philidor.</i>	7	4
<i>Jardín de niños.</i>	11	31	MESA, DIEGO DE.		
RABASSEIRE, HENRI.			<i>Metternich y el murciélago.</i>	9	10
<i>Destruir al pulpo (Una proposición para comprar buena voluntad con menos dinero).</i>	7	27	O'CONNOR, FRANK.		
PLASTRIK, STANLEY.			<i>Mi complejo de Edipo.</i>	5-6	32
<i>¿Alianza para el progreso?</i>	7	26	MÚSICA		
EDITORIALES.			BAL Y GAY, JESÚS.		
GARCÍA TERRÉS, JAIME.			<i>La musicología y los imponderables (I).</i>	1	28
<i>La feria de los días (Tercer centenario de Pasca).</i>	1	3	<i>La musicología y los imponderables (II).</i>	2	28
<i>La feria de los días (Aduana del pensamiento).</i>	2	3	<i>La música a vuelo pluma.</i>	3	26
<i>La feria de los días (Napoleón sin pirámides).</i>	3	3	<i>Maurice Ravel.</i>	4	26
<i>La feria de los días (El final de 1962).</i>	4	3	<i>Juan Jacobo Rousseau.</i>	9	28
<i>La feria de los días (Freud).</i>	5-6	3	<i>La autocrítica de los compositores.</i>	10	29
<i>La feria de los días (Ideas de América).</i>	7	3	DEBUSSY, CLAUDE.		
<i>La feria de los días (Presentación de la novela actual).</i>	8	3	<i>El derrumbe de la Casa Usher (Proyecto).</i>	5-6	49
<i>La feria de los días (El viaje presidencial a Europa).</i>	9	3	MELO, JUAN VICENTE.		
<i>La feria de los días (Estados Unidos e Iberoamérica).</i>	10	3	<i>Debussy entre el cielo y el infierno.</i>	5-6	53
<i>La feria de los días (El alma infantil).</i>	11	3	POESÍA		
<i>La feria de los días (El partido oficial y sus censores).</i>	12	3	ADÁN, MARTÍN.		
FICCIÓN			<i>Stentato in scherzo.</i>	7	8
ARREDONDO, INÉS.			AUDEN, W. H.		
<i>Estío.</i>	3	12	<i>En memoria de Sigmund Freud (versión de José Rodríguez Feo).</i>	5-6	11
AYALA, FRANCISCO.			BONIFAZ NUÑO, RUBÉN.		
<i>Una lección ejemplar.</i>	12	15	<i>El envío.</i>	4	4
ELIZONDO, SALVADOR.			CARDENAL, ERNESTO.		
<i>Sila.</i>	2	14	<i>El sermón en el mar.</i>	3	4
			CASTELLANOS, ROSARIO.		
			<i>Testamento de Hécuba.</i>	10	17

	NÚM.	PÁG.		NÚM.	PÁG.
L DELGADO, WASHINGTON.			VARELA, BLANCA.		
Simple memoria.	7	8	Del orden de las cosas	4	2
M DURRELL, LAWRENCE.			RESEÑAS BIBLIOGRÁFICAS		
Balada del psicoanálisis.	5-6	48	ÁLVAREZ, FEDERICO.		
M ELYTIS, ODISEUS.			Carlos Barral: 19 figuras de mi historia civil	3	3
Recorrimos las tierras a lo largo del día (Ver-			Gabriel García Márquez: Los funerales de la		
sión de Jaime García Terrés)	12	4	mamá grande.	3	
M EIELSON, JORGE EDUARDO.			Luis Weckman: Panorama de la cultura me-		
Príncipe del olvido.	7	8	dieval.	4	3
GoytisoLo, JOSÉ AGUSTÍN.			Juan Vicente Melo: Los muros enemigos	7	3
Orden de registro.	10	27	Jean Cau: La compasión divina.	12	3
M GÓMEZ, LIVIO.			DALLAL, ALBERTO.		
Este es el hombre.	7	8	Alejo Carpentier: El siglo de las luces.	10	3
M HERAUD, JAVIER.			GARCÍA PONCE, JUAN.		
Mi casa, mi casa muerta.	12	17	Ramón Xirau: Poetas de México y España.	12	2
JOYCE, JAMES.			Jaime Sabines: Recuento de poemas.	12	2
Dos poemas (versión de Pablo Neruda).	7	7	Octavio Paz y Pedro Zekeli: Cuatro poetas		
JIMÉNEZ, JUAN RAMÓN.			contemporáneos de Suecia.	12	2
P RAMO a Lope.	4	20	OLMO, JORGE.		
LOWRY, MALCOLM.			Álvaro Zepeda Samudio: La casa grande.	1	3
Tres poemas mexicanos (Versión de Jaime			Jaime García Terrés: 100 imágenes del ma	1	3
García Terrés).	2	4	PACHECO, JOSÉ EMILIO.		
OQUENDO DE AMAT, CARLOS.			Francisco Ayala: El fondo del vaso.		
Madre	7	8	VALDÉS, CARLOS.		
PACHECO, JOSÉ EMILIO.			Alonso de Ercilla: La Araucana.	21	
Crecimiento del día.	1	4	Miguel de Cervantes: Seis novelas ejempla		
RODRÍGUEZ, CLAUDIO.			Alfonso Teja Zabre: Lecciones de Califor		
Ciudad de meseta.	10	28	Paul Westheim: La cerámica del México a.		
SOLOGUREN, JAVIER.			Alfred von Martin: Sociología del Renacin		
Del hombre y la mujer.	7	8	C. G. Jung: Simbología del espíritu.	29	
VALENTE, JOSÉ ANGEL.			XIRAU, RAMÓN.	29	
John Cornford, 1936.	10	27	José Emilio Pacheco: Los elementos de la n	27	
				28	
			TEATRO.		
			IRARGÜENGOITIA, JORGE.		
			¿Qué es el teatro?	1	30
			Libro negro de las aguas negras.	2	30
			Todos somos cándidos.	4	28
			Antígona.	7	30
			Doña Rosita la Soltera, o nota aprobatoria para		
			Basurto.	8	35
			El nuevo arte nuevo de hacer comedias (I)	9	30
			Experimenta y verás.	12	28